

# El caso de los suicidios constantes

John Dickson  
Carr



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

El caso de los suicidios constantes de John Dickson Carr: John Dickson Carr, o Carter Dickson, nacido en Estados Unidos en 1905 cultiva la novela policíaca de estilo inglés. En el caso de los suicidios constantes, el investigador Gideon Fell —uno de los protagonistas de las novelas de Carr— se enfrenta con el tradicional problema del recinto cerrado, en este caso en la mansión de una vieja familia escocesa.

**Lectulandia**

John Dickson Carr

# **El caso de los suicidios constantes**

**Gideon Fell # 13**

ePub r1.1

Akhenaton 09.07.14

Título original: *The Case of the Constant Suicides*  
John Dickson Carr, 1941  
Traducción: Lucrecia Moreno de Sáenz  
Selecciones del Séptimo Círculo nº 42  
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares  
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton  
Retoque de portada: Orhi  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**A**quella noche el tren de Glasgow partió de Euston con media hora de retraso y cuarenta minutos después de haber sonado las sirenas.

Al oírse las sirenas, hasta las tenues luces azules a lo largo de la plataforma se habían apagado.

Una multitud ruidosa, desordenada y quejosa, compuesta en su mayor parte por soldados, marchaba a tientas por el andén, lastimándose las pantorrillas y los nudillos contra los equipos y el equipaje, sus oídos ensordecidos por la tos de hierro de las locomotoras. Perdido entre esta multitud estaba un profesor de Historia, más bien joven, que trataba en vano de localizar su compartimento en el tren de Glasgow.

No era que nadie tuviese motivos para sentir aprensión. Sólo era el 1 de septiembre y los intensos bombardeos de Londres aún no habían comenzado. En aquellos días éramos jóvenes. Un toque de alerta de bombardeo significaba simplemente las consiguientes molestias y un solitario avión de caza que desde algún punto dejaba oír su zumbido; todavía no habían aparecido las cortinas de globos.

Pero el profesor de Historia Alan Campbell (M. A. de Oxford, y Ph. D. de Harvard) avanzaba a tropezones y desahogándose con improperios no muy académicos. Aparentemente, los compartimentos de primera clase estaban a la cabeza del largo tren. Logró ver a un mozo de cuerda cargado de equipajes, que encendía fósforos junto a la puerta abierta de un vagón en el cual había nombres escritos sobre un tablero junto a los números de los compartimentos asignados a cada pasajero.

Alan Campbell iluminó el tablero con un fósforo y comprobó que el tren estaba lleno y que su compartimento era el número cuatro.

Subió al tren. Los números, tenuemente iluminados sobre cada puerta, le señalaban el camino. Cuando abrió la de su compartimento se sintió decididamente mejor.

Aquello era excelente en cuanto a comodidad se refería, pensó. Era una pequeña cámara metálica pintada de color verde, con una cama única, un lavabo de níquel y un espejo largo sobre la puerta que comunicaba con el compartimento contiguo. El elemento de oscurecimiento consistía en una cortina negra deslizable que sellaba la ventanilla. El ambiente estaba sumamente caldeado y confinado, pero encima de la cama había un ventilador de metal que podía abrirse para dejar pasar el aire del exterior.

Después de empujar la maleta debajo de la cama, Alan se sentó para recobrar el aliento. Su material de lectura —una novela de la Editorial Penguin y un ejemplar del «*Sunday Watchman*»— estaba junto a él. Al hojear el diario, su alma se ensombreció

de amargura.

—¡Ojalá se muera en el fuego eterno! —dijo en voz alta, aludiendo al único enemigo que tenía en el mundo—. ¡Ojalá...!

Entonces contuvo su ira, al recordar que debía conservar el buen humor. Después de todo, tenía una semana de vacaciones, y aunque sin duda su misión era bastante triste en un sentido oficial, participaba al mismo tiempo de la naturaleza de sus vacaciones.

Alan Campbell era escocés y nunca en su vida había pisado Escocia. En verdad, con la excepción de los años pasados en el Cambridge norteamericano de la Universidad de Harvard y de unas cuantas visitas al continente europeo, nunca había salido de Inglaterra. Tenía treinta y cinco años. Amante de los libros de erudición, de inclinaciones serias, pero a la vez no exento de cierto humorismo, era bastante bien parecido, aunque quizá con cierta tendencia incipiente a la pedantería propia de un profesor.

Su idea de Escocia estaba inspirada en las novelas de *sir* Walter Scott, o, cuando se sentía con un estado de ánimo más frívolo, de John Buchan. Sumado a esto tenía una vaga idea relacionada con el granito, el brezo y los chistes escoceses, aunque estos últimos lo irritaban; y con ello demostraba no ser en el fondo un verdadero escocés. Ahora estaba, por fin, en camino de ver las cosas con sus propios ojos. Y si sólo...

El encargado golpeó la puerta y seguidamente apareció una cabeza por el intersticio.

—¿Mr. Campbell? —preguntó al tiempo que consultaba la pequeña tarjeta imitación marfil sobre la puerta, material que permitía escribir los nombres de los pasajeros y borrarlos más tarde.

—Dr. Campbell —corrigió Alan, no sin cierta dignidad. Era suficientemente joven todavía para sentir cierta sensación halagadora frente a la novedad y al carácter inesperado del título de doctor.

—¿A qué hora desea que lo llame por la mañana, señor?

—¿A qué hora llegaremos a Glasgow?

—La verdad, señor, es que deberíamos llegar a las seis y media.

—Es mejor que me llame a las seis, en ese caso.

El encargado tosió levemente. Alan comprendió al momento.

—Bueno. Llámeme media hora antes de la llegada.

—Muy bien, señor. ¿Desea tomar té con bizcochos por la mañana?

—¿No es posible tomar un desayuno completo en el tren?

—No, señor. Solamente té con bizcochos.

Alan sintió que su ánimo decaía junto con la languidez de su estómago. Había debido hacer la maleta con tanta prisa que no había tenido tiempo de comer, y sus

entrañas parecían estar encogidas como un acordeón. El encargado adivinó lo que le sucedía con sólo mirarlo.

—En su lugar, señor, trataría de comer ahora un bocado en el *buffet*.

—¡Pero el tren debe partir en menos de cinco minutos!

—No me preocuparía por eso, señor. Según creo, no partiremos tan pronto.

Efectivamente, era mejor seguir el consejo del encargado.

Muy agitado, bajó del tren. Muy agitado, avanzó en medio de la oscuridad por el andén lleno de gente y cruzó la puerta de acceso. Mientras estaba en el *buffet*, delante de una taza de té a medio beber y unos *sandwichs* ressecos de un jamón cortado en lonchas tan finas que presentaban cierto grado de transparencia, sus ojos se fijaron en el *Sunday Watchman*. Una vez más sintió que se le revolvía la bilis.

Alan Campbell sólo tenía un enemigo en el mundo. En verdad, con la excepción de una riña en la época de estudiante en la que había cambiado un ojo negro por una nariz ensangrentada con un chico que más tarde hubo de convertirse en su mejor amigo, no podía recordar siquiera haber detestado alguna vez a nadie, ni siquiera en forma moderada.

El hombre en cuestión también se llamaba Campbell, aunque no era, según creía Alan, pariente suyo; al menos, así lo esperaba. El otro Campbell vivía en un antro siniestro en Harpenden, Herts. Alan no lo había visto nunca, y ni siquiera sabía quién era. A pesar de ello lo detestaba cordialmente.

Mrs. Belloc ha señalado que ninguna controversia suele ser más violenta, más amarga y, para el observador imparcial —agregamos—, más divertida, que la que sostienen dos profesores muy doctos sobre algún punto oscuro que únicamente les interesa a ellos.

Todos conocemos casos de este género que nos han divertido mucho. Alguien escribe en un diario muy conservador o en un semanario literario que Aníbal, cuando cruzó los Alpes, pasó cerca de la aldea de Viginum. Entonces otro erudito escribe a su vez para manifestar que el nombre de la aldea no era Viginum, sino Biginium. A la semana siguiente, el primero se lamenta en términos moderados, pero agrios, de la ignorancia del segundo erudito, y pide autorización para presentar pruebas de que la aldea era Viginum. El segundo erudito dice seguidamente que lamenta que de algún modo una nota agria se haya introducido en la polémica, hecho que sin duda ha motivado que el profesor Fulano haya olvidado sus buenos modales, pero que de todos modos se siente obligado a manifestar que... Y así interminablemente. A veces el debate se prolonga durante dos o tres meses.

En la plácida vida de Alan Campbell un incidente de esta naturaleza había caído con la desagradable fuerza de una salpicadura.

Alan, alma generosa, no había tenido intención de ofender a nadie. A veces solía hacer comentarios sobre obras históricas para el *Sunday Watchman*, diario muy

semejante al *Sunday Times* o al *Observer*.

A mediados de junio el diario en cuestión le había enviado un libro llamado *Los últimos días de Carlos II*, erudito estudio de los acontecimientos políticos registrados entre 1680 y 1685, por K. I. Campbell, M. A., Oxford. El comentario de Alan sobre la obra apareció el domingo siguiente, y su pecado residía, al parecer, en el siguiente párrafo, al final del comentario:

«No puede afirmarse que la obra de Mr. Campbell arroje nueva luz sobre el tema, y en verdad no está exenta de defectos menores. Sin duda, Mr. Campbell no puede abrigar la creencia de que *lord William Russell* desconocía el complot de Rye House. Bárbara Villiers, Lady Castlemaine, recibió el título de Duquesa de Cleveland en 1670, y no, según aparece en la obra, quizá por error de imprenta, en 1680. Luego, ¿cuál es el fundamento de la extraordinaria teoría de Mr. Campbell de que la dama en cuestión era “menuda y pelirroja”?».

Alan envió su comentario el viernes y olvidó el asunto. Pero en el número del diario aparecido nueve días más tarde había una carta del autor fechada en Harpenden, Herts, cuyos términos finales eran:

«Quisiera manifestar que la fuente de lo que el comentarista de mi obra llama “extraordinaria teoría” es Steinmann, el mismo biógrafo de la dama en cuestión. Si el comentarista no está familiarizado con esta obra, me atrevería a indicarle que una visita al Museo Británico compensaría el esfuerzo de trasladarse hasta allí».

La carta irritó intensamente a Alan.

«Si bien debo disculparme por haber llamado la atención sobre un punto tan trivial, y agradecer a Mr. Campbell su amabilidad al recomendarme un libro con el cual estoy familiarizado, considero que una visita al Museo Británico sería para mí menos provechosa que una visita suya a la Galería Nacional de Retratos. Allí Mr. Campbell podrá hallar un retrato, firmado por Lely, de la hermosa arpía. Podría suponerse que el pintor trató de favorecer a su modelo, pero no puede aceptarse que haya transformado a una rubia en una morena, ni pintado a ninguna dama de la corte más corpulenta de lo que era en realidad».

Aquella era una carta muy ingeniosa, a juicio de Alan. Al mismo tiempo no dejaba de tener su ponzoña. Pero la serpiente de Harpenden comenzó a atacarlo ahora con golpes prohibidos. Luego de extenderse en consideraciones acerca de los retratos más conocidos, terminaba diciendo:

«El comentarista, dicho sea de paso, se permite referirse a esta dama calificándola de “arpía”. ¿Sobre qué se basa para afirmar esto? Aparentemente sobre el hecho de que tenía mal genio y le gustaba gastar el dinero. Cuando un hombre expresa horror y asombro frente a estas dos cualidades, es permitido preguntarse si alguna vez ha estado casado».

Esto último hizo saltar de furia a Alan. No le importaba tanto que se pusieran en duda sus conocimientos de historia, como la insinuación de que no conocía a las mujeres, lo cual, en realidad, era cierto.

En su opinión, K. I. Campbell estaba equivocado, pero tenía conciencia de ello, y



ahora, como de costumbre, trataba de confundir las cosas con puntos triviales. Su respuesta por poco no hizo arder el diario, tanto más cuanto que la polémica atrajo la participación de otros lectores.

Las cartas llovían. Un mayor del Ejército escribió desde Cheltenham diciendo que durante generaciones su familia había tenido en su poder un retrato, según se decía, de la Duquesa de Cleveland, en el cual sus cabellos aparecían de color castaño mediano. Un erudito del Athenaeum pedía que precisaran los términos, estableciendo a qué proporciones se referían como «opulentas» y a qué regiones del cuerpo, según los cánones actuales.

—¡Por Dios! —dijo el director del *Sunday Watchman*—. ¡Es lo mejor que hemos tenido desde el asunto del ojo de vidrio del Nelson! ¡Que siga la polémica!

El debate se prolongó durante julio y agosto. La infortunada concubina de Carlos II se hizo acreedora a tanta fama como la que había conocido en la época de Samuel Pepys. Se discutió su anatomía con cierto detalle. Intervino en la controversia, aunque sin aclarar nada, otro sabelotodo llamado Gideon Fell, quien parecía deleitarse con malicia en confundir a los dos Campbell y a todo el mundo.

Por fin el director mismo debió interrumpir la polémica. En primer lugar, porque los detalles anatómicos rayaban en lo arriesgado, y en segundo lugar, porque los participantes en la disputa estaban tan confundidos que nadie sabía quién insultaba a quién.

A pesar de todo ello, Alan se quedó con la sensación de un deseo intenso de hervir en aceite a K. I. Campbell.

Efectivamente, K. I. Campbell aparecía todas las semanas, lo eludía como un tirador solitario, e invariablemente, lograba hacer impacto sobre Alan. Este comenzó a adquirir una reputación vaga, pero a la vez definida, de haber procedido con poca galantería, por el hecho de haber vilipendiado a una mujer muerta y de ser capaz, por lo tanto, de vilipendiar igualmente a cualquier mujer que conociera. La última carta de K. I. Campbell daba a entender esto en términos inequívocos.

Sus colegas del cuerpo docente hacían bromas al respecto. Los estudiantes, según sospechaba, también las hacían. Uno de los calificativos que le aplicaban era «el blasfemo». Otro, mucho peor, «el calavera».

Cuando terminó la polémica sintió un profundo alivio. Pero todavía ahora, mientras bebía el té y comía los *sandwichs* resacos en la atmósfera húmeda de un *buffet* de estación, se quedó rígido mientras hojeaba las páginas del *Sunday Watchman*. Temía que sus ojos tropezaran con alguna referencia a la Duquesa de Cleveland, y que una vez más K. I. Campbell hubiera logrado introducirse en las columnas del diario.

No. Nada. En fin, por lo menos aquello era un buen augurio para el comienzo de su viaje.

Las agujas del reloj colocado encima del mostrador señalaban las diez menos veinte.

Con súbita agitación, Alan recordó su tren. Terminó el té, que, como ocurre siempre cuando se tiene prisa, parecía estar hirviendo y llenaba la cuarta parte de la taza, y salió corriendo hacia el andén en tinieblas. Por segunda vez necesitó varios minutos para hallar el billete junto al portón de acceso al andén, y debió revisar todos sus bolsillos antes de encontrarlo en el que había hurgado primero. Se abrió paso con dificultad entre la multitud y los portaequipajes rodantes, localizó el andén de su tren no sin cierto trabajo, y llegó junto a la puerta de su vagón en el momento en que todas comenzaban a golpearse a lo largo del tren y se oía el silbato que anunciaba la partida.

Deslizándose suavemente, el tren partió. Y en él Alan partía en pos de la gran aventura. En paz con la vida una vez más, Alan se detuvo a descansar en el pasillo sumido en la penumbra. En su mente se agitaban algunas de las palabras de la carta que había recibido de Escocia: «Castillo de Shira, en Inveraray, sobre Loch Fyne».

«Castillo de Shira, en Inveraray, sobre Loch Fyne». Las palabras tenían un sonido musical, mágico. Alan las saboreó. En seguida se dirigió a su compartimento, abrió la puerta y se detuvo bruscamente.

Una maleta que no era la suya estaba abierta sobre la cama. Contenía prendas femeninas. Inclineda sobre ella y revolviendo su contenido había una muchacha de pelo castaño, de unos veintisiete o veintiocho años. La puerta casi la había derribado al abrirse con fuerza. Se irguió rápidamente para mirar a Alan.

—¡No! —dijo Alan en voz baja.

Lo primero que se le ocurrió fue que debía de haber entrado en otro compartimento, o bien en un vagón que no era el suyo. Pero al mirar rápidamente la puerta se tranquilizó. Allí estaba su nombre, Campbell, escrito con lápiz sobre la tarjeta de imitación marfil.

—Disculpe —dijo—, pero... ¿no se ha... equivocado usted de camarote?

—No, creo que no —repuso la muchacha mientras se frotaba el brazo golpeado y devolvía la mirada de Alan con frialdad creciente.

En aquel momento Alan notó que era guapa, a pesar de ir sólo ligeramente maquillada, y de que en su rostro decidido había una expresión severa y obstinada. Debía de medir un metro sesenta, y tenía una figura armoniosa. Sus ojos eran azules y bien separados y su frente ancha. Tenía labios carnosos, no obstante mantenerlos firmemente apretados. Vestía un traje de chaqueta de *tweed*, un jersey azul, medias de color tostado y zapatos de tacón bajo.

—Pero éste —señaló él— es el compartimento número cuatro.

—Sí. Ya lo sé.

—Señorita, lo que quiero indicarle es que es mi compartimento. Mi nombre es

Campbell. Aquí está escrito, sobre la puerta.

—Y mi nombre —replicó la muchacha— es casualmente Campbell, también. Insisto además en que éste es mi compartimento. ¿Quiere tener la amabilidad de retirarse?

Al decir esto señaló la maleta abierta.

Alan miró y volvió a mirar. El tren se sacudía y chirriaba en ciertos tramos, se balanceaba y cobraba velocidad. Pero lo que Alan no conseguía asimilar aún era el significado de las palabras pintadas con diminutas letras blancas sobre la tapa de la maleta: *K. I. Campbell, Harpenden.*

**E**n la mente de Alan, y en medio de sus emociones, la incredulidad iba dando lugar poco a poco a otra emoción muy diferente.

Se aclaró la garganta tosiendo brevemente.

—¿Puedo preguntarle —dijo severamente— qué representan las iniciales K. I.?

—Kathryn Irene, desde luego. Mi nombre de pila. Pero ¿quiere hacerme el favor de...?

—¡No! —dijo Alan, y al mismo tiempo levantó el diario—. ¿Puedo preguntarle ahora si recientemente usted ha participado en una vergonzosa polémica en el *Sunday Watchman*?

Miss K. I. Campbell se llevó la mano a la frente, como si tratase de protegerse los ojos. Al mismo tiempo llevó la otra hacia atrás, a fin de apoyarse contra el borde del lavabo. El tren hacía ruido y se sacudía. Una repentina sospecha, seguida inmediatamente por la comprensión de la situación, comenzó a reflejarse claramente en sus ojos azules.

—Efectivamente —dijo Alan—. Soy A. D. Campbell, del University College, Highgate.

A juzgar por su actitud soberbia y sombríamente siniestra, lo mismo podría haber dicho: «Y yo, sajón, soy Roderic Dhu». Pensó fugazmente que había algo de ridículo en aquella actitud, mientras inclinaba la cabeza severamente, arrojaba el diario sobre la cama y se cruzaba de brazos. Pero la muchacha no lo entendió así.

—¡Salvaje! ¡Rata! ¡Gusano! —gritó furiosamente.

—Considerando, señorita, que no he tenido el honor de haberle sido presentado formalmente, esos calificativos implican una intimidad que...

—¡Tonterías! —dijo K. I. Campbell—. Somos primos en tercer grado. ¡Pero usted no tiene barba!

Instintivamente, Alan se llevó una mano al mentón.

—Desde luego, no uso barba. ¿Por qué habría de suponer que la usaba?

—Todos creíamos que tenía barba. Todos creíamos que tenía una barba hasta aquí —exclamó la muchacha, colocando una de sus manos al nivel de su cintura—. Barba y gafas con gruesos cristales. Y una manera de hablar desagradable, seca y pedante. Tiene esto último, de todos modos. Y encima de ello, entra como una tromba en mi compartimento y me golpea...

Aunque tardíamente, volvió a frotarse el brazo.

—Entre los comentarios más desagradables, sarcásticos, llenos de superioridad que se han escrito —prosiguió ella—, el suyo...

—Vamos, señorita, está evidenciando una gran falta de comprensión. Era mi deber, como historiador profesional, señalar ciertos errores, errores flagrantes...

—¡Errores! —repitió la muchacha—. Errores flagrantes, ¿eh?

—Ni más ni menos. No me refiero al asunto trivial y sin importancia alguna del pelo de la Duquesa de Cleveland. Sus conceptos sobre las elecciones de 1680, si me perdona la franqueza, son como para hacer reír a un gato. Sus conceptos sobre Lord William Russell son decididamente falsos. No digo que haya sido un bandido tan consumado como el héroe que usted ha erigido, Shaftesbury. Russell era sencillamente un tonto, un tonto de «comprensión imperfecta», según lo expresó alguien en su juicio, al cual puede compadecerse, si usted quiere, pero nunca pintar como otra cosa que como el traidor que era.

—Usted no es más que un *detestable tory* —dijo K. I. Campbell furiosa.

—Como respuesta, cito nada menos que a una autoridad como el doctor Johnson: «Señora, percibo que sois una vil whig».

Después de este cambio de palabras callaron y se miraron.

Alan no hablaba habitualmente en esta forma, desde luego. Estaba, empero, tan enojado y tan imbuido de su dignidad, que habría superado en capacidad oratoria al mismo Edmund Burke.

—¿Quién es usted, de todos modos? —preguntó en un tono más sereno al cabo de una pausa.

Esto tuvo el efecto de que Kathryn Campbell recobrase su actitud de gran dignidad. Apretó los labios y se irguió con toda la magnitud de su metro sesenta.

—Si bien no me considero en la obligación de responder a esa pregunta —repuso, al tiempo que se ponía un par de gafas con armazón de carey que aumentaban su belleza—, no tengo inconveniente en informarle que soy miembro del departamento de Historia del Colegio de Mujeres de Harpenden...

—¡Ah!

—Exactamente. Y tan competente como cualquier hombre, y más aún que muchos, para estudiar el período histórico en cuestión. Y ahora, ¿quiere tener la bondad y la decencia elemental de salir de mi compartimento?

—No, no pienso irme. ¡Además, no es su compartimento!

—Yo digo que es mi compartimento.

—Y yo digo que no.

—Si no sale de aquí, *doctor* Campbell, tocaré el timbre para llamar al encargado.

—Hágalo, por favor. Si no lo hace usted, llamaré yo mismo.

El encargado llegó corriendo al oír dos llamadas hechas por dos manos diferentes, y se encontró con dos personas en actitud de gran dignidad, que trataban en forma incoherente de contar sus respectivas versiones de los hechos.

—Lo siento mucho, señorita —dijo por fin el encargado consultando rápidamente

su lista—. Lo siento mucho, señor, pero al parecer se ha registrado un error en alguna parte. Tengo sólo un Campbell anotado aquí, pero no dice si se trata de una señorita o de un señor. No sé qué decirles.

Alan se irguió.

—No se preocupe. Por nada del mundo —declaró con tono magnífico— disputaría a esta señorita la posesión de una cama mal habida. Lléveme a otro compartimento.

Los dientes de Kathryn rechinaron.

—De ninguna manera, doctor Campbell. No pienso aceptar favores aprovechando mi sexo, muchas gracias. Yo iré a otro compartimento.

El encargado hizo un gesto con las manos.

—Lo siento, señorita, señor. No puedo complacerlos. No hay ni una cama disponible en todo el tren. Tampoco hay asientos, en realidad. Viajan de pie hasta en tercera clase.

—No importa —dijo Alan bruscamente, después de una corta pausa—. Permítame retirar mi maleta de debajo de la cama, señorita, y pasaré la noche de pie en el pasillo.

—No sea tonto —dijo la muchacha con tono más suave—. No puede hacer eso.

—Repito, señorita, que...

—¿Nada menos que hasta Glasgow? No puede hacer eso. ¡No sea tonto!

Miss Campbell se sentó en el borde de la cama.

—Sólo nos queda una cosa que hacer —añadió—. Compartiremos este compartimento, y pasaremos la noche sentados.

Una expresión de profundo alivio iluminó el rostro del encargado.

—¡Ah, señorita, es usted muy amable! Y estoy seguro de que la compañía arreglará todo cuando lleguen a Glasgow. La señorita es muy amable. ¿No es verdad, señor?

—No, no es... Quiero decir que me niego...

—¿Qué le ocurre, doctor Campbell? —preguntó Kathryn con una dulzura glacial—. ¿Me tiene miedo? ¿O acaso no se atreve a hacer frente a la verdad histórica cuando se la presentan?

Alan se volvió hacia el encargado. De haber habido espacio, habría señalado la puerta con un gesto dramático, como el del padre que arroja a su hijo del hogar en medio de la tormenta en los melodramas del siglo pasado. Lo que ocurrió en cambio fue que se golpeó la mano contra el ventilador. Pero el encargado era comprensivo.

—Bien, todo está arreglado, señor. Buenas noches —dijo, y con una sonrisa, añadió—: No creo que sea tan duro, ¿eh, señor?

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó Kathryn indignada.

—Nada, señorita. Buenas noches. Que duerman... Quiero decir, muy buenas

noches.

Nuevamente se quedaron de pie y se miraron unos instantes. Luego se sentaron bruscamente en cada extremo de la cama. A pesar de haberse mostrado considerablemente locuaces hasta entonces, la puerta cerrada hacía que de pronto se sintiesen invadidos por una gran timidez.

El tren se movía lentamente, pero con ritmo uniforme, aunque de vez en cuando se percibía una sacudida, lo cual significaba seguramente la presencia de un avión de caza sobre sus cabezas. Ahora que el aire entraba por el ventilador, hacía menos calor.

Fue Kathryn quien rompió por fin aquel silencio incómodo. Su expresión fue en un principio una sonrisa de superioridad, pero gradualmente se transformó en una risa contenida, y por fin se disolvió en un acceso de hilaridad. Alan rió a su vez.

—¡Cuidado! —dijo ella—. Despertaremos a nuestro vecino de compartimento. La verdad es que hemos estado un poco ridículos, ¿no?

—No acepto eso. Pero al mismo tiempo...

Kathryn se quitó las gafas y arrugó su suave frente.

—¿Para qué viaja al Norte, doctor Campbell? O, si me permite, ¿para qué viajas al Norte, primo Alan?

—Por la misma razón, supongo, que tú. Recibí una carta de un hombre llamado Duncan, quien lleva el impresionante título de Escribiente del Sello.

—En Escocia —dijo Kathryn con una condescendencia cortante—, un Escribiente del Sello es un abogado. ¡Verdaderamente, doctor Campbell!, ¡qué ignorancia la suya! ¿Acaso no ha estado nunca en Escocia?

—No. ¿Y usted?

—Pues... no he estado desde niña. Pero por lo menos me tomo el trabajo de mantenerme informada, especialmente en lo que se refiere a los miembros de mi propia familia. ¿Decía algo más la carta?

—Sólo que el anciano Agnus Campbell había muerto hace una semana, que se había comunicado la noticia a los miembros de la familia que había sido posible localizar, y que si tendría inconveniente en trasladarme al Castillo de Shira, en Inveraray, donde se celebraría una conferencia familiar. Por mi parte aproveché esto como una buena excusa para tomarme unas vacaciones muy necesarias.

—¡Qué vergüenza, doctor Campbell! ¡Miembros de su propia sangre! —comentó Kathryn.

Alan sintió que su irritación surgía nuevamente.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. Nunca había oído hablar de Angus Campbell. Busqué su nombre en una genealogía muy complicada, y comprendí que era primo de mi padre. Pero nunca lo conocí, ni tampoco a sus parientes más cercanos. ¿Y usted?

—Yo...

—La verdad es que tampoco había oído hablar del Castillo de Shira. Dicho sea de paso, ¿cómo llegaremos hasta allí?

—En Glasgow tomamos un tren hasta Gourock. En Gourock tomamos el barco y cruzamos hasta Dunoon. En Dunoon alquilamos un automóvil y bordeamos Loch Fyne hasta Inveraray. Anteriormente era posible viajar desde Dunoon hasta Inveraray por el lago, pero han interrumpido esa parte del servicio de vapores desde que comenzó la guerra.

—¿Y dónde queda todo eso? ¿En las colinas o en la llanura?

Esta vez la mirada de Kathryn fue de una condescendencia abrumadora.

Alan no intentó extenderse en el tema. Tenía una idea vaga de que para establecer la situación respectiva de las llamadas *lowlands* e *highlands* bastaba trazar una línea por la mitad, aproximadamente, del mapa de Escocia, y que la parte superior formaba las *highlands* y la inferior las *lowlands*. Eso era todo. De cualquier modo, tenía la sensación de que no era tan sencillo.

—¡Verdaderamente, Mr. Campbell, es una vergüenza, repito! Está en la *highlands* occidentales, desde luego.

—Este Castillo de Shira —prosiguió él, dejando, no sin vacilaciones, volar su imaginación— debe ser, según imagino, un edificio rodeado por un foso, ¿no?

—En Escocia —repuso Kathryn— un castillo puede ser realmente cualquier cosa. No. No es un castillo enorme como el del Duque de Argyll, o, por lo menos, no diría que es grande, a juzgar por las fotografías. Se levanta en el extremo del valle de Shira, en las inmediaciones de Inveraray y al borde del lago. Es una construcción de piedra, de aspecto... reducido, con una torre alta. Pero tiene su historia. Tú, como historiador, no estás enterado, desde luego, de esa historia. Ello es lo que hace tan interesante el asunto. Me refiero a la forma en que murió Angus Campbell.

—¿Sí? ¿Cómo murió?

—Se suicidó —dijo Kathryn tranquilamente—. O bien lo asesinaron.

La novela de la editorial Penguin que había llevado Alan estaba encuadrada en color verde, y por lo tanto pertenecía a la serie de novelas policiales. No solía leer este género, pero a veces lo consideraba una obligación, una forma de descanso. Al levantar los ojos de su libro, los fijó en Kathryn.

—Lo... ¿qué dijiste?

—Lo asesinaron. ¡Y naturalmente, tampoco has oído nada sobre esto! ¡Es lamentable! Angus Campbell se arrojó, o bien lo arrojaron, desde una ventana de la parte superior de la torre.

Alan estaba desconcertado.

—Pero ¿no hubo investigación?

—En Escocia no se hacen investigaciones. En caso de muerte en circunstancias sospechosas, realizan lo que llaman «una averiguación pública», bajo la dirección de



un funcionario. El Procurador Fiscal. Pero si piensan que es un asesinato, no llevan a cabo esta investigación. Por ese motivo he estado leyendo el *Glasgow Herald* toda la semana, y no he encontrado ningún informe sobre tal investigación. Desde luego, no significa nada.

Hacía casi fresco en el compartimento. Alan extendió la mano y desvió la boca del ventilador, que zumbaba cerca de su oído. Luego, hurgó en uno de sus bolsillos.

—¿Quieres fumar? —le preguntó, mientras extraía un paquete de cigarrillos.

—Bueno, gracias. No sabía que fumabas. Pensaba que aspirabas rapé.

—¿Y por qué —preguntó Alan gravemente— habías imaginado que aspiraba rapé?

—El rapé se derramaba por tu barba —prosiguió Kathryn con gestos de exagerada repugnancia—. Lo derramabas en todas partes. Era repugnante. ¡Después de todo, no es más que una casquivana gorda!

—¿Casquivana gorda? ¿Quién?

—La Duquesa de Cleveland.

Alan parpadeó.

—Según había entendido, Miss Campbell, eras la defensora incondicional de esa señora. Durante cerca de dos meses y medio te dedicaste a vilipendiar mi reputación afirmando que yo había vilipendiado la suya.

—Bueno. Aparentemente le tenías inquina. No podía hacer otra cosa que no fuese tomar su defensa, ¿no crees?

Alan se quedó mirándola.

—¡Y a esto —exclamó, golpeándose la rodilla— le llaman honradez intelectual!

—¿Consideras que es honradez intelectual haberte burlado de un libro y haber adoptado una actitud de superioridad deliberadamente porque sabías que lo había escrito una mujer?

—No sabía que lo había escrito una mujer. Me dirigí exclusivamente a un tal Mr. Campbell, y...

—Eso era exclusivamente para despistar a los lectores.

—Mira —insistió Alan, encendiendo el cigarrillo de su prima con una mano algo temblorosa, y seguidamente el suyo—. Dejemos esto definitivamente aclarado. No tengo ninguna prevención contra las intelectuales. Algunos de los historiadores más brillantes que he conocido han sido mujeres.

—¡Oigan el tono de condescendencia con que lo dice!

—La cuestión es, Miss Campbell, que no habría significado ninguna diferencia para mi comentario que el autor fuera mujer u hombre. Los errores son errores, quienquiera que los escriba.

—¿Sí?

—Sí. Y en honor a la verdad deberás reconocer, estrictamente entre nosotros, que

estabas enteramente equivocada en cuanto a que la Duquesa de Cleveland fuese menuda y pelirroja.

—¡No reconoceré nada! —exclamó Kathryn, poniéndose las gafas nuevamente y adoptando una expresión de gran severidad.

—¡Escucha! —insistió él—. Piensa en los elementos de juicio. Permíteme citar, por ejemplo, un material que nunca podría haber utilizado en un diario. Me refiero al diario de Pepys...

Kathryn se mostró escandalizada.

—¡Vamos, vamos, doctor Campbell! ¿Tú, que pretendes ser un historiador serio, prestar crédito a una historia que Pepys oyó por boca de terceros en casa de su barbero?

—¡No, no y no, señorita! Persistes en eludir el punto importante. Este punto no es que la historia de Pepys sea apócrifa o no. Lo importante es que Pepys, que veía a la dama con tanta frecuencia, la hubiese creído. ¡Muy bien! Pepys escribe que Carlos II y la Duquesa de Cleveland, que a la sazón era Lady Castlemaine, se habían pesado, y que «ella, por estar encinta, era más pesada que él». Cuando recordamos que Carlos II, aunque delgado, medía más de un metro ochenta y era más bien musculoso, la consecuencia es que nuestra dama debía ser una mujer bastante opulenta.

»Luego existe el relato de su pantomima de bodas con Francisco Estuardo, en la cual ella representó el papel de novio. Francisco Estuardo no era precisamente un peso mosca, pero ¿es razonable suponer que el papel de novio haya sido representado por una mujer más baja y menos pesada?

—Son puras especulaciones.

—Especulaciones, diré, basadas sobre hechos. A continuación tenemos las declaraciones de Reresby...

—Steinmann dice...

—Reresby afirma categóricamente...

—¡Eh! —gritó una voz exasperada desde el compartimento contiguo, al mismo tiempo que alguien golpeaba la puerta de metal—. ¡Basta!

Ambos contrincantes callaron inmediatamente. Durante largo rato reinó un silencio cargado de remordimiento, interrumpido solamente por el ruido característico de las ruedas del tren en marcha.

—Apaguemos la luz —murmuró Kathryn— y levantemos la cortina de oscurecimiento, para ver qué sucede fuera.

—Muy bien.

El leve ruido del interruptor al apagarse la luz satisfizo, al parecer, al irritado ocupante del compartimento contiguo.

Alan empujó a un lado la maleta de Kathryn y levantó la cortina corrediza que cubría la ventanilla.

Avanzaban velozmente en medio de un mundo muerto, oscuro como tinta, excepto en un horizonte purpúreo donde se movía el laberinto de reflectores antiaéreos. Seguramente el tallo de habas de Juanito no debió subir más alto que aquellos rayos blancos. Las líneas blancas iban y venían al unísono, como bailarinas. No oían ruido alguno, salvo el rumor de las ruedas, ni siquiera el zumbido espasmódico, el «*war-war-war*» que caracteriza al bombardero.

—¿Crees que está siguiendo al tren?

—No lo sé.

Una sensación de intimidad, cargada de timidez y a la vez embriagadora, recorrió el cuerpo de Alan Campbell. Los dos estaban junto a la ventana. Los dos extremos encendidos de los cigarrillos eran como puntos rojos y relucientes reflejados sobre el cristal, titilantes y tenues a ratos. Alan lograba distinguir el rostro de Kathryn.

De pronto aquella poderosa sensación de timidez se adueñó nuevamente de ambos. Ambos hablaron al mismo tiempo en un susurro.

—La Duquesa de Cleveland...

—Lord William Russell...

El tren seguía su marcha.

**A** las tres de la tarde del día siguiente, un día benigno y con un tiempo de los más agradables que se disfrutaban en Escocia, Kathryn y Alan Campbell iban andando cuesta arriba por la colina en la cual se hallaba la calle principal de Dunoon, Argyllshire.

El tren, que debió haber llegado a Glasgow a las seis y media de la mañana, llegó en realidad a la una de la tarde, aproximadamente. Para entonces ambos sentían un hambre intensa, pero tampoco consiguieron almorzar.

Un mozo de cuerda muy amable, cuya conversación resultaba poco menos que ininteligible para los dos Campbell, les informó que el tren para Gourock saldría cinco minutos más tarde. Subieron, pues, a este tren, que los trasladó, siempre en ayunas, a lo largo de Clydeside y en dirección a la costa.

Para Alan Campbell había sido un choque considerable despertar por la mañana, despeinado y con la barba crecida, y encontrarse hundido contra los almohadones de un compartimento de tren con una hermosa muchacha dormida con el hombro apoyado contra el suyo.

Pero una vez que se hubo recobrado del asombro, llegó a la conclusión de que la experiencia le gustaba sobremanera. Una sensación de aventura ascendía incontenible por su espíritu metódico, y se sentía ebrio de expectativa. No hay nada como pasar la noche con una muchacha, aunque sea platónicamente, para eliminar toda sensación de timidez. Alan se sorprendió y hasta se desilusionó algo al comprobar, a través de la ventanilla, que el panorama de Escocia era todavía el mismo que en Inglaterra. No veía aún acantilados de granito ni mesetas cubiertas de brezo. Verdaderamente habría deseado una oportunidad para citar al poeta Burns.

Se lavaron y vistieron, aquellos dos inocentes, al compás de un erudito debate sostenido a través de una puerta cerrada y que ahogaba el ruido del agua al correr, sobre la política de reconstrucción económica del Conde de Danby en 1679. Disimularon bastante bien su hambre, inclusive en el tren que los conducía a Gourock. Pero cuando, una vez a bordo del achatado vaporcito de chimeneas amarillas que cruzaba la bahía hasta Dunoon, descubrieron que era posible comer en el piso bajo, se dedicaron a devorar caldo a la escocesa y cordero asado, en medio de un silencio total.

Dunoon, una población blanca y gris y de tejados pardos, se extendía a lo largo del lago de aguas de color gris acerado, al abrigo de colinas bajas y purpúreas. Recordaba exactamente todos los malos paisajes de Escocia que aparecen en tantos hogares, sólo que éstos incluyen habitualmente un ciervo, en tanto que el panorama

en cuestión no lo tenía.

—Ahora comprendo —declaró Alan— por qué existen tantos cuadros como éstos. El mal pintor no puede resistirse frente a Escocia. Le da la oportunidad de embadurnar su tela con púrpuras y amarillos y de contrastar estos colores con la tonalidad del agua.

Kathryn argumentó que no estaba de acuerdo con él. Asimismo manifestó, mientras el vaporcito entraba en el muelle y amarraba de lado, que si Alan no dejaba de silbar *Loch Lomond*, se volvería loca.

Después de dejar las maletas en el muelle, cruzaron la calle, entraron en una agencia de turismo desierta y solicitaron un automóvil de alquiler para que los condujese a Shira.

—Shira, ¿eh? —repitió el empleado de rostro melancólico y que hablaba con acento inglés—. Está convirtiéndose en un sitio popular —y al decir esto les dirigió una mirada extraña, que Alan hubo de recordar más tarde—. Hay otra persona que viajará a Shira esta tarde. Si ustedes no tienen inconveniente en compartir su automóvil, les resultará más barato.

—No importa el gasto —dijo Alan, siendo éstas sus primeras palabras en la población de Dunoon, y conviene señalar que los carteles de propaganda no se cayeron de las paredes—. Con todo, no queremos darnos importancia. Se trata de otro Campbell, seguramente, ¿no?

—No —repuso el empleado, consultando una lista—. El nombre de este señor es Swan. Charles E. Swan. Estuvo aquí no hace cinco minutos.

—No lo conozco —dijo Alan, y miró a Kathryn—. ¿Por casualidad no será el heredero de la propiedad? —añadió.

—¡De ningún modo! —dijo Kathryn—. El heredero es el doctor Colin Campbell, hermano menor de Angus.

La expresión del empleado se volvió más extraña aún.

—Sí —dijo—. Lo llevamos allí ayer. Es un señor muy categórico. Y bien, señor, ¿quiere compartir el automóvil de Mr. Swan, o prefiere alquilar uno individual?

Aquí intervino Kathryn.

—Compartiremos el automóvil de Mr. Swan, desde luego, siempre que él no tenga inconveniente. ¡Qué disparate! ¡Malgastar el dinero de esa forma! ¿A qué hora estará dispuesto a partir?

Salieron a la calle llena de sol, muy satisfechos, y avanzaron por la calle principal contemplando los escaparates de las tiendas. Estas parecían vender exclusivamente recuerdos de viaje y curiosidades, y en todas partes lo que más hería la mirada era la profusión de artículos con los familiares cuadros escoceses. Se veían corbatas escocesas, bufandas escocesas, libros encuadernados con tela a cuadros, juegos de té pintados con cuadros escoceses, muñecas vestidas con tartanes y ceniceros pintados a

cuadros. Generalmente el dibujo era el perteneciente a la familia real Estuardo, elegido por sus tonos chillones.

Alan comenzó a sentir la incontenible tentación que domina a los viajeros más avezados de adquirir artículos. En este sentido Kathryn logró disuadirlo hasta que llegaron a una tienda de artículos para hombres situada a cierta distancia en la parte derecha de la calle, que ostentaba en su escaparate unos escudos con los tartanes correspondientes a las familias escocesas más destacadas: Campbell de Argyll, MacLeod, Gordon, Macintosh, MacQueen. Estos escudos eran para colgar en las paredes, y en verdad tentaron también a Kathryn.

—Son preciosos —concedió—. Entremos.

La campanilla sonó al abrirse la puerta, pero nadie la oyó; su sonido se perdió en medio de la discusión que tenía lugar en aquel momento en el mostrador. Detrás de éste había una mujer menuda y de aspecto severo, con las manos entrelazadas. Delante del mostrador había un hombre joven, alto y de rostro curtido, de unos treinta y siete o treinta y ocho años, con un sombrero blando puesto muy atrás, en la coronilla. Estaba rodeado por un enorme surtido de corbatas escocesas.

—Son muy bonitas —decía cortésmente—. Pero no son lo que busco. Quiero una corbata con los colores del clan MacHolster. ¿Comprende? MacHolster. M-a-c-H-o-l-s-t-e-r, MacHolster. ¿Podría mostrarme los colores del clan MacHolster?

—No existe ningún clan llamado MacHolster —dijo la propietaria de la tienda.

—Escuche —insistió el hombre apoyando un codo sobre el mostrador y señalando el rostro de la mujer con un dedo muy delgado—. Yo soy canadiense, pero tengo sangre escocesa en mis venas y estoy orgulloso de ello. Desde que era niño, mi padre me decía: «Charley, si alguna vez vas a Escocia y visitas Argyllshire, busca el clan MacHolster. Nosotros descendemos del clan MacHolster, como le he oído contar a tu abuelo en innumerables ocasiones».

—Le digo que no existe ningún clan MacHolster.

—¿Tiene que existir el clan MacHolster! —suplicó el hombre, extendiendo las manos—. Podría existir un clan MacHolster, ¿no? Con todos los clanes y población que hay en Escocia, ¿acaso no *podría* haber un clan MacHolster?

—Podría haber un clan MacHolster. Pero no lo hay.

La depresión y el desconcierto del hombre eran tan evidentes, que la mujer se compadeció de él.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—Swan. Charles E. Swan.

La propietaria de la tienda levantó los ojos hacia el techo y reflexionó.

—Swan. Serán los MacQueen, seguramente.

Mr. Swan se aferró ansiosamente a aquella posibilidad.

—¿Quiere usted decir que estoy emparentado con el clan de los MacQueen?

—No lo sé. Es posible que sí. Es posible que no. Algunos Swan lo están.

—¿Tiene ese tartán aquí?

Inmediatamente la señora le mostró una corbata. La combinación de colores era indudablemente original; predominaba un escarlata intenso. Mr. Swan estaba encantado con ella.

—¡Esto sí que me agrada! —anunció con fervor, y volviéndose, se dirigió a Alan—. ¿No está de acuerdo, señor?

—Es admirable. Aunque resulta algo chillona para tratarse de una corbata, ¿no cree?

—Sí. Me gusta mucho —dijo Mr. Swan pensativamente, sosteniendo la corbata con el brazo extendido como un pintor que estudia una perspectiva. Sí. Es la corbata que buscaba. Me llevaré una docena.

La mujer se sobresaltó.

—¿Una docena? —repitió.

—Sí. ¿Por qué no?

Frente a esto, la señora se sintió en la obligación de hacerle una advertencia.

—Cuestan tres chelines y medio cada una.

—No importa. Envuélvamelas. Me las llevaré.

Mientras la mujer se dirigía al fondo del local con gran diligencia, Swan se volvió con aire confidencial. Por deferencia hacia Kathryn se quitó el sombrero, revelando así una mata de pelo rígido de color caoba.

—Han de saber —les dijo en voz baja— que he viajado mucho en mi vida, pero éste es el país más raro que he visitado hasta ahora.

—¿Sí?

—Sí. Todo lo que saben hacer, aparentemente, es ir de un lado a otro contando chascarrillos sobre escoceses. Por casualidad entré en el bar del hotel, donde el gracioso del pueblo estaba haciendo reír a todo el mundo con chascarrillos sobre escoceses exclusivamente. Hay otra cosa más. Hace pocas horas que estoy en este país, pues llegué de Londres en el tren de esta mañana, pero en cuatro oportunidades distintas me han acorralado para contarme el mismo chascarrillo.

—Nosotros no hemos tenido esa experiencia hasta ahora.

—Pues yo, sí. Me oyen hablar, ¿comprenden? Entonces dicen: «Conque es norteamericano, ¿eh?». Digo: «Soy canadiense». Pero esto no los detiene. Inmediatamente me preguntan si sé el cuento del hermano Angus, que era tan tacaño que no daba ni los buenos días.

Al decir esto se detuvo con aire expectante.

Los rostros de sus interlocutores permanecieron impasibles.

—¿No lo captan? —preguntó Swan—. No daba ni los buenos días.

—El nudo de la historia —dijo Kathryn— es más o menos evidente. Pero...

—No, no digo que sea gracioso —se apresuró a aclarar Swan—. Lo único que quiero señalar es que me resulta extraño. No es frecuente encontrar suegras contándose mutuamente cuentos maliciosos sobre suegras. Tampoco se ve a los ingleses contándose mutuamente anécdotas en las cuales un inglés nunca comprende la gracia de un chiste.

—¿Cree usted —preguntó Alan muy interesado— que los ingleses tienen esa tendencia?

Swan se ruborizó imperceptiblemente.

—Pues bien, la tienen en los chascarrillos que circulan sobre ellos en Canadá y en Estados Unidos. No quiero ofenderlos al decir esto, pero saben a qué me refiero. Cosas como, por ejemplo: «No es posible clavar un clavo con una esponja por mojada que esté». ¡No, no! ¡Esperen! ¡Tampoco digo que esto tenga gracia! Solamente quería...

—No tiene importancia —dijo Alan—. Lo que quería saber es si usted es el Mr. Swan que alquiló un automóvil para trasladarse a Shira esta tarde.

Una expresión curiosamente furtiva apareció en el rostro curtido de Swan y formó diminutas arrugas alrededor de sus ojos y de su boca. Ahora estaba en actitud defensiva.

—Sí. Soy yo. ¿Por qué?

—Nosotros pensamos ir allí, y estábamos preguntándonos si usted tendría inconveniente en que compartiéramos su automóvil. Me llamo Campbell, doctor Campbell. Mi prima, Kathryn Campbell.

Swan recibió las presentaciones con una inclinación. Su expresión cambió, y su rostro se iluminó con una sonrisa cordial.

—¡En absoluto! ¡Estaré encantado de viajar con ustedes! —declaró con gran entusiasmo. Sus ojillos grises reflejaron una expresión de interés y se movieron rápidamente—. Miembros de la familia, ¿eh?

—Parientes lejanos. ¿Y usted?

La actitud evasiva reapareció.

—Bien, puesto que saben mi nombre, y que soy pariente de los MacHolster, o de los MacQueen, mal puedo fingir ser miembro de la familia, ¿no? Pero, díganme —su tono se volvió confidencial—: ¿qué pueden contarme sobre Mrs. o Miss Elspat Campbell?

Alan movió la cabeza negativamente, pero Kathryn acudió en su auxilio.

—¿Se refiere usted a tía Elspat?

—Temo no saber mucho sobre ella, Miss Campbell.

—Tía Elspat —dijo Kathryn— no es en realidad tía nuestra, y su nombre no es Campbell, aunque todos la llaman así. Nadie sabe con exactitud quién es o de dónde vino. Se instaló simplemente allí, hace cuarenta años aproximadamente, y desde



entonces ha sido siempre una especie de cabeza femenina, en Shira. Debe tener cerca de noventa años, y según dicen, es temible. Pero no la conozco personalmente.

—¡Ah! —dijo Swan, y calló. La propietaria de la tienda le trajo el paquete con las corbatas, y Swan pagó el importe—. Ahora recuerdo —prosiguió— que es mejor que partamos si queremos llegar a la hora convenida con el conductor del automóvil.

Después de despedirse cordialmente de la mujer, Swan sostuvo la puerta de la tienda para dejar pasar a Kathryn y a Alan.

—Debe de quedar bastante lejos, y quiero regresar antes de que oscurezca —continuó—. No me quedaré allí. Supongo que aquí también tendrán oscurecimiento. Además quisiera descansar debidamente una noche, por excepción. La verdad es que anoche no dormí muy bien en el tren.

—¿Le cuesta trabajo dormir en los trenes?

—No era eso. En el compartimento contiguo había un matrimonio que sostuvo una interminable discusión sobre una mujer de Cleveland, y apenas pude cerrar los ojos en toda la noche.

Alan y Kathryn se miraron fugazmente con aire aprensivo, pero Swan estaba absorto con su resentimiento.

He vivido en Ohio, cerca de Cleveland, y conozco bien esa ciudad. Por ese motivo escuché lo que decían. Pero lo que no conseguí aclarar es lo siguiente: había un tal Russell, y luego otro llamado Charles. Pero si la Duquesa de Cleveland tenía relaciones con Russell, o bien con Charles, no pude dilucidarlo. Se alcanzaba a oír lo suficiente para no entender nada. Golpeé la pared, pero incluso después de que apagaron la luz...

—¡Doctor Campbell! —exclamó Kathryn a manera de advertencia.

Era inútil. Todo se había descubierto.

—Lamento informarle —dijo Alan— que éramos nosotros.

—¿Ustedes? —repitió Swan. De pronto se detuvo bruscamente en medio de la calle soleada y tranquila. Sus ojos se fijaron en la mano izquierda de Kathryn, que no ostentaba el consabido anillo. Su expresión parecía estar registrando algo y anotándolo mentalmente.

A continuación reanudó su charla, pero con un cambio de tema tan brusco y evidente que a pesar de su tono despreocupado era imposible dejar de advertirlo.

—Sin duda alguna, no deben sufrir ninguna escasez de alimentos aquí. ¡Miren los escaparates de esos almacenes! Eso que ven allí es budín de entrañas a la escocesa. Se prepara...

El rostro de Kathryn estaba de tinte escarlata.

—Mr. Swan —dijo con tono cortante—, ¿me permite asegurarle que está completamente equivocado? Soy miembro del departamento de Historia del Colegio de Mujeres de Harpenden...

—Es la primera vez que veo estos budines, pero no puedo afirmar que me gusta su aspecto. Por una razón que ignoro tienen un aspecto más desnudo que cualquier trozo de carne. Eso que se parece a unas rebanadas de mortadela se llama fiambre de Ulster. Se...

—Mr. Swan, ¿quiere prestar atención, *por favor*? Este señor es el doctor Campbell, del University College, Highgate. Los dos podemos asegurarle...

Nuevamente Swan se detuvo con brusquedad. Miró en torno suyo como para cerciorarse de que nadie los oía, y por fin dijo con tono apresurado y serio y en voz muy baja:

—Mire, Miss Campbell. Soy un hombre liberal. Sé cómo ocurren estas cosas. Y lamento haber mencionado el tema.

—¡Pero!...

—Todo lo que dije de no haber podido dormir es algo exagerado. Me dormí tan pronto como ustedes apagaron la luz, y no oí nada desde entonces. Olvidemos, pues, todo lo dicho, ¿quiere?

—Quizá sería lo mejor —convino Alan.

—Alan Campbell, ¿te atreves a insinuar...?

Swan, con una actitud conciliadora, señaló hacia delante. Frente a la oficina de turismo estaba estacionado un cómodo automóvil de cinco asientos de color azul, con un chófer correctamente uniformado apoyado contra él.

—Aquí está la carroza real —añadió Swan—. Además he conseguido una guía de turismo. Vamos. Creo que disfrutaremos del viaje.

**E**l automóvil avanzaba velozmente, hasta que dejó atrás el pequeño astillero, el Holy Loch, las colinas cubiertas de espesa vegetación, ascendió la pendiente detrás de Heather Jock y se internó en el trecho de carretera recta y prolongada que corría junto al profundo Loch Eck.

El conductor los conquistó inmediatamente. Era un hombre musculoso y de rostro rubicundo, sumamente locuaz, con ojos azules y singularmente luminosos y un vasto acopio de algo que parecía divertirlo en forma secreta e ininterrumpida. Swan iba sentado junto a él, mientras Kathryn y Alan ocupaban el asiento trasero. Swan había comenzado por mostrarse fascinado por la pronunciación del hombre, y terminó por tratar de imitarla.

Al señalar un pequeño arroyuelo que bajaba por una colina, el conductor había manifestado que se trataba de un *wee burn*. Inmediatamente Swan se apropió de estos términos, y desde aquel momento el agua en cualquiera de sus formas, aunque fuese un torrente de montaña capaz de arrastrar consigo una casa, se convirtió para él en un *wee burn*. Y Swan no sólo llamaba la atención hacia ellos, sino que experimentaba la pronunciación de la «r», dándole un sonido semejante al estertor de los moribundos o bien a una gárgara exageradamente prolongada.

Hacía esto con la consiguiente sensación de incomodidad por parte de Alan, quien no tenía por qué haberse preocupado. El conductor se mantenía impasible. Era como si, digamos, *sir* Cedric Hardwicke hubiese oído hacer comentarios sobre la pureza de su dicción al cómico Jimmy Durante.

Los que consideran a los escoceses adustos o poco comunicativos, pensó Alan, deberían haber oído a aquel ejemplar. Era imposible lograr que callase. Proporcionaba detalles de todos los puntos por donde pasaban, y con una exactitud sorprendente, según comprobaron al consultar la guía de Swan.

Su trabajo habitual consistía, según les dijo, en conducir un automóvil fúnebre. Seguidamente los entretuvo con una descripción de numerosos entierros de gran pompa, a los cuales se refería con modesto orgullo, y en los cuales le había correspondido el honor de conducir los restos. Aquello dio a Swan la oportunidad que buscaba. «¿Por casualidad condujo usted los restos en un entierro que tuvo lugar hace aproximadamente una semana?».

A la izquierda, Loch Eck se extendía como un viejo espejo manchado, rodeado de colinas. Ni una ola o movimiento perturbaba su superficie. Nada se movía en los barrancos cubiertos de abetos y pinos, que llegaban hasta una extensión semejante a una enorme calva formada por un saliente rocoso. Lo que adormecía la mente era la

calidad del silencio total que los envolvía, como una barrera que los aislaba del mundo, pero que a la vez les daba una sensación de vida oculta. Era como si aquellas colinas ocultasen aún los primitivos escudos de sus antiguos guerreros.

El conductor permaneció silencioso durante tanto rato, mientras sus grandes manos rojas aferraban el volante, que creyeron que no había oído o comprendido la pregunta. Por fin habló.

—Se referirá usted al viejo Campbell, de Shira —dijo.

—Aye —afirmó Swan con la mayor seriedad. La terminología escocesa era contagiosa. En varias oportunidades Alan había estado a punto de usar aquella palabra.

—Y según creo, ustedes también son Campbell, ¿no?

—Ellos dos son Campbell —repuso Swan, señalando el asiento trasero con la cabeza—. Yo soy MacHolster, llamado a veces MacQueen.

El conductor se volvió a medias y lo miró fijamente. Pero Swan había sido perfectamente sincero.

—Ayer llevé allí a uno de ellos —dijo el conductor lacónicamente—. Colin Campbell. Tan escocés como yo mismo, a pesar de que hablaba como un inglés.

Su rostro se ensombreció.

—¡Nunca oí tanta charla y tantos aspavientos! ¡Es un ateo, y no le da vergüenza admitirlo! Me dijo todo lo que le vino a la lengua —dijo el conductor con aire resentido— porque se me ocurrió que hay cosas inexplicables en Shira. Dije la pura verdad.

Nuevamente se produjo una pausa prolongada, mientras las ruedas del automóvil chirriaban sobre la carretera.

—Al decir esto —observó Alan— quiere indicar que hay algo misterioso, ¿no?

—Sí.

—Pero si Shira es un lugar misterioso, ¿en qué consiste ese misterio? ¿Fantasmas?

El conductor golpeó el volante con un gesto lento y pesado, como si quisiese pegar un sello sobre él.

—No digo que sean fantasmas, ni tampoco que no lo sean. No quiero decir qué es. Digo que hay un misterio. Eso es todo.

Después de silbar entre dientes, Swan abrió la guía de turismo. Mientras el automóvil se sacudía y la luz de la larga tarde adquiría una tonalidad dorada, buscó el capítulo dedicado a Inveraray, y leyó en voz alta:

«Antes de entrar en el pueblo por la carretera principal, el viajero debe observar a su izquierda el Castillo de Shira.

El edificio no ofrece características de interés arquitectónico. Fue construido hacia fines del siglo XVI, pero desde entonces ha sido ampliado. Se reconocerá por su torre redonda con un techo cónico de pizarra en la esquina sudeste. Esta torre, de veinte metros aproximadamente de altura, fue, según se supone hoy, el

punto de partida de un plan de construcción muy ambicioso que posteriormente fue abandonado.

La tradición dice que en 1692, después de la masacre de Glencoe, en febrero de ese año...».

Swan interrumpió la lectura:

—¡Un momento! —dijo, acariciándose el mentón—. He oído hablar de la masacre de Glencoe. Recuerdo, cuando iba a la escuela en Detroit... Pero ¿qué diablos le ocurre? ¡Eh!

El conductor había recobrado el buen humor evidentemente, y se mecía sobre el volante presa de un paroxismo de hilaridad silenciosa, al punto que las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Qué sucede, hombre? —le preguntó Swan—. ¿Qué es?

El conductor estaba casi ahogado de risa. Su hilaridad era como una tortura.

—*Pensé* que era norteamericano —declaró—. Dígame, ahora. ¿Sabe el cuento del hermano Angus, que era tan tacaño que no daba ni los buenos días?

Swan se golpeó la frente.

—Pero, señor, ¿acaso no ve la gracia? ¿No tiene sentido del humor?

—Aunque no lo crea —repuso Swan—, la veo. Pero no soy norteamericano. Soy canadiense, aunque haya ido a la escuela en Detroit. Y si alguien más me cuenta la anécdota del hermano Angus en el día de hoy, lo mataré. Lo cual me recuerda que le ruegue que deje de reír tan inmoderadamente. ¡Trate de observar la dignidad propia de un escocés!

—Bien —prosiguió Swan—. Hablábamos sobre la masacre de Glencoe. Recuerdo que la representamos en la escuela hace muchos años. Lo que no puedo recordar es si los MacDonald mataron a los Campbell, o los Campbell mataron a los MacDonald.

Fue Kathryn quien repuso:

—Los Campbell mataron a los MacDonald, naturalmente. Dígame —añadió dirigiéndose al conductor—: ¿guardan rencor sobre ese hecho en la región?

El conductor se enjugó las lágrimas y recobrando su expresión seria, le aseguró que no.

Swan abrió nuevamente la guía.

«Según la tradición, en 1692, después de la masacre de Glencoe, en febrero de ese año, Ian Campbell, soldado de las fuerzas de Campbell en Glenlyon, se sintió tan atormentado por el remordimiento que se suicidó arrojándose desde la ventana de lo alto de la torre Murió destrozado sobre las piedras al pie de la torre».

Swan levantó la vista.

—¿Acaso no fue eso lo que le ocurrió al viejo el otro día?

—Sí.

«Otra leyenda dice que este suicidio no fue causado por el remordimiento, sino por la “presencia” de una de sus víctimas, cuyo cuerpo deshecho lo persiguió de habitación en habitación hasta que no le quedó

otra alternativa, para evitar que lo alcanzase, que...».

Swan cerró el libro bruscamente.

—Creo que esto es suficiente —dijo. Sus ojos se entrecerraron, y con tono muy suave, preguntó—: ¿Qué sucedió, de todos modos? El viejo no dormía en lo alto de la torre, ¿no?

El conductor se negaba a participar en aquellas conjeturas. Su actitud parecía expresar que quien no hace preguntas no recibe mentiras como respuestas.

—Dentro de un instante verán Loch Fyne, e inmediatamente Shira —dijo—. ¡Vamos, Luke!

Al llegar a una encrucijada de carreteras, doblaron a la derecha en dirección a Strachar. Una extensión de lago resplandeciente se extendía ahora delante de la vista. Todos expresaron su admiración frente al espectáculo.

El lago parecía largo y ancho, y hacia el Sur, a la derecha del automóvil, interminable. En aquella dirección se curvaba y se ensanchaba en una herradura plateada por el sol, hasta que uno de los extremos se estrechaba hasta el final, a unas tres millas de distancia. Las colinas eran de contornos suaves, negras o de color púrpura oscuro, excepto donde rayos aislados de sol caían sobre una mancha de brezo de tintes alilados o sobre el verde oscuro de los pinos, coronándolas y alisándolas como un manto de tonos pardos.

En el extremo opuesto del lago, y a lo lejos, a lo largo de la orilla, alcanzaban a divisar las siluetas confusas de las casas blancas y bajas de un pueblo protegido detrás de una cortina de árboles. Vieron asimismo el campanario de una iglesia, y sobre la colina que dominaba todo aquel sector, un punto que se asemejaba a la torre de un vigía. Tan diáfano era el aire que, aun a esa distancia, Alan habría jurado que veía las casas blancas reflejadas en las aguas inmóviles.

—Inveraray —dijo el conductor señalando con el dedo.

El automóvil proseguía la marcha. Swan estaba tan evidentemente fascinado por el espectáculo que hasta olvidó señalar los «*wee burns*».

La carretera, excelente como todas las que habían recorrido hasta allí, corría recta junto a la orilla del lago y paralelamente a su dimensión longitudinal, en dirección al Norte de manera que para llegar a Inveraray, situada en la orilla opuesta, debían alcanzar el extremo del lago, dar una vuelta completa y regresar paralelamente a la carretera que recorrían en aquel momento hasta la aldea, en el punto exactamente opuesto.

Esto era, por lo menos, lo que había supuesto Alan. Inveraray parecía muy cercana ahora, al otro lado del lago resplandeciente y en su trecho más angosto. Se arrellanó, pues, cómodamente y se solazó en el espectáculo de las extensas y sólidas colinas, cuando el automóvil se detuvo de pronto con una brusca sacudida. El conductor bajó.

—Bajen —dijo sonriendo—. Donald MacLeish tiene un bote aquí, según creo. Los tres se quedaron mirándolo.

—¿Dijo *bote*? —preguntó Swan.

—Sí.

—Pero ¿para qué diablos necesitamos un bote?

—Para cruzar el lago.

—¿Pero la carretera pasa por la orilla opuesta! ¿No puede llevarnos hasta allí, y entrar en Inveraray por la carretera de la orilla opuesta?

—¿Malgastar gasolina cuando tengo mis brazos? —preguntó el conductor escandalizado—. ¡No soy tan tonto! Bajen. Por la carretera son cinco o seis millas.

—Bueno —dijo Kathryn sonriendo, pues apenas había conseguido mantenerse seria—. Por lo que a mí se refiere, no me desagradará viajar por agua.

—A mí tampoco —dijo Swan—, siempre que otro se encargue de remar. ¡Pero, vamos, hombre! —añadió, agitando las manos—. ¿Por qué procede así? ¿Acaso paga usted gasolina? La costea la Compañía, ¿no es así?

—Sí. Pero el principio es el mismo. Suban al bote.

Así fue como un trío exageradamente solemne, con un conductor de automóvil muy alegre que ahora manejaba los remos, fue conducido a través del lago, en el silencio del atardecer.

Kathryn y Alan, con las maletas a sus pies, iban sentados en la popa del bote, mirando hacia Inveraray. Era la hora en que el agua parece tener un color más claro y más luminoso que el del cielo, y se perciben algunas sombras sobre ella.

—¡Brrr! —expresó Kathryn al cabo de unos minutos.

—¿Tienes frío?

—Sí, un poco. Pero no es eso —repuso ella. Miró al conductor transformado en remero—. Ese es el sitio, ¿no? ¿Allá, donde se ve un pequeño embarcadero?

—Sí —repuso el hombre, volviéndose para mirar por encima de su hombro. Los toletes chirriaron ásperamente—. No tiene un aspecto muy imponente, pero dicen que el viejo Angus Campbell dejó más plata que la que uno pueda imaginar.

Contemplaron en silencio cómo el Castillo de Shira se agrandaba y parecía avanzar gradualmente hacia ellos.

Estaba a cierta distancia de la aldea, y la fachada principal miraba al lago. Construido en piedra antiquísima y en ladrillos pintados de color gris, con tejados muy empinados de pizarra, se extendía desordenadamente a lo largo de la orilla. Una palabra usada por Kathryn, «reducido», para describir el edificio, acudió inmediatamente a la memoria de Alan.

Lo que se destacaba en primer término era la torre. Redonda, de piedra gris manchada de musgo, se levantaba hasta terminar en un techo cónico de pizarra, sobre el lado sudeste de la casa. En la fachada que miraba hacia el lago había,

aparentemente, una sola ventana. Era una ventana con pequeños cristales, de dos hojas, situada muy cerca del techo, y desde ella hasta las lajas desiguales que cubrían el suelo al pie de la torre y delante de la casa, debía de mediar una distancia de unos veinte metros, aproximadamente.

Alan pensó en la horrible caída desde aquella ventana y se movió en su sitio, presa de una sensación aprensiva.

—Supongo —dijo Kathryn con tono vacilante— que... será... pues... una vivienda anticuada.

—¡Nada de eso! —repuso el conductor con desdén—. Tienen luz eléctrica.

—¿Luz eléctrica?

—Sí. Y también un cuarto de baño, aunque no estoy seguro de esto —nuevamente miró por encima del hombro, y su rostro se ensombreció—. ¿Ven en el pequeño embarcadero al hombre de pie que mira hacia aquí? Es el doctor Colin Campbell, de quien les hablé hace un rato. Ejerce la Medicina en Manchester o en otra ciudad pagana semejante.

La figura junto al pequeño muelle se mezclaba en parte con los grises y pardos del paisaje. Pertenecía a un hombre de baja estatura, pero muy ancho de espaldas y musculoso, con los hombros echados hacia atrás en actitud de obstinación y agresividad. Llevaba una vieja chaqueta de cazador, pantalones de pana y polainas altas, y tenía las manos hundidas en los bolsillos.

Era la primera vez en muchos años que Alan veía un médico con barba y bigotes. Los de Colin Campbell, aunque muy recortados, eran desordenados y daban una impresión de algo hirsuto en combinación con los enmarañados cabellos. Tanto éstos como la barba y bigote eran de un color castaño indefinido, con vetas que podían ser rubias o más probablemente grises. Colin Campbell, el primero de los dos hermanos menores de Angus, debía de tener de sesenta y cinco a setenta años, pero aparentaba menos edad.

Alan, seguido por Swan, ayudaba a Kathryn a bajar del bote; Colin los observaba en actitud crítica. A pesar de que sus modales no eran descomedidos, siempre había en ellos algo de aspereza.

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó con una profunda voz de bajo.

Alan hizo las presentaciones. Colin retiró las manos de sus bolsillos, pero no las tendió para estrechar las de los visitantes.

—Bueno —dijo—. Ya que están aquí, entren. ¿Por qué no? Todos están aquí. El fiscal, el abogado, el hombre de la Compañía de Seguros, el tío Tom Cobleigh y el resto. Supongo que ésta ha sido una iniciativa de Alistair Duncan.

—¿Es el abogado?

—Aquí lo llamamos el Agente Legal —le corrigió Colin con una sonrisa feroz que no dejó de agradar a Alan—. Agente de la Ley, cuando estamos en Escocia. Sí. A



él me refería.

Se volvió hacia Swan, y sus espesas cejas se juntaron sobre un par de ojos de mirada leonina.

—¿Cómo dijo que se llama usted? ¿Swan? ¿Swan? No conozco a nadie de ese nombre.

—Estoy aquí —dijo Swan, en actitud de esperar una repulsa— por solicitud de Miss Elspat Campbell.

Colin lo miró atentamente.

—¿Conque Elspat lo mandó llamar? —dijo a gritos—. ¿*Elspat*? ¡Demonios! ¡No lo creo!

—¿Por qué no?

—Porque a menos que se trate de un médico o de un pastor, la tía Elspat nunca ha mandado llamar a nadie ni a nada en toda su vida. La única persona o cosa que ha deseado tener a su lado en su vida ha sido mi hermano Angus y el diario *Daily Floodlight* de Londres. ¡Demonios! Esa vieja está más loca que nunca. Lee el *Daily Floodlight* desde la primera hasta la última página, conoce los nombres de todos los periodistas que escriben en él. Habla constantemente de los maniáticos del *jitterburg* y Dios sabe de qué otras cosas.

—¿El *Daily Floodlight*? —dijo Kathryn con virtuoso desprecio—. ¿Ese pasquín escandaloso?

—¡Eh, un momento! ¡Cálmese! Está hablando usted de mi diario.

En ese momento todos miraron a Swan.

—¿Es usted periodista? —dijo Kathryn casi sin aliento.

El tono de Swan era tranquilizador.

—Escuche, Miss Campbell —dijo con gran seriedad—. No se preocupe. No pienso utilizar el hecho de que usted y el doctor Campbell durmieron en un mismo compartimento del tren. Es decir, no pienso utilizarlo a menos que sea inevitable. Sólo que...

De pronto Colin lo interrumpió con una carcajada brusca y estruendosa. Seguidamente se palmeó una rodilla, se irguió y se dirigió, según parecía, a todo el universo.

—¿Un periodista? ¿Por qué no? ¡Bienvenido a esta casa! ¿Por qué no divulgar la historia en Manchester y también en Londres? ¡Nos hará bien! ¿Y qué es esto de los dos intelectuales de la familia haciendo travesuras en el tren?

—Le digo que...

—Ni una palabra más. Ahora me resultan mucho más simpáticos. ¡Qué diablos! ¡Me gusta ver un poco de personalidad en la generación joven, tal como la teníamos nosotros! ¡Demonios!

Colin palmeó a Alan amistosamente, rodeó sus hombros con uno de sus pesados

brazos y lo sacudió alegremente. Su amabilidad era tan sobrecogedora como su truculencia. A continuación, después de haber hablado a gritos del incidente en medio del atardecer, bajó la voz con tono de conspirador:

—Aquí no podemos darles la misma habitación, me temo. Hay que guardar las apariencias. Sin embargo, les daremos cuartos contiguos. Pero tengan cuidado de que la tía Elspat no se entere.

—*¡Escuche! ¡Por amor del cielo!...*

—La tía Elspat es muy respetuosa de las convenciones, a pesar de haber sido la amante de Angus durante cuarenta años. De cualquier manera, en Escocia es reconocida hoy como su esposa por haber convivido con él durante tanto tiempo. ¡Entren! ¡No se queden ahí mirándome como dos tontos! ¡Vamos, entren! —y dirigiéndose al conductor, añadió—: Lleva esas maletas, Jock, y ¡apresúrate!

—Mi nombre no es Jock —dijo el hombre, dando un salto en el bote.

Colin levantó su barba en un ángulo obstinado.

—Te llamas Jock —declaró—, porque yo lo digo. Métete esto en la cabeza, muchacho. ¿Quieres dinero?

—De usted, nada. Mi nombre no es...

—Bueno, me alegro mucho —dijo Colin; llevaba una maleta debajo de cada brazo como si se tratasen de dos paquetes—. La verdad es que creo no tener dinero para darte.

Se volvió hacia los otros y añadió:

—Tal es la situación. Si Alec Forbes u otra persona asesinó a Angus, o bien si cayó de esa ventana por accidente, la tía Elspat y yo somos ricos. Elspat y este médico clínico trabajador pero arruinado son ricos. En cambio si Angus se suicidó, les digo desde ahora que no tenemos ni una moneda que podamos llamar nuestra.

—**P**ero tenía entendido que... —comenzó a decir Alan.

—¿Creías que era rico? ¡Sí! ¡Todo el mundo lo creía! Pero es la historia de siempre —a continuación los comentarios de Colin se volvieron sumamente misteriosos—. ¡Helados! —dijo—. ¡Tractores! ¡El oro del corsario Drake! Invariablemente los avaros se comportan como tontos cuando creen poder hacerse más ricos aún. No es que Angus fuese precisamente un avaro, les diré. Era un sinvergüenza, pero un sinvergüenza decente, si entienden lo que quiero decir. Me ayudó cuando lo necesité, y también habría ayudado a nuestro otro hermano, si alguien hubiera sabido dónde estaba el muy bandido después de que tuvo esas dificultades.

»Pero ¿qué están haciendo, inmóviles? ¡Entren en la casa! Y usted... ¿Dónde está su maleta?

Swan, que había tratado de decir alguna palabra durante aquel monólogo, renunció a hablar, por lo menos por el momento. En cuanto Colin le dio esta oportunidad, dijo:

—No me quedaré, gracias —y volviéndose hacia el conductor, le preguntó—. ¿Puede esperarme?

—Sí, lo esperaré.

—Entonces, todo está arreglado —dijo Colin—. ¡Oye, tú, Jock! Ve por el lado a la cocina y diles que te den medio vaso. Del mejor *whisky* de Angus, tenlo presente. El resto, síganme.

Dejaron tras ellos a un hombre que protestaba vehementemente por no llamarse Jock. Y siguieron a Colin hacia la puerta ojival. Swan, que parecía estar preocupado por algo, tocó levemente el brazo de su anfitrión.

—Escuche —dijo—. Quizá no deba entrometerme, pero ¿está seguro de saber lo que hace?

—¿Saber lo que hago? ¿En qué sentido?

—En el siguiente —dijo Swan echando hacia atrás su sombrero—: He oído hablar mucho de la capacidad de los escoceses para consumir *whisky*, pero esto supera todo lo que he oído decir. ¿Quiere decir que un cuarto de litro de *whisky* es la ración habitual de trago en estas regiones? ¡El hombre no podrá ver la carretera cuando regresemos!

—Medio vaso, señor sajón, es una medida pequeña de *whisky* en estas regiones. ¡Ahora, ustedes! —dijo Colin, colocándose detrás de Kathryn y Alan y empujándolos sin ceremonia—. Tienen que comer algo. Hay que mantener las fuerzas.

El vestíbulo al cual los condujo era espacioso, aunque la atmósfera era algo cerrada, y olía a piedras viejas. Apenas alcanzaban a distinguir algo en la penumbra. Colin abrió una puerta a la izquierda.

—Esperen aquí, ambos —ordenó—. Swan, muchacho, venga conmigo. Buscaré a Elspat. ¡Elspat! ¡*Elspat!* ¿Dónde diablos estás, Elspat? ¡Ah! Si oyen voces que discuten en la habitación contigua, sólo son Duncan, el Agente de la Ley y Walter Chapman, de la Compañía de Seguros Hércules.

Una vez solos, Alan y Kathryn se encontraron en un salón muy largo pero de techo algo bajo, en el cual se percibía un olor tenue pero a la vez definido a hule húmedo. Habían encendido el fuego en la chimenea para caldear el ambiente fresco del atardecer. A la luz del fuego y de la claridad débil que entraba por las dos ventanas que miraban al lago, vieron que los muebles estaban tapizados de crin, que los cuadros eran grandes, numerosos y casi invariablemente con marcos dorados muy anchos, y que la alfombra era roja pero estaba desteñida.

Sobre una mesita, a un lado, había una enorme Biblia familiar. Una fotografía con el marco envuelto en crespón negro estaba sobre la repisa cubierta con un paño rojo con borlas en las esquinas, encima de la chimenea. La semejanza del hombre de la fotografía con Colin, a pesar del hecho de que tenía el rostro enteramente afeitado y el pelo blanco, no daba lugar a dudas de quién era.

No se oía ni el tic-tac de un reloj. Instintivamente hablaron en un susurro.

—Alan Campbell —dijo Kathryn, cuyo rostro estaba sonrosado como una manzana—, ¿eres una mala persona!

—¿Por qué?

—¡Por amor del cielo! ¿Acaso no ves lo que piensan de nosotros? ¡Y ese terrible diario, el *Daily Floodlight*, es capaz de publicar cualquier cosa! ¿No te importa nada?

Alan reflexionó sobre esto último.

—Francamente —repuso, y con ello se sorprendió a sí mismo—, no. Mi único pesar es que nada de lo que piensan es cierto.

Kathryn se desconcertó visiblemente, y apoyó la mano como para sostenerse, sobre la mesa en la cual estaba la Biblia. Alan pudo ver, no obstante, que su rubor era más intenso que nunca.

—¡Doctor Campbell! ¡No comprendo qué te ha sucedido!

—Tampoco yo lo sé —Alan tuvo la sinceridad de admitir—. No sé si los aires escoceses suelen afectar a todo el mundo de esta manera...

—¡Espero que no!

—La verdad es que siento ganas de tomar una espada escocesa y pasearme con ella por aquí. Además, me siento un gran libertino y la sensación me gusta muchísimo. Dicho sea de paso, ¿te ha dicho alguien que eres una doncella lindísima?

—¡Doncella! ¿Doncella, dijiste?

—Es un término de la literatura clásica del siglo XVI.

—Desde luego, no soy nada comparable a tu hermosa Duquesa de Cleveland —observó ella.

—Lo reconozco —convino Alan, estudiándola detenidamente—. Tienes unas proporciones que no habrían despertado mucho entusiasmo en Rubens. Pero de todos modos...

—¡Calla!

En un extremo de la sala frente a las ventanas, había una puerta entreabierta. De la habitación contigua llegaron dos voces diferentes que hablaban simultáneamente, como al cabo de un largo silencio. Una era seca y de persona mayor, y la otra debía pertenecer a un hombre más joven y ágil, y su tono era, también, más suave. Las voces se disculpaban mutuamente. La voz del hombre más joven prosiguió la conversación:

—Mi querido Mr. Duncan —dijo—. Aparentemente, no aprecia mi posición en este asunto. Soy simplemente el representante de la Compañía de Seguros Hércules. Es mi deber investigar esta muerte de un asegurado...

—E investigarla con objetividad.

—Desde luego. Investigarla, y aconsejar a mi firma sobre la conveniencia de pagar la póliza o bien llevar a juicio el asunto. ¡No hay nada personal en mi actitud! Haría cualquier cosa por ayudar a los suyos. Yo conocía al viejo Angus Campbell y lo apreciaba mucho.

—¿Lo conocía personalmente?

—Sí.

La voz del mayor, que era siempre precedida por una fuerte inhalación nasal, habló ahora con aire de sorpresa.

—En ese caso, permítame formularle una pregunta, Mr. Chapman.

—Diga.

—¿Habría llamado a Mr. Campbell un hombre en sus cabales?

—Indudablemente.

—Un hombre consciente, digamos —la voz adquirió mayor sequedad al proseguir—, del valor del dinero.

—Decididamente, sí.

—Bueno. Veamos ahora, Mr. Chapman. Además de los seguros de vida en su compañía mi cliente tenía dos pólizas en otras compañías.

—Naturalmente, no estoy al corriente de eso.

—¡Pues yo se lo digo, señor! —afirmó enfáticamente la voz del hombre mayor, y se oyó el golpe de los nudillos de una mano sobre la madera—. Tenía dos pólizas muy elevadas en la Compañía de Seguros de Gibraltar y en la Compañía Planet.

—Pues, bien...

—Muy bien. Los seguros de vida representan todos sus bienes, Mr. Chapman. La totalidad de sus bienes, señor mío. Eran los únicos bienes que tuvo el sentido común de no comprometer en sus locas aventuras comerciales. Cada una de estas pólizas contiene una cláusula relativa a la eventualidad de un suicidio.

—Es lógico.

—Estoy de acuerdo con usted. ¡Es lógico! Pero escúcheme. Tres días antes de morir, Mr. Campbell se hizo una póliza más, nuevamente en la compañía que usted representa, por valor de tres mil libras. Diría que... que las primas, a la edad de Mr. Campbell, deben ser... enormes.

—Desde luego son muy elevadas. Pero nuestros médicos consideraban a Mr. Campbell un buen riesgo, con probabilidades de vivir quince años más.

—Muy bien. Con esto —prosiguió Mr. Alistair Duncan, Agente de la Ley y Escribiente del Sello— tenemos un total de treinta y cinco mil libras en seguros.

—¿Sí?

—Y cada una de las pólizas contenía una cláusula sobre suicidio. ¡Vamos, señor! ¡Piense detenidamente, señor mío! ¿Puede usted, un hombre de mundo, imaginar por un instante que tres días después de hacerse esa póliza adicional Angus Campbell fuese capaz, deliberadamente, de suicidarse y perderlo todo? Se produjo un silencio.

Alan y Kathryn, que escuchaban sin escrúpulos, oyeron que uno de los dos andaba pausadamente por la habitación. Imaginaban la melancólica sonrisa del Abogado.

—¡Vamos, señor, vamos! Usted es inglés. Pero yo soy escocés, y el Procurador Fiscal también lo es.

—Reconozco que...

—Debe reconocerlo, Mr. Chapman. —¿Y qué insinúa en ese caso?

—Asesinato —repuso inmediatamente el Agente de la Ley—. Probablemente el asesino fue Alec Forbes. Usted está enterado de su disputa con Mr. Campbell. Está enterado asimismo de la visita de Forbes en la noche de la muerte de Mr. Campbell. Está enterado, en fin, de la misteriosa maleta, o mejor dicho, de la caja para trasladar perros, o como quiera que se llame, y del diario desaparecido.

Se produjo otro silencio. Los lentos pasos recorrían la habitación de un extremo a otro, y en su rumor había una sugerencia de preocupación. Mr. Walter Chapman, de la Compañía de Seguros Hércules, habló por fin con un tono de voz diferente.

—¡Pero, vamos, Mr. Duncan! ¡No podemos apoyarnos en elementos de juicio como esos! —dijo.

—¿No?

—No. Está muy bien decir «¿Habría hecho esto, o aquello?», pero, a juzgar por las pruebas, lo hizo en realidad. ¿Me permite tomar la palabra unos instantes?

—Hable, por favor.

—¡Muy bien! Veamos. Mr. Campbell dormía habitualmente en esa habitación en lo alto de la torre. ¿No es verdad?

—Exactamente.

—En la noche de su muerte, observaron que se retiraba como de costumbre a las diez de la noche, y que cerraba la puerta y echaba el cerrojo por dentro. ¿Aceptado?

—Aceptado.

—Encontraron su cuerpo temprano a la mañana siguiente, al pie de la torre. Había muerto a raíz de la fractura de la columna vertebral y de las heridas múltiples sufridas por la caída.

—Sí.

—No estaba —prosiguió Chapman— narcotizado ni mostraba signos de violencia, según demostró la autopsia. Debemos, pues, eliminar la posibilidad de una caída accidental.

—Yo no elimino nada, señor mío. De todos modos, prosiga.

—Ahora veamos las posibilidades de asesinato. Por la mañana, la puerta seguía cerrada con llave y con el cerrojo echado por dentro. La ventana, y usted no puede negar esto, Mr. Duncan, es absolutamente inaccesible. La hicimos examinar por un obrero especializado en las reparaciones de cúpulas de torres de Glasgow.

»Esa ventana está a veinte metros aproximadamente del suelo. No hay otras ventanas en ese lado de la torre. Debajo, la pared cae lisa y perfectamente vertical hasta el suelo. Arriba hay un techo cónico de pizarra resbaladiza.

»El obrero de Glasgow está dispuesto a jurar que nadie, sea con sogas o bien con otros elementos, podría haber subido a esa ventana, como tampoco haber descendido. Entraré en detalles, si lo desea...

—No es necesario, estimado Mr. Chapman.

—Así, pues, las posibilidades de que alguien haya trepado hasta la ventana, empujado a Mr. Campbell y bajado nuevamente desde ella, o hasta de que se haya ocultado en la habitación, en la cual no había nadie, como sabemos, para bajar posteriormente, son absolutamente nulas.

Chapman se detuvo.

Pero Mr. Alistair Duncan parecía no estar ni impresionado ni convencido por la exposición.

—En ese caso —preguntó el abogado—, ¿cómo se introdujo esa caja para llevar perros en la habitación?

—¿Cómo?

La voz melancólica de Mr. Duncan prosiguió.

—Mr. Chapman, permítame que le refresque la memoria. A las nueve y media de la noche se había producido una violenta disputa con Alec Forbes, quien entró por la fuerza en la casa y en la habitación de Mr. Campbell. Lo... lo sacaron con cierta

dificultad.

—¡Muy bien!

—Más tarde, tanto Miss Elspat Campbell como la sirvienta, Kirstie MacTavish, tuvieron miedo de que Forbes hubiese regresado y se hubiese ocultado en la casa con la intención de hacer daño a Mr. Campbell.

»Miss Campbell y Kirstie revisaron la habitación de Mr. Campbell. Miraron en el ropero y demás muebles. Miraron también —lo que, dicen, es hábito de todas las mujeres— debajo de la cama. Como usted dice, no había nadie oculto allí. Pero observe este hecho, señor, obsérvelo: cuando derribaron la puerta de Mr. Campbell a la mañana siguiente, hallaron debajo de la cama un artículo de cuero y metal semejante a una maleta de gran tamaño, con tejido de alambre en uno de los extremos. Era el tipo de cajón que se suele utilizar para trasladar perros en los viajes. *Las dos mujeres juran que dicho receptáculo no estaba debajo de la cama cuando miraron allí la víspera, inmediatamente antes de que Mr. Campbell cerrase la puerta con llave y le echase el cerrojo por dentro.*

La voz hizo una pausa intencionada.

—Sólo pregunto, Mr. Chapman —continuó—: ¿cómo fue introducido allí ese cajón?

El representante de la compañía de seguros lanzó un quejido.

—Repito, señor, que sólo quiero formular esa pregunta —agregó Mr. Duncan—. Si me acompaña, para hablar unas palabras con Mr. MacIntyre, el fiscal...

Se oyeron pasos en la habitación contigua. Una figura apareció en la sala sumida en la penumbra, y se inclinó para evitar un choque con la parte superior del marco de la puerta, algo bajo. Seguidamente accionó un interruptor eléctrico junto a la puerta.

Al iluminarse la sala Kathryn y Alan se sintieron atrapados y culpables de haber estado escuchando la conversación. Una araña de gran tamaño con varios brazos de bronce, capaces de contener seis bombillas eléctricas pero que en realidad tenía una sola, brillaba sobre sus cabezas.

La imagen que Alan se había forjado mentalmente de Alistair Duncan y de Walter Chapman era más o menos correcta, salvo que el Agente de la Ley era más alto y más delgado, y el representante de la Compañía de Seguros más bajo y más grueso de lo que había esperado.

El abogado era encorvado de hombros y ligeramente miope, con una voluminosa nuez de Adán y pelo canoso en torno a una pequeña calva pálida. El cuello de la camisa le quedaba demasiado holgado, pero la chaqueta negra y los pantalones rayados le daban, no obstante, un aspecto de hombre importante.

Chapman era un hombre joven y de rostro fresco. Vestía un traje de chaqueta cruzado, de corte elegante, y tenía una actitud serena pero preocupada. El pelo rubio, impecablemente cepillado, brillaba a la luz. Era el tipo de hombre que, cuando Angus



Campbell era joven, se hubiera dejado crecer la barba a los veintiún años y vivido, a partir de aquel momento, de acuerdo con la personalidad que le confería.

—¡Ah... oh! —dijo Duncan parpadeando desconcertado al ver a Alan y a Kathryn—. ¿No han visto a... a Mr. MacIntyre?

—No, creo que no —repuso Alan, y se dispuso a presentarse—. Mr. Duncan, somos...

Los ojos del abogado se dirigieron hacia otra de las puertas, la que quedaba frente a la del vestíbulo.

—Diría, estimado señor —prosiguió, dirigiéndose a Mr. Chapman—, que debe haber subido a la torre. ¿Quiere tener la bondad de acompañarme, por favor? —por última vez Duncan miró a los dos recién llegados—. ¿Cómo están ustedes? —preguntó cortésmente, y añadió en seguida—: Buenas tardes.

Sin una palabra más abrió la puerta y dejó que Chapman lo precediese. Los dos hombres salieron y la puerta se cerró detrás de ellos.

Kathryn se quedó mirando en aquella dirección.

—¡Bueno! —dijo explosivamente—. ¡Bueno, bueno!

—Sí —dijo Alan—, la verdad es que su actitud es un poco vaga, *excepto* cuando habla de lo que le interesa, seguramente. Pero reconozco que ese es el tipo de abogado que conviene. Emplearía a este señor en cualquier circunstancia.

—Pero, doctor Campbell...

—¿Quieres hacerme el favor de dejar de llamarme «doctor»?

—Muy bien, ya que insistes, Alan —los ojos de Kathryn resplandecían de interés y entusiasmo—. La situación es terrible, y sin embargo... ¿Oíste lo que dijeron?

—Naturalmente.

—No pudo haberse suicidado, y al mismo tiempo, no es posible que lo hayan asesinado. Es...

No terminó la frase, pues los interrumpió la entrada de Charles Swan. Apareció por la puerta que daba al vestíbulo. Pero aquel Swan era un Swan imbuido de su personalidad de periodista. Aunque en general era cuidadoso de sus modales, había olvidado, como de costumbre, quitarse el sombrero, el cual estaba adherido por un medio misterioso a la parte posterior de la cabeza. Entró como si andase sobre huevos.

—¿Es o no es una historia sensacional? —preguntó, pero ésta era una pregunta puramente convencional—. ¿Es o no es una historia sensacional? ¡Cielos!... Escuchen. Nunca pensé que tuviese interés, pero mi editor (es verdad que ustedes acostumbran llamarlos jefes de redacción) pensó que quizá había material de valor. ¿Tenía o no razón?

—¿Dónde ha estado?

—Hablando con la criada. Hay que conquistar a las criadas en primer lugar,

siempre que sea posible. Pero escuchen.

Swan abrió y cerró las manos, miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos en la habitación, y bajó la voz.

—El doctor Campbell (me refiero a Colin) acaba de desenterrar a la vieja. Van a traerla aquí para exhibirme en su presencia.

—¿No la ha visto aún?

—¡No! De todos modos tengo que hacerle buena impresión, aunque me cueste la vida. Sin duda será fácil, porque la señora tiene una opinión elevada del *Daily Floodlight*, opinión que otros —y Swan los miró intencionadamente— evidentemente no comparten. Pero es posible que este material sirva para un artículo por día. ¡Hasta es posible que la vieja me invite a albergarme aquí! ¿Qué piensan ustedes?

—Creo que sí. Pero...

—¡Bueno, aquí está Charles Swan, dispuesto a cumplir su deber! —dijo Swan fervorosamente, como si pronunciase una plegaria—. Debemos congraciarnos con ella de cualquier manera, pues, aparentemente, es una especie de dictadora en la familia. Prepárense, pues. El doctor Campbell la traerá de un momento a otro.

**N**o era necesario que Swan hiciese aquel anuncio, pues la voz de la tía Elspat se oía a través de la puerta entreabierta.

Colin Campbell hablaba en un murmullo con su voz de timbre bajo, pero no se comprendía bien lo que decía. Evidentemente estaba tratando de que tía Elspat hiciera algo determinado. Esta, cuya voz era particularmente penetrante, no se tomaba el trabajo de suavizarla.

—¡ Habitaciones contiguas! —dijo—. ¡Puedes estar seguro de que no pienso darles habitaciones contiguas!

El rumor de la voz de bajo se hizo más confuso, como si protestase o advirtiese algo. Pero la tía Elspat no se amedrentó.

—Ésta es una casa decente, habitada por gente temerosa de Dios, Colin Campbell, y a pesar de tus ideas pecaminosas de Manchester, nada cambiará aquí. ¡ Habitaciones contiguas! Pero ¿quién está consumiendo mi excelente luz eléctrica a esta hora del día? —gritó de pronto.

La última pregunta fue formulada en un tono de extraordinaria ferocidad, en el mismo momento en que la tía Elspat apareció en la puerta.

Era una mujer de estatura mediana y de figura angulosa, vestida de oscuro, que de algún modo lograba aparentar proporciones mayores que las reales. Kathryn había calculado su edad en «cerca de los noventa años», pero estaba en un error; Alan estaba seguro de ello. Tía Elspat tenía seguramente setenta años, en verdad unos setenta años muy bien llevados. Tenía ojos negros muy vivos, inquietos y penetrantes. Llevaba un ejemplar del *Daily Floodlight* bajo el brazo, y su vestido producía un rumor peculiar cuando se movía.

Swan se apresuró a apagar la luz, y por poco no derribó a la tía Elspat al hacerlo. Ella lo miró con desagrado.

—Vuelva a encender esa luz —dijo lacónicamente—. Está tan oscuro que no se ve nada. ¿Dónde están Alan Campbell y Kathryn Campbell?

Colin, tan cordial ahora como un perro de Terranova, los señaló. La tía Elspat los sometió a un examen prolongado, mudo y molesto para ellos. Apenas parpadeó. Seguidamente hizo un gesto de aprobación.

—Si —dijo—. Son Campbell. Campbell de los nuestros —y dirigiéndose hacia el sofá situado junto a la mesa donde estaba la Biblia familiar, se sentó. Calzaba botas, y no unas botas muy pequeñas.

—El que se fue —dijo, mientras sus ojos se posaban en la fotografía envuelta en crespón— sabía reconocer a un Campbell, a uno de nuestros Campbell, entre diez

mil. Era capaz de reconocerlo aunque se hubiese ennegrecido el rostro y hablase en un idioma extraño. Angus siempre lo identificaba.

Nuevamente permaneció silenciosa durante un rato que pareció interminable, con los ojos fijos en sus huéspedes.

—Alan Campbell —dijo de pronto—. ¿Cuál es tu religión?

—Pues... pues, la anglicana, supongo.

—¿Supones? ¿Acaso no lo sabes?

—Muy bien, entonces. Es la anglicana.

—¿Y esa es seguramente la tuya, también? —preguntó la tía Elspat a Kathryn.

—¡Sí, es la anglicana!

Tía Elspat hizo un gesto, como si sus más graves sospechas se hubiesen visto confirmadas.

—No van a la iglesia. Lo sabía —dijo con tono tembloroso de indignación, y de pronto su voz se levantó airada—. ¡Son los harapos desechados por los papistas! —dijo—. ¡Piensa y avergüénzate, Alan Campbell, y piensa en la vergüenza y en el pesar de tu familia, de que tú contemporices con el pecado y la lascivia en la casa de la Mujer Escarlata!

Swan se mostró escandalizado por semejante lenguaje.

—Vamos, señora —dijo con aire conciliador—. Estoy seguro de que nunca va a esos sitios. Además, no creo que sea justo llamar a esta señorita...

Elspat se volvió hacia él.

—¿Quién es —preguntó, señalándolo con el dedo— el que consume mi excelente luz eléctrica a esta hora del día?

—Señora, yo no...

—¿Quién es?

Luego de aspirar profundamente, Swan adoptó su sonrisa más cautivadora y avanzó hasta colocarse frente a la mujer.

—Miss Campbell, represento al *Daily Floodlight*, el diario que tiene usted allí. Mi jefe tuvo un gran placer al recibir su carta, un gran placer al comprobar que tenemos lectores que nos aprecian en todos los puntos de este gran país. Ahora bien, Miss Campbell, usted dijo en su carta que tenía unas revelaciones sensacionales que hacer en relación con un crimen cometido aquí...

—¿Qué? —rugió Colin Campbell, volviéndose para mirarla.

—... y mi jefe me envió desde Londres para que la entrevistase. Tendré sumo placer en escuchar cualquier cosa que pueda decirme, ya sea en forma oficial o bien extraoficial.

Tía Elspat ahuecó una mano detrás de su oreja, a modo de bocina, y escuchó con la misma expresión impasible de reptil. Por fin habló.

—¿Conque usted es norteamericano, eh? —dijo, y sus ojos brillaron—. ¿Conoce

el caso de mi hermano?...

Aquello era demasiado, pero Swan se hizo fuerte y sonrió.

—Sí, Miss Campbell —repuso—. No necesita contármelo. Lo conozco. Estoy perfectamente enterado del caso de su hermano Angus, que era tan tacaño que no saludaba.

Al advertir su error, Swan se detuvo bruscamente.

Aparentemente intuía, aunque en forma vaga, que había cometido un error en algún punto de la historia, y que la versión que acababa de dar no era del todo correcta.

—Quiero decir... —comenzó a decir.

Tanto Alan como Kathryn lo contemplaban con una expresión no exenta de curiosidad. Pero el efecto más pronunciado se observó en la tía Elspat, quien permaneció inmóvil, mirando fijamente a Swan. Este debió comprender por fin que ella estaba contemplando fijamente el sombrero que llevaba aún sobre la cabeza, pues se descubrió precipitadamente.

Al cabo de un instante, la tía Elspat habló. Sus palabras, lentas y solemnes, como el resumen de un juez, cayeron en medio de los presentes al cabo de cuidadosas consideraciones sobre la oportunidad de cada una de ellas.

—¿Y por qué Campbell habría de saludar a cualquiera?

—Quiero decir...

—No tendría mucho sentido que lo hiciese, ¿no?

—¡Quise decir que no daba ni los buenos días!

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que era tacaño y no daba nada, ni los buenos días.

—A mi juicio, joven —dijo la tía Elspat al cabo de otra pausa prolongada—, usted está loco. ¡No dar los buenos días por tacañería!

—Perdone, Miss Campbell. Dejémoslo. Fue una broma.

Entre todas las palabras que podría haber elegido para usar en presencia de la tía Elspat, la palabra «broma» era la más inoportuna. Hasta Colin lo miraba ahora indignado.

—Una broma, ¿eh? —dijo tía Elspat levantando la voz—. ¡Angus Campbell está aún caliente en su ataúd, y usted viene aquí a insultar su casa y a su familia hablando en broma! ¡No lo permitiré! ¡En mi opinión, señor mío, no pertenece al *Daily Floodlight* ni a nada que se le parezca! ¿Quién es Pip Emma? —le preguntó sorpresivamente.

—¿Señora?

—¿Quién es Pip Emma? ¡Ah! Tampoco lo sabe, ¿eh? —exclamó la anciana agitando el diario—. ¡No conoce a la niña que redacta una columna en su propio diario! ¡No intente buscar excusas! ¿Cómo se llama usted?

—MacHolster.

—¿Cómo?

—MacHolster —repitió el descendiente de aquella hipotética estirpe, pues estaba tan confuso a causa de la actitud de tía Elspat, que su agilidad mental habitual había desaparecido—. Quiero decir —se corrigió— MacQueen. No, lo que quiero decir es que en realidad me llamo Swan, Charles Evans Swan, pero desciendo de los MacHolster, o bien de los MacQueen, y...

La tía Elspat ni siquiera se dignó comentar este asunto.

—Repito, *Mis Campbell*...

—Váyase —ordenó la tía Elspat—; y no se lo diré dos veces.

—Ha oído lo que ha dicho la señora, joven —dijo Colin a su vez, introduciendo los pulgares en las bocamangas de su chaleco y dirigiendo una mirada feroz al visitante—. ¡Demonios! Tenía la intención de mostrarme hospitalario con usted, pero hay cosas sobre las cuales no bromeamos en esta casa.

—Le juro que...

—Vamos, ¿saldrá por la puerta? —preguntó Colin bajando las manos—. ¿O prefiere salir por la ventana?

Durante un segundo, Alan creyó que Colin se disponía en realidad a asir a Swan del cuello y de los fondillos de los pantalones, para arrojarlo por la fuerza de la casa como se arroja a los borrachos de las tabernas.

Murmurando maldiciones en voz baja, Swan llegó a la puerta dos segundos antes que Colin. Oyeron su salida precipitada. Todo terminó tan pronto, que Alan apenas tuvo conciencia de lo que había sucedido. El efecto en Kathryn, no obstante, fue de llevarla casi al borde de las lágrimas.

—¡Qué familia! —exclamó apretando los puños y golpeando el suelo con los pies—. ¡Cielos, qué familia!

—¿Y qué te ocurre a ti ahora, Kathryn?

Kathryn tenía espíritu de luchadora.

—¿Quiere saber lo que realmente pienso, tía Elspat?

—¿Pues bien?...

—Pienso que es una vieja loca. Esto es lo que pienso. Ahora también puede echarme de la casa.

Con gran sorpresa de Alan, tía Elspat sonrió.

—Quizá no sea tan loca como crees, hijita —dijo muy satisfecha, mientras se alisaba la falda del vestido—. ¡Quizá no sea tan loca!

—¿Qué piensas tú, Alan?

—Decididamente, no creo que haya debido expulsar a Swan de ese modo, sin pedirle, por lo menos, que le mostrase su credencial de periodista. El hombre es perfectamente sincero. Aunque la verdad es que recuerda a ese personaje de *El*

*dilema de un médico* de Bernard Shaw, es decir, que es congénitamente incapaz de informar con exactitud sobre nada que haya visto u oído. Es posible que sea capaz de provocarnos grandes dificultades.

—¿Dificultades? —repitió Colin—. ¿En qué sentido?

—No sabría decirlo, pero tengo mis sospechas.

El ladrido de Colin era evidentemente mucho más fiero que su mordedura. Pasó una de las manos por su pelo hirsuto, miró a todos con ferocidad, y terminó por rascarse la nariz.

—Escuchen —gruñó—. ¿Creen que debería salir y traer nuevamente a ese hombre? Tengo aquí un *whisky* de ochenta años capaz de hacer cantar a un asno. Lo beberemos esta noche, Alan, muchacho. Si le damos eso...

La tía Elspat se negó a ello con una arrogancia serena e implacable que mostraba la dureza del granito.

—No permitiré que ese bandido pise mi casa —dijo.

—Ya lo sé, Elspat, pero...

—Repito que no permitiré que ese bandido pise mi casa. Eso es todo. Escribiré nuevamente al jefe de redacción...

Colin la miró enojado.

—Bueno —dijo—. Eso es lo que quería preguntarte. ¿Qué significan esas patrañas sobre unos secretos misteriosos que estabas dispuesta a revelar a los diarios, pero no a nosotros?

Elspat apretó los labios con un gesto obstinado.

—¡Vamos! —insistió Colin—. ¡Habla!

—Colin Campbell —dijo Elspat con tono lento y vengativo—. Haz lo que te digo. Lleva a Alan Campbell a la torre y haz que vea cómo halló la muerte Angus Campbell. Que piense en las Sagradas Escrituras. Tú, Kathryn Campbell, te sentarás a mi lado —y palmeando el sofá, añadió—: Dime. ¿Frecuentas esas pecaminosas salas de baile de Londres?

—¡Por supuesto que no! —repuso Kathryn.

—En ese caso, nunca has visto bailar a los maniáticos del jazz.

Alan nunca llegó a enterarse del curso ulterior de aquella edificante conversación. Colin lo empujó hacia la puerta en el extremo opuesto de la sala, por la cual habían desaparecido Duncan y Chapman pocos minutos antes.

La puerta se abría directamente sobre la planta baja de la torre, según pudo comprobar Alan. Era un recinto amplio y sombrío, con paredes de piedra blanqueadas con cal y suelo de tierra. Se habría sospechado casi que en una época había sido utilizado como establo. Una puerta de dos hojas de madera, con una cadena y candado, daba al patio situado en el lado Sur.

Esta puerta estaba ahora abierta y permitía que la escasa luz del atardecer entrase.

Sobre la pared había asimismo una puerta ojival muy baja que conducía a una escalera de caracol de piedra que ascendía por el interior de la torre.

—Alguien deja siempre abierta esta puerta —gruñó Colin—. ¡Y con el candado por fuera, aunque no lo creas! Cualquiera que tuviese una llave duplicada, podría... Mira, muchacho —añadió—. Elspat sabe algo. ¡Demonios! No está loca, como has podido comprobar. Pero, de todos modos, sabe algo. A pesar de ello, se calla; a pesar del hecho de que están en juego treinta y cinco mil libras en seguros.

—Pero ¿no puede confiar en la policía?

Colin emitió un sonido de desdén.

—¿La policía? ¡Hombre, no es capaz de mostrarse cortés ni con el Procurador Fiscal, de modo que mucho menos puede serlo con la policía! Hace mucho tiempo tuvo una desavenencia con ella, algo relacionado con una vaca, o algo semejante, y desde entonces está convencida de que son unos ladrones y unos bandidos. Esa es la razón del asunto del diario, según imagino.

Colin extrajo una pipa de zarzo y una tabaquera de hule de uno de sus bolsillos. Seguidamente llenó la pipa y la encendió. El resplandor del fósforo iluminó su bigote y su barba hirsuta, y los ojos fieros adquirieron una expresión estrábica cuando los fijó en el tabaco encendido.

—Por lo que a mí se refiere... pues... no tiene tanta importancia. Soy un viejo veterano. Tengo mis deudas, es verdad, y Angus lo sabía, pero siempre podré salir de un aprieto. Por lo menos, así lo espero. Pero Elspat... no tiene absolutamente nada. ¡Demonios!

—¿Cómo está dividido el dinero?

—¿Quieres decir en el caso de que lo obtengamos?

—Sí.

—Es muy simple. La mitad para mí, y la mitad para Elspat.

—¿Conforme con su condición legal de esposa según la jurisprudencia escocesa?

—¡Calla! —ordenó con voz tonante Colin, y miró a su alrededor rápidamente, agitando al mismo tiempo el fósforo apagado en dirección a su compañero—. No vuelvas a decir eso. Elspat no accederá nunca a reclamar su parte en calidad de esposa de hecho, puedes estar seguro de ello. La obsesión de esta vieja respecto a lo que es respetable raya en lo morboso. Ya te lo dije.

—Debí adivinarlo, en cierto modo.

—Nunca reconocerá haber sido más que su «pariente» durante esos treinta años. Hasta Angus, que era un hombre bastante descuidado en su lenguaje, no se atrevió nunca a aludir a su situación con Elspat públicamente. No, no, no. El dinero es un legado común. Un legado que seguramente no cobraremos nunca.

Colin arrojó al suelo el fósforo, irguió los hombros e hizo un gesto en dirección a la escalera.



—Bueno, vamos. Es decir, siempre que tengas ganas de subir. Hay cinco pisos sobre éste, y ciento cuatro escalones hasta lo alto de la torre. ¡Vamos! Cuidado con no golpearte la cabeza.

Alan estaba demasiado absorto por la aventura para preocuparse por el número de escalones.

A pesar de ello parecían interminables, como suele ocurrir con las escaleras de caracol. La escalera estaba alumbrada de trecho en trecho en su lado Oeste, es decir, el lado que daba al lago, por ventanas que habían sido agrandadas. Había un olor a moho y a caballos, que no mejoraba mucho con la incorporación del humo de tabaco de Colin.

En medio de la penumbra crepuscular, lo cual dificultaba aún más el ascenso por los desiguales escalones de piedra, avanzaron guiándose casi a tientas por la superficie externa de la pared.

—¿Pero su hermano dormía diariamente en el piso alto de la torre? —preguntó Alan.

—Dormía siempre allí. Noche tras noche, durante años. Le gustaba el panorama del lago. Decía asimismo que el aire era más puro, aunque esto era una tontería, a mi juicio. ¡Demonios! ¡Veo que he perdido mi agilidad!

—¿Ocupaba alguien las demás habitaciones?

—No. Están llenas de trastos viejos. Todas las reliquias de los innumerables planes de Angus para enriquecerse rápidamente.

Colin se detuvo, sin aliento, junto a la penúltima ventana de la escalera.

Alan miró por ella. Los últimos resplandores de una puesta de sol de fuego brillaban fantasmagóricamente aún entre los árboles. Aunque no podían haber subido mucho, la altura se le antojaba inmensa.

A sus pies, y hacia el Oeste, se divisaba la carretera principal a Inveraray. En el valle del Shira, y más allá de éste, estaba el espacio en forma de horqueta en el cual Glen Aray ascendía entre empinadas colinas hacia Dalmally, y en él aparecían trechos de maleza enmarañada donde los árboles habían caído y estaban ahora podridos y de color gris. Aquel sector, le explicó Colin, presentaba los efectos de la gran tormenta que había arrasado Argyllshire hacía algunos años. Era un bosque muerto, un bosque de árboles muertos.

Hacia el Sur, entre pinos de follaje puntiagudo, se veía muy lejos el gran castillo de Argyll con las cuatro grandes torres cuyos tejados cambian de color cuando llueve. Más lejos aún debía de estar el edificio de la Corte de Justicia en la cual Jacobo Estuardo, guardián de Allen Breck Estuardo, fue juzgado y condenado por el asesinato de Appin. Toda la tierra era rica y palpitaba de nombres famosos, canciones, tradiciones, supersticiones...

—Doctor Campbell —dijo Alan en voz muy baja—, ¿cómo murió el viejo

Campbell?

Unas cuantas chispas brotaron de la pipa de Colin.

—¿Me lo preguntas a mí? No lo sé. Sólo sé que no se suicidó. ¿Matarse Angus? ¡Tonterías!

Nuevamente brotaron las chispas de su pipa.

—No quiero ver colgado a Alec Forbes —añadió comunicativamente—, pero no tendrán otro remedio que colgarlo. Alec Forbes era perfectamente capaz de arrancarle el corazón a Angus y quedarse sin el menor remordimiento de conciencia.

—¿Quién es Alec Forbes?

—Un individuo que vino y se radicó en estos lugares, y bebe demasiado, y también se considera un inventor en pequeña escala. Él y Angus colaboraron en un proyecto. El resultado fue el habitual en este tipo de colaboración: un fracaso. Forbes dijo que Angus lo había estafado. Seguramente era verdad.

—¿De modo que Forbes vino aquí y armó un escándalo la noche del... asesinato?

—Sí. Subió hasta el dormitorio de Angus, aquí en la torre, y quiso arreglar cuentas con mi hermano. Seguramente estaba ebrio.

—¿Pero lo echaron de la casa?

—Sí. Mejor dicho, Angus lo echó. Angus no era un hombre débil, a pesar de sus años y de su peso. Luego las mujeres fueron al dormitorio, y tuvieron que revisarlo, como asimismo las otras habitaciones, para asegurarse de que Alec Forbes no había regresado.

—Evidentemente, no había regresado.

—Exactamente. Entonces Angus cerró su puerta con llave... y con cerrojo. Durante la noche, algo sucedió.

Si sus uñas hubiesen sido más largas, Colin se las habría mordido.

—El forense fijó la hora de la muerte como no anterior a las diez ni posterior a la una. ¿Para qué infiernos nos sirve esto? Sabemos que no murió antes de las diez, de cualquier manera, porque a esa hora lo vieron vivo por última vez. Pero el forense se negó a limitar más su cálculo. Dijo que las heridas de Angus no debieron matarlo instantáneamente, de modo que probablemente permaneció inconsciente, pero con vida, durante algún tiempo antes de morir.

»Sea como fuere, sabemos con certeza que Angus se había retirado cuando sucedió todo.

—¿Cómo lo sabemos?

Colin hizo un gesto de exasperación.

—Porque vestía un camisón cuando lo encontraron. Además, las ropas de la cama estaban en desorden. Había apagado la luz y retirado la cortina de oscurecimiento de la ventana.

Alan se sobresaltó ligeramente.

—¿Sabe una cosa? —murmuró—. Había olvidado casi enteramente que estamos en guerra, así como el asunto de los oscurecimientos. Pero, veamos —añadió e hizo un gesto con la mano en dirección a la ventana—. ¡Estas ventanas no tienen cortinas de oscurecimiento!

—No. Angus sabía subir y bajar por esta escalera a oscuras. Decía que ponerles cortinas de oscurecimiento era malgastar el dinero. En cambio, una luz en su cuarto se habría visto desde millas a la redonda, como debió admitir el propio Angus. ¡Demonios, no me hagas tantas preguntas! Ven y ve el dormitorio con tus propios ojos.

Dicho esto vació los restos del tabaco de su pipa y corrió como un mono desgarrado por el trecho de escalera que restaba.

**A**listair Duncan y Walter Chapman estaban discutiendo todavía.  
—Pero, señor mío —decía en aquel momento el alto y encorvado abogado, mientras agitaba sus lentes en el aire como si estuviese dirigiendo una orquesta—, ¿no es evidente que se trata de un asesinato?

—No.

—¡Pero, piense en la maleta, señor! La maleta o cajón para perros que encontraron debajo de la cama después del asesinato.

—Después de la muerte.

—Vamos...; a fin de asegurar una mayor claridad, digamos, el asesinato.

—Muy bien, pero sin prejuicios. Lo que deseo saber, Mr. Duncan, es lo siguiente. ¿Qué hay sobre ese cajón para transportar perros? Estaba vacío. No contenía ningún perro. El examen al microscopio por la policía reveló que no había contenido *nada*. ¿Qué se pretende probar, pues?

Ambos hombres se callaron al entrar Alan y Colin.

La habitación en el último piso de la torre era circular y espaciosa, aunque de techo algo bajo en relación con su diámetro. La única puerta, que daba al pequeño rellano, tenía el cerrojo arrancado del marco. El herrumbrado caño hueco en el cual entraba el cerrojo estaba, asimismo, suelto.

La única ventana, frente a la puerta, despertaba en Alan una desagradable fascinación.

Era más grande de lo que le había parecido desde el suelo. Tenía dos hojas, que se abrían como pequeñas puertas al estilo de las ventanas que se ven en Francia, y estaban formadas por pequeños vidrios de forma romboidal unidos entre sí por juntas de plomo. Evidentemente esta ventana era de construcción reciente, o por lo menos constituía un ensanche de la que había antes en el mismo lugar. A juicio de Alan estaba tan cerca del suelo que resultaba peligrosa.

Vista así, contra la penumbra, como un rectángulo luminoso en medio de una habitación llena de muebles, atraía la mirada y provocaba una especie de hipnosis. Pero, con excepción de la lámpara eléctrica sobre el escritorio y de la estufa, también eléctrica, al lado de éste, era lo único moderno en toda la habitación.

Contra una pared redondeada estaba la cama enorme, de roble y sin ornamentos de ninguna clase, con un colchón de plumas y un cubrecama acolchado formado con pedazos multicolores. Había además un armario de roble tan alto casi como la habitación. Se había intentado crear una atmósfera algo más acogedora y alegre revocando las paredes y empapelándolas con papel decorado con rosas azules sobre

fondo amarillo.

Había cuadros, principalmente retratos familiares que se remontaban a 1850 y 1860. El suelo de piedra estaba cubierto con una estera de paja. Una cómoda cubierta de mármol y con un espejo largo y angosto había sido amontonada junto a un gran escritorio repleto de papeles con tapa plegable. Más correspondencia, en cantidades increíbles, se amontonaba junto a las paredes y ocultaba los asientos de las mecedoras colocadas en ángulos extraños. Aunque había gran cantidad de revistas especializadas, no se veían, en cambio, libros, salvo una Biblia y un álbum de tarjetas postales.

Era la habitación de un hombre viejo. Un par de botas abotonadas, de Angus, deformadas por los juanetes del dueño, estaban debajo de la cama.

Todo ello hizo que Colin recordase a su hermano.

—Buenas tardes —dijo con aire agresivo—. Les presento a Alan Campbell, de Londres. ¿Dónde está el Fiscal?

Alistair Duncan se puso los lentes.

—Temo que haya vuelto a su casa —repuso—. Sospecho que elude a la tía Elspat. Nuestro joven amigo —añadió sonriendo melancólicamente y palmeando suavemente a Chapman— huye de ella como de la peste y no quiere ni acercarse donde está.

—La verdad es —dijo Chapman— que nunca se sabe en qué situación se está con ella. Siento la mayor simpatía con su pena, pero... ¡qué diablos!

El Agente de la Ley levantó sus hombros encorvados y miró lúgubrementemente a Alan.

—¿Acaso no nos hemos visto anteriormente, señor?

—Sí, hace un rato.

—¡Ah, sí! ¿Intercambiamos... algunas palabras, quizá?

—Sí. Usted dijo «¿Cómo está usted?», y «Buenas tardes».

—¡Cuánto desearía —dijo el Agente de la Ley agitando la cabeza— que todas nuestras relaciones sociales fuesen igualmente sencillas! ¿Cómo está usted? —repitió, extendiendo una mano huesuda y sin fuerzas—. Desde luego —prosiguió—, ahora recuerdo. Le escribí. Ha sido muy amable al venir.

—¿Puedo preguntarle, Mr. Duncan, por qué me escribió?

—Perdone, pero no comprendo su pregunta.

—Estoy encantado de estar aquí. Reconozco que debía haber entablado relaciones con esta rama de la familia hace mucho tiempo. Pero ni Kathryn Campbell ni yo estamos aquí por algún motivo aparente. ¿Qué quiso decir, exactamente, al hablar de una «conferencia familiar»?

—Se lo diré —repuso Duncan sin titubear y, por tratarse de él, con cordialidad casi—. Pero primero deseo presentarle a Mr. Chapman, de la Compañía de Seguros

de Vida Hércules. Es un hombre testarudo.

—Mr. Duncan peca también del defecto que ha señalado en mí —observó Chapman con una sonrisa.

—Tenemos aquí un caso bien evidente de accidente o de asesinato —prosiguió el abogado—. ¿Han oído los pormenores de la muerte de su infortunado pariente?

—Conozco algunos de ellos —repuso Alan—. Pero...

Seguidamente calló y se dirigió hacia la ventana.

Las dos hojas estaban parcialmente abiertas. No había barra vertical de sostén entre ellas, lo cual descubría, al abrirse completamente ambas hojas, un espacio abierto de noventa centímetros de ancho por algo más de un metro de altura, aproximadamente. Un magnífico panorama se extendía sobre las aguas oscuras del lago y sobre las colinas de color pardo purpúreo, pero Alan no lo contempló.

—¿Puedo formular una pregunta? —dijo.

Chapman levantó los ojos hacia el techo con la expresión de quien dice para sus adentros «¡Otra más!», pero inmediatamente exclamó con un gesto cortés:

—Desde luego.

Junto a la ventana, en el suelo, estaba la cortina de oscurecimiento, un trozo de tela encerada clavado sobre un marco de madera ligera que se adaptaba exactamente a la ventana.

—Y bien —dijo Alan señalando la cortina—. ¿Es posible que haya caído accidentalmente mientras retiraba la cortina de oscurecimiento? Ustedes saben bien —prosiguió—: antes de meternos en la cama, apagamos la luz, y seguidamente avanzamos a tuestas para retirar la cortina de oscurecimiento y abrir la ventana.

»Si accidentalmente alguien se apoyase con demasiada fuerza contra esta ventana mientras abre el pestillo, seguramente caería hacia delante. La ventana no tiene barra vertical entre las dos hojas.

Con gran sorpresa por parte de Alan, Duncan evidenció exasperación, mientras que Chapman sonrió.

—Vea el grosor de esta pared —señaló el representante de la Compañía de Seguros—. Es de un metro, aproximadamente, como casi todas las paredes de los castillos feudales. No. No podría de ningún modo haber caído así, a menos que estuviese completamente borracho, o bien narcotizado, o por lo menos incapacitado para defenderse. La autopsia de Mr. Campbell, en cambio, permitió establecer, como el mismo Mr. Duncan no dejará de admitirlo... —Chapman miró al abogado con aire interrogante, y éste gruñó— que no se hallaba en ninguna de estas tres condiciones. Era un hombre de vista perfecta, paso firme, y además estaba en absoluta posesión de sus sentidos.

—Ahora, señores, mientras estamos aquí, convendría que les aclare definitivamente por qué no veo cómo esto puede ser otra cosa que suicidio. Quisiera

formular una pregunta al hermano de Mr. Campbell.

—¿Pues, bien? —dijo Colin suspicazmente.

—Es verdad, ¿no?, que Mr. Angus Campbell era un hombre que pertenecía a lo que podríamos llamar la vieja escuela. Es decir, siempre dormía con las ventanas cerradas, ¿no es verdad?

—Sí, es verdad —admitió Colin, y hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta de caza.

—Personalmente, no comprendo a quienes hacen esto —dijo el representante de la Compañía de Seguros, haciendo un gesto con los labios—. Me despertaría con la cabeza como un globo si alguna vez hiciese semejante cosa. Pero mi abuelo siempre dormía con las ventanas cerradas. No permitía que entrase ni una gota de aire.

»Mr. Campbell también dormía con la ventana cerrada. El único motivo por el cual retiraba la cortina de oscurecimiento durante la noche era que quería enterarse cuándo amanecía.

»Señores, quiero preguntarles lo siguiente: cuando Mr. Campbell se acostó esa noche, esta ventana estaba cerrada y el pestillo corrido como de costumbre. Miss Campbell y Kirstie MacTavish afirman esto. Más tarde, la policía encontró las impresiones digitales de Mr. Campbell, y *sólo las de Mr. Campbell*, sobre el pestillo de la ventana.

»Lo que debió hacer resulta evidente. Un momento después de las diez se desnudó, se puso su camisón, retiró la cortina de oscurecimiento y se acostó como de costumbre —Chapman señaló la cama—. La cama está ordenada ahora, pero estaba deshecha entonces.

Alistair Duncan dejó escapar un murmullo de incredulidad.

—Eso —dijo— es obra de la tía Elspat. Declaró que consideraba de elemental decencia ordenar la habitación.

El gesto de Chapman lo hizo callar.

—En algún momento entre esa hora y la una de la mañana se levantó, se dirigió hacia la ventana, la abrió, y deliberadamente se arrojó por ella.

»¡Vamos, quiero apelar al sentido común del hermano de Mr. Campbell, ahora! Mi Compañía desea hacer lo que corresponda. Yo también deseo hacer lo que corresponda. Como le decía a Mr. Duncan, conocía al difunto Mr. Campbell personalmente. Vino a verme a nuestra oficina de Glasgow, y allí hizo su última póliza. Después de todo, deben saber que no se trata de *mi* dinero. No soy quien lo ha de pagar. Si me fuese posible aconsejar definitivamente a mi firma que pagase la póliza, lo haría sin titubear. Pero ¿pueden decirme que las pruebas justifican semejante actitud de mi parte?

Se produjo un silencio.

Chapman terminó su exposición con una nota de elocuencia. Seguidamente

recogió del escritorio la cartera portadocumentos y el sombrero.

—La caja para transportar perros... —dijo Duncan.

El rostro de Chapman se congestionó ligeramente.

—¡Vamos, dejemos a un lado el asunto de la caja para perros! —dijo con una impaciencia muy poco profesional—. ¿Puede usted, señor, o cualquiera de ustedes, presentar una razón por la cual la caja deba figurar en este asunto?

Colin Campbell se acercó a la cama con aire belicoso. Extendió la mano debajo de ella, sacó el objeto en cuestión y lo contempló como si fuese a darle un puntapié.

Era del tamaño de una maleta más bien grande, aunque algo más ancha, en forma de cajón. Hecha de cuero castaño oscuro, tenía un asa como la de las maletas, pero las dos cerraduras de metal estaban arriba. En uno de los extremos tenía insertado un enrejado de alambre de forma rectangular con el objeto de permitir el paso del aire cuando se transportase en el cajón algún animal doméstico.

Algún animal doméstico... En la mente de Alan se agitó una imagen tan grotesca y desagradable, no obstante tener una forma determinada, que la atmósfera de la habitación de la vieja torre adquirió inmediatamente para él un sabor de decidida maldad.

—¿No es posible —dijo Alan de pronto— que el miedo lo haya impulsado a hacer lo que hizo?

Sus tres compañeros se volvieron hacia él bruscamente.

—¿Miedo? —repitió el abogado.

Alan estaba mirando fijamente el cajón de cuero.

—No sé nada sobre este hombre, Alec Forbes —prosiguió Alan—, pero aparentemente no es una buena persona.

—¿Pues bien, mi estimado doctor Campbell? —dijo el abogado.

—Supongamos que Alec Forbes haya traído consigo ese cajón cuando vino aquí. Su aspecto general es el de una maleta común. Supongamos que haya venido aquí con toda premeditación, con el pretexto de «discutir» con Angus, pero en realidad para dejar el cajón. En el calor de la disputa, Angus no recuerda el cajón, hasta más tarde. Pero en mitad de la noche algo sale del cajón...

Hasta Alistair Duncan tenía ahora una expresión aprensiva.

En cambio, Chapman miraba a Alan con un interés que su escepticismo y su sonriente incredulidad no lograban ocultar.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. ¿Qué pretende insinuar, exactamente?

Alan no se amedrentó.

—No quiero que se rían de mi hipótesis. Lo que estaba pensando en realidad era que... pues bien, que había allí una araña grande, o bien una víbora venenosa de alguna clase. Recuerden que esa noche había luna llena.

Nuevamente el silencio se prolongó interminablemente. Ahora estaba tan oscuro



que apenas se veían unos a los otros.

—Es extraordinario —murmuró el abogado con su vocecilla débil y seca—. Un momento, por favor.

A continuación palpó el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo de él una gastada libreta con tapas de cuero negro. La llevó hasta la ventana, se puso los lentes e inclinó la cabeza hacia un lado para examinar una de las páginas de la libreta.

—Extractos de la declaración de Kirstie MacTavish, criada —leyó, y tosió ligeramente—. Traducido del «dórico» y vertido al idioma inglés, dice lo siguiente:

Mr. Campbell nos dijo a mí y a Miss Campbell: «Acuéstense, y basta de tonterías. Me he deshecho de ese bandido. Pero ¿vieron la maleta que trajo consigo?». Contestamos que no la habíamos visto, pues no llegamos hasta después de que Mr. Campbell había expulsado a Mr. Forbes de la casa. Mr. Campbell dijo: «Les apuesto que está por huir del país para alejarse de sus acreedores. Pero quisiera saber qué hizo con la maleta. Cuando se fue tenía las dos manos ocupadas en golpearme».

Duncan los miró por encima de sus lentes.

—¿Tienen algún comentario que hacer a esto, señores? —preguntó.

El hombre de la Compañía de Seguros no estaba muy divertido, evidentemente.

—Quizá olvida lo que me señaló usted mismo no hace mucho. Cuando Miss Campbell y la criada examinaron la habitación, inmediatamente antes de retirarse Mr. Campbell, no vieron ninguna maleta debajo de la cama.

Duncan se acarició el mentón. En la penumbra tenía una palidez mortal, cadavérica, y su pelo canoso tenía el aspecto de alambre.

—Es verdad —admitió—. Es verdad. Pero al mismo tiempo... —añadió, agitando la cabeza.

—¡Víboras! —dijo escépticamente el agente de seguros—. ¡Arañas! ¡El doctor Fu Manchú, tal vez! ¡Vamos! ¿Saben ustedes de alguna víbora o araña capaz de salir de una maleta y cerrar cuidadosamente las cerraduras de metal? Los dos cierres de ese cajón se encontraron cerrados a la mañana siguiente.

—Indudablemente, eso constituye un obstáculo —concedió Duncan—. Al mismo tiempo...

—¿Y qué ocurrió con el animal?

—No sería muy agradable —dijo Colin sonriendo— si estuviese aún en algún punto de la habitación.

Mr. Walter Chapman se puso el hongo apresuradamente.

—Tengo que irme —dijo—. Perdonen, señores, pero llegaré muy tarde aun saliendo ahora mismo, y debo regresar a Dunoon. ¿Puedo llevarlo, Mr. Duncan?

—¡Son tonterías! —dijo a gritos Colin Campbell—. Se quedarán a tomar el té. Ambos deben quedarse.

Chapman parpadeó.

—¿Té? Pero ¿a qué hora cenan ustedes?

—No cenaremos, muchacho. En cambio, el té que les daremos será más copioso que la mayoría de las cenas que han comido en su vida. Además, tengo un *whisky* muy potente que hace mucho tiempo deseo probar en alguien, preferiblemente en un inglés. ¿Qué piensan de esto?

—Lo lamento. Se lo agradezco muchísimo, pero tengo que irme —dijo Chapman mientras palmeaba las mangas de su chaqueta. Toda su persona irradiaba exasperación—. Entre las víboras y las arañas, y además lo sobrenatural...

Así como el último descendiente de los MacHolster no pudo haber elegido una palabra más inoportuna que «broma» al dirigirse a Miss Elspat Campbell, Chapman, por su parte, no pudo haber elegido otra más inoportuna que «sobrenatural» al hablar con Colin.

La voluminosa cabeza de Colin pareció hundirse entre sus anchos hombros.

—¿Y quién dice que esto fue sobrenatural? —preguntó con voz peligrosamente suave.

Chapman rió.

—Yo, no, desde luego. Eso está fuera de la especialidad de mi Compañía. Pero la gente del lugar tiene aparentemente la noción de que esta casa está embrujada, o por lo menos que hay algo aquí que no es del todo natural.

—¿Sí?

—Además, y no lo digo con ánimo de ofensa —añadió el agente de seguros con un destello de humorismo en los ojos—, es evidente que no tienen un alto concepto de los que viven aquí. Invariablemente murmuran «mala gente» o palabras por el estilo.

—¡Somos mala gente, qué demonios! —gritó el irreverente doctor, no sin cierto orgullo—. ¿Quién lo ha negado nunca? Yo, no. ¡Pero que esto esté embrujado!... De todas las pamplinas... Escuchen. ¡Indudablemente no pueden suponer que Alec Forbes iba de un lado a otro con un fantasma dentro de ese cajón!

—Francamente, no creo que alguien haya llevado nada en ese cajón —repuso Chapman. Su expresión preocupada reapareció una vez más—. De todos modos, me sentiría más tranquilo si nos fuese posible cambiar unas palabras con Mr. Forbes.

—¿Y dónde está, ahora que lo mencionamos? —preguntó Alan.

El Agente de la Ley, que había cerrado su libreta y escuchaba con una sonrisa leve e irónica, triunfó una vez más.

—Les diré que también este punto es extraordinario. Hasta Mr. Chapman no podrá menos que reconocer que hay algo sospechoso, algo levemente sospechoso, en la conducta de Alec Forbes. Han de saber que no ha sido posible encontrar a Alec Forbes.

—¿Quiere decir usted —preguntó Alan— que en realidad se fue para huir de sus acreedores?

Duncan agitó los lentes.

—Eso sería una calumnia. No. Simplemente declaro un hecho. Es muy posible que esté dedicado a embriagarse, como lo hace periódicamente. De todos modos, es muy curioso. ¿No es verdad, mi estimado Chapman? Es muy curioso.

El agente de seguros aspiró con fuerza.

—Señores —dijo—, temo no poder discutir más este asunto por el momento. Quiero salir de aquí antes de que me rompa la cabeza al bajar esas oscuras escaleras.

»Esto es todo lo que puedo decirles por ahora. Mañana hablaré con el Fiscal. Para esa fecha debe decidir si ha de considerar esto un suicidio, un accidente o un asesinato. Lo que nosotros hagamos dependerá necesariamente de lo que él decida. ¿Pueden proponer una solución más equitativa?

—Muchas gracias. No, estamos conformes. Todo lo que pedimos es un poco de tiempo.

—Pero si usted está seguro de que esto es un asesinato —dijo Alan—, ¿por qué su Fiscal no adopta medidas concretas? Por ejemplo, ¿por qué no recurre a Scotland Yard?

Duncan lo miró con un aire genuinamente escandalizado.

—¿Llamar a Scotland Yard desde Escocia? —dijo—. ¡Señor mío!

—Diría que Escocia era el lugar más apropiado para que actúe —dijo Alan—. ¿Por qué no?

—¡Señor mío, no se ha hecho nunca! La ley escocesa tiene sus propios procedimientos.

—¡Por Dios que los tiene! —declaró Chapman, golpeando una de sus piernas con su portadocumentos—. Sólo hace dos meses que estoy aquí, y ya lo he comprobado.

—En ese caso, ¿qué piensan hacer?

—Mientras ustedes —dijo Colin echando hacia delante su ancho pecho— no han hecho otra cosa que hablar de tonterías y andar de aquí para allá, otros no han permanecido ociosos. No les diré lo que pienso hacer. Les diré en cambio lo que he hecho —los ojos de Colin desafiaron a todos a que dijeran que no era una buena idea—. He pedido a Gideon Fell que venga.

Duncan chasqueó la lengua con aire pensativo.

—¿Acaso es el hombre que...?

—Exactamente. Además, es un buen amigo mío.

—¿Ha pensado en... en... los gastos?

—¡Demonios! ¿No puede dejar de pensar en dinero ni durante cinco segundos? ¿Cinco segundos solamente? De cualquier manera, no le costará ni un penique. Vendrá aquí en calidad de invitado mío. Eso es todo. Si usted llega a ofrecerle dinero, se encontrará en un apuro.

El abogado dijo lentamente:

—Todos sabemos, mi estimado Colin, que su propio desprecio por el dinero ha llegado a provocarle no pocas molestias en varias oportunidades —su mirada era intencionada—. A pesar de ello, debe permitirme que piense en libras, chelines y peniques. Hace un rato, este señor —dijo señalando a Alan con un gesto— me preguntó por qué habíamos convocado esta «conferencia familiar». Se lo diré. Si la Compañía de Seguros se niega a pagar las pólizas, será necesario iniciar un juicio. Ese juicio puede resultar costoso.

—¿Quiere decir —dijo Colin con ojos que casi se salían de las órbitas— que trajo a estos dos muchachos nada menos que desde Londres con la sola esperanza de que contribuyesen de algún modo al fondo común? ¡Demonios! ¿Quiere que le retuerzan el cuello?

—No estoy acostumbrado a que me hablen en esos términos, Colin Campbell.

—Pues la verdad es que están hablándole en esos términos, Alistair Duncan. ¿Qué piensa hacer al respecto?

Por primera vez una nota personal apareció en la voz del Agente de la Ley.

—Colin Campbell, durante cuarenta y dos años he estado a entera disposición de su familia...

—¡Ja, ja, ja!

—Colin Campbell...

—¡Vamos, por favor! —protestó Chapman; estaba tan incómodo, que había comenzado a apoyarse en uno y otro pie alternativamente.

Alan intervino a su vez, apoyando una mano sobre el hombro tembloroso de Colin. Era probable que dentro de pocos instantes Colin expulsase a una segunda persona de la casa, asiéndolo por la fuerza del cuello y de los fondillos de los pantalones.

—Permítame una interrupción —dijo Alan—. Mi padre me dejó en una buena situación económica, y si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa...

—¿Sí? ¿De modo que tu padre te dejó en buena situación? —dijo Colin Campbell—. ¡Y usted debía saberlo perfectamente, Alistair Duncan!

El abogado se ahogó con sus propias palabras. Lo que intentó decir, según Alan pudo entender, fue algo así como: «Si quiere que me lave las manos de todo el asunto...», aunque lo que en realidad se oyó fue una frase tergiversada y sin sentido. Tanto él como Colin estaban tan exasperados, que nadie advirtió el error.

—Sí —dijo Colin—. Es lo que podría hacer. Ahora, ¿vamos abajo, o no?

En silencio y llenos de amor propio herido, los cuatro emprendieron el descenso a tientas y tropezando, por unas escaleras llenas de peligros. Chapman intentó despejar la atmósfera reiterando su ofrecimiento de llevar a Duncan en el automóvil, lo cual fue aceptado, y formulando algunos comentarios triviales sobre el tiempo.

Todas sus palabras cayeron en el vacío.

Siempre en silencio, llegaron a la sala en la planta baja, desierta ahora, y seguidamente se dirigieron a la puerta principal. Cuando Colin y el abogado se despidieron, lo hicieron con una formalidad tal que cualquiera hubiera dicho que estaban por batirse en duelo a la mañana siguiente. Por fin la puerta se cerró.

—Elspat y Kate —dijo Colin melancólicamente, pues estaba aún resentido— deben estar tomando el té. Vamos.

Alan halló muy de su agrado el comedor, y le habría agradado más aún si no se hubiera sentido tan nervioso por la reciente disputa entre Colin y el abogado.

Bajo una lámpara colgada, que llegaba casi a la mesa, cuya luz se reflejaba intensamente sobre el mantel blanco, y cerca del fuego que chisporroteaba alegremente en la chimenea, tía Elspat y Kathryn estaban sentadas en torno a la mesa llena de manjares, salchichas, pastel de Ulster, huevos, patatas, té y enormes cantidades de tostadas con mantequilla.

—Elspat —dijo Colin retirando una silla con un gesto melancólico—. Alistair Duncan acaba de anunciarnos nuevamente que se retira.

Tía Elspat se sirvió mantequilla.

—Bueno —dijo sin inmutarse—; no es la primera vez, ni será la última. También me anunció que se retiraba hace una semana.

La sensación incómoda de Alan comenzó a disiparse.

—¿Quieren decir —preguntó— que esa disputa que sostuvieron no era seria?

—No, no. Mañana estará perfectamente bien —repuso Colin. Dicho esto se movió, inquieto, y contempló con ojos relucientes la mesa repleta de comida—. Ya sabes, Elspat, que tengo un carácter endiablado y que quisiera poder dominarlo.

Tía Elspat aprovechó estas palabras para encararse violentamente con él.

Le dijo que no permitiría ese lenguaje grosero en su casa, y especialmente delante de una jovencita, con lo cual se refería seguramente a Kathryn. A continuación los reprendió por haber llegado tarde a tomar el té, en términos que habrían sido demasiado violentos aun en el caso de que hubiesen estado ausentes en dos comidas y en la tercera le hubiesen arrojado la sopa en la cabeza.

Alan escuchaba sólo a medias. Comenzaba a comprender mejor a la tía Elspat, pues veía que sus estallidos de ira eran casi maquinales. Mucho tiempo atrás la tía Elspat se había visto obligada a luchar para salirse con la suya en todo y había continuado haciéndolo, por hábito, mucho después de que esta táctica había dejado de

ser necesaria. No era ni siquiera mal genio. Era una manifestación automática.

Las paredes del comedor estaban adornadas con viejas cabezas de ciervos, y sobre la chimenea había dos espadas escocesas cruzadas. Estas espadas atrajeron la atención de Alan. Al devorar la comida, alternándola con abundante té fuerte y oscuro, una sensación de bienestar inundó su cuerpo.

—¡Ah! —exclamó Colin con un suspiro de fatiga. Empujó su silla hacia atrás, se desperezó y se palmeó el estómago. Su rostro resplandecía entre la barba y el cabello hirsuto—. Me siento mejor ahora. Mucho mejor. ¡Que me cuelguen sí no tengo ganas de llamar a ese viejo zorro y pedirle disculpas!

—¿Descubrió —dijo Kathryn vacilando—... descubrió algo? ¿En la torre, quiero decir? ¿O por lo menos, decidieron algo?

Colin introdujo un mondadientes entre su barba.

—No, Kitty-kat, no descubrimos nada.

—¡Por favor, no me llame Kitty-kat! ¡Normalmente me tratan como si no fuese una mujer!

—No digas tonterías —dijo tía Elspat, dirigiéndole una mirada penetrante—. Todavía no eres una mujer.

—No decidimos nada —dijo Colin mientras seguía palmeándose el estómago—. En realidad no hay necesidad. Gideon Fell estará aquí mañana. La verdad es que cuando vi llegar el bote esta tarde creía que era Fell. Y cuando él esté aquí...

—¿Fell, dijo? —exclamó Kathryn—. ¿No será el doctor Fell, acaso?

—El mismo.

—¡No puede ser ese hombre detestable que escribe cartas a los diarios! ¡Ya sabes quién, Alan!

—Es un intelectual muy distinguido, Kitty-kat —dijo Colin—, y como tal debes descubrirte frente a él. Pero el principal motivo de su fama reside en su intervención en varias investigaciones de asesinatos.

La tía Elspat quiso saber inmediatamente cuál era su religión.

Colin repuso que lo ignoraba, pero que no importaba absolutamente nada cuál era su religión.

Tía Elspat arguyó que, por el contrario, era de suma importancia, y a continuación hizo unos comentarios que no dejaron dudas en la mente de ninguno de los presentes sobre su punto de vista del destino de Colin después de la muerte. Para Alan aquello era lo más difícil de soportar en la tía Elspat. Sus conceptos de teología eran pueriles. Sus conocimientos sobre la historia de la Iglesia habrían sido considerados como inexactos aun por el difunto obispo Burnet. No obstante, las reglas de la urbanidad lo obligaban a guardar silencio. Por fin pudo intervenir en la conversación con una pregunta oportuna.

—Lo único que no alcanzo a comprender claramente —dijo— es lo referente al

diario.

La tía Elspat dejó de lanzar juicios condenatorios a diestro y siniestro y se dedicó a tomar su té.

—¿Diario? —repitió Colin.

—Sí. No estoy ni siquiera seguro de haber oído bien, y puede que se hayan referido a otra cosa. Pero cuando Mr. Duncan y el hombre de la Compañía de Seguros estaban hablando en la habitación contigua a la sala, oímos decir a Mr. Duncan algo sobre un «diario desaparecido». Por lo menos, así lo entendí en aquel momento.

—Yo también —dijo Kathryn.

Colin frunció el ceño.

—Según imagino —dijo mientras con un golpe del índice hacía girar su servilletero sobre la mesa—, alguien lo robó, ni más ni menos.

—¿Qué diario?

—¡El diario de Angus, por supuesto! Durante el año llevaba un diario cuidadosamente, y al finalizar el año lo destruía para que nadie lo descubriese ni se enterase de lo que en realidad pensaba.

—Era un hábito prudente.

—Sí. Pues bien, lo escribía todas las noches poco antes de acostarse. No creo que haya dejado de hacerlo ni una sola noche. A la mañana siguiente a su muerte debería estar en su escritorio. Pero, por lo menos así me lo han dicho, no estaba allí. ¿No es verdad, Elspat?

—Toma tu té y no seas loco.

Colin se irguió.

—¿Qué tiene de locura decir esto? El diario no estaba allí, ¿no?

Cuidadosamente, con una delicadeza de gran dama que demostraba su conocimiento de los buenos modales, Elspat vertió un poco de té en su platito, sopló sobre él y lo bebió.

—La dificultad estriba —prosiguió Colin— en que nadie advirtió la falta del diario hasta que transcurrieron muchas horas. Así, pues, cualquiera que lo hubiese visto pudo haberlo robado. Quiero decir que no hay pruebas de que lo haya robado nuestro asesino fantasma. Pudo ser cualquiera, ¿no es verdad, Elspat?

Tía Elspat examinó su platito vacío un instante y luego suspiró.

—Supongo —dijo con aire resignado— que ahora querrás tu *whisky*.

El rostro de Colin se iluminó.

—Bueno —dijo fervorosamente—. He aquí, en medio de esta confusión, una iniciativa que todos estábamos esperando —y volviéndose hacia Alan, añadió—: Alan, quiero que pruebes un rocío de la montaña que te hará remontar por los aires. ¿Quieres?

El comedor estaba acogedor y tibio, a pesar de que el viento aullaba fuera. Como

le ocurría siempre cuando Kathryn estaba presente, Alan se sentía expansivo y lleno de vitalidad.

—Sería muy interesante —dijo, arrellanándose en su asiento— encontrar un *whisky* capaz de hacer que remonte por los aires.

—¡Ah! De modo que crees eso, ¿eh?

—Debe recordar —dijo Alan, no sin razón— que pasé tres años en Estados Unidos durante el imperio de la Ley seca. Cualquiera que haya sido capaz de sobrevivir a esa experiencia no tiene nada que temer de ningún alcohol salido de un barril... o de otra parte.

—De modo que crees eso, ¿eh? —murmuró Colin—. Crees eso, ¿eh? ¡Bueno, bueno, bueno! Elspat, esto exige medidas heroicas. Trae la «Ruina» de los Campbell.

Elspat se levantó sin protestar.

—Bueno —dijo—. He visto suceder eso. Sucederá nuevamente cuando esté muerta. La verdad es que me vendría bien un trago, pues la noche está bastante fría.

Sus pasos se alejaron, crujiendo. Poco más tarde regresó con una botella casi llena de un líquido de color oscuro con destellos dorados cuando la luz se reflejaba en él. Colin la depositó cuidadosamente sobre la mesa. Para Elspat y Kathryn sirvió raciones infinitesimales. Para sí y para Alan, en cambio, vertió el equivalente de la cuarta parte de un vaso grande.

—¿Cómo lo quieres, muchacho?

—Al estilo norteamericano, puro, con agua por separado.

—¡Muy bueno! ¡Excelente! —exclamó Colin—. No hay que echarlo a perder. Bebamos. ¡Vamos, bebe!

Todos, o por lo menos Colin y Elspat, miraban a Alan con profundo interés. Kathryn olió el líquido en su vaso con aire desconfiado, pero evidentemente llegó a la conclusión de que le gustaba. El rostro de Colin estaba rojo y reflejaba un violento entusiasmo, los ojos muy abiertos y el regocijo retozando en su alma.

—¡Felicidad! —dijo Alan.

Levantó el vaso, lo apuró de un trago, y por poco no trastabilló.

El líquido no logró remontarlo en el aire, aunque durante un segundo temió que lo hiciera. Era lo suficientemente potente para alterar el curso de un acorazado. Las venas de sus sienes parecía que iban a estallar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Creyó, en fin, que no tardaría en morir asfixiado. Luego, al cabo de innumerables segundos, abrió sus ojos anegados de lágrimas y vio que Colin lo contemplaba con una alegría llena de orgullo.

Pero a continuación le sucedió algo más.

Una vez que aquella bomba alcohólica estalló y que recobró el aliento y la vista, una sensación mágica de exaltación y de bienestar ascendió por sus venas. El zumbido que había sentido en la cabeza en un principio fue reemplazado por una



sensación de lucidez cristalina, la sensación que Einstein o Newton debieron de experimentar al sentirse próximos a la solución de un complejo problema de matemáticas.

Había dominado las ganas de toser, y el acceso pasó.

—¿Y bien? —preguntó Colin.

—¡Aaah! —repuso su invitado.

—¡Porque vengan días más felices! —brindó Colin a su vez y apuró el contenido de su propio vaso. Los efectos en él fueron asimismo visibles, aunque se recobró algo más rápidamente que Alan. Después de beber, miró a Alan sonriendo, y dijo—: ¿Te gusta?

—¡Mucho!

—¿No es demasiado fuerte para ti?

—No.

—¿Quieres más?

—Sí, por favor.

—¡Bueno! —exclamó Elspat con un gesto de resignación—. ¡Bueno!

**A**lan Campbell abrió un ojo. Desde algún punto sumamente lejano, amortiguado su movimiento y oculto a la vista y al sonido, su alma se introdujo dificultosamente en su cuerpo una vez más, por corredores subterráneos. Al situarse definitivamente en su interior lo hizo acompañada por una cacofonía de martillazos y centellas. Entonces, despertó.

El proceso de abrir el primer ojo fue bastante doloroso. Pero cuando abrió el segundo, un torrente de angustia invadió de tal manera su cerebro, que se apresuró a cerrarlos inmediatamente.

Observó, en un principio con absoluta apatía, que estaba tendido en una cama, en una habitación que no había visto nunca, que vestía un pijama, y que el sol entraba por la ventana.

Pero sus primeras sensaciones eran puramente físicas. Tenía la sensación de que la cabeza ascendía hacia el techo con movimientos pausados, en espiral. Su estómago era un infierno, su voz un graznido que brotaba de una garganta reseca, y todo su ser, en fin, estaba compuesto por finos alambres palpitantes. De esta manera Alan Campbell, despierto a las doce del día y presa del más horroroso de los malestares consecutivos a la embriaguez, se limitó por el momento a yacer inmóvil y a sufrir.

Momentos más tarde intentó bajar de la cama, pero los mareos lo vencieron, y se acostó nuevamente. Sin embargo, en aquel instante su mente comenzó a funcionar. Febrilmente trató de recordar lo sucedido la noche anterior.

No pudo recordar absolutamente nada.

Alan quedó consternado.

Retrospectivamente imaginó posibles enormidades que pudiese haber cometido o dicho, pero que ahora no lograba recordar. Quizá no existe en el mundo angustia comparable a ésta. Sabía, o por lo menos suponía, que estaba aún en el Castillo de Shira, y que había probado la «Ruina» de los Campbell en compañía de Colin. Pero esto era todo lo que sabía.

La puerta de la habitación se abrió, y entró Kathryn.

En una bandeja traía una taza llena de café negro y un vaso con una poción de aspecto repugnante. Estaba enteramente vestida. A pesar de la expresión desganada de su rostro y de sus ojos lo reconfortó de un modo extraño.

Kathryn se acercó y depositó la bandeja sobre la mesilla de noche.

—Pues bien, doctor Campbell —fueron sus primeras palabras llenas de reproche—, ¿no te avergüenzas de ti mismo?

Todas las emociones de Alan hallaron expresión en un solo gemido prolongado y vehemente.

—Dios sabe que no tengo derecho a echarle la culpa —dijo Kathryn, llevándose una mano a la cabeza—. Estuve casi tan mal como tú. ¡Dios mío, me siento morir! —dijo suspirando y avanzó unos pasos dificultosamente—. Pero por lo menos yo no...

—¿No, qué? —preguntó Alan con voz ronca.

—¿Acaso no recuerdas nada?

Alan esperó que la descripción de las enormidades cometidas lo ahogase como un océano.

—Por el momento, no. Nada.

Kathryn señaló la bandeja.

—Bebe esto, «ostra de las praderas» —dijo—. Reconozco que tiene un aspecto repulsivo, pero te hará bien.

—No. Dime. ¿Qué hice? ¿Me comporté muy mal?

Kathryn lo miró con ojos desencajados.

—No tan mal como Colin, desde luego. Pero cuando intenté abandonar la partida, tú y Colin estabais haciendo esgrima con las espadas escocesas.

—¿Estábamos, qué?

—Haciendo esgrima con espadas verdaderas. Saltaban por todo el comedor, y luego salisteis al vestíbulo y subisteis las escaleras. Os habíais colgado unos manteles a cuadros a manera de mantos escoceses. Colin hablaba en dialecto gálico, y tú citabas trozos de *Marmion* y de *La Dama del Lago*. Sólo que no conseguías decidir si eras Roderick Dhu o Douglas Fairbanks.

Alan cerró fuertemente los ojos.

A su vez murmuró una plegaria. Leves destellos, como pequeños rayos de luz entre los intersticios de unas celosías, cayeron sobre escenas de un mundo pasado que nadaba frente a sus ojos y por fin retrocedía en una masa informe y confusa. Las luces se quebraban, las voces se volvían lejanas.

—¡Espera un momento! —dijo apretándose la frente con ambas manos—. No hay nada relacionado con Elspat en todo esto, ¿no? ¡No insulté a Elspat, espero! Creo recordar...

Nuevamente cerró los ojos.

—Mi querido Alan, ese fue el aspecto más brillante de la velada. Eres el niño mimado de tía Elspat. Considera que tú, después del difunto Angus, eres el miembro más noble de la familia.

—¿Qué?

—¿Acaso no recuerdas haber dado una conferencia de media hora de duración, por lo menos, sobre la Solemne Liga y Convenio, y sobre la historia de la iglesia escocesa?

—¡Espera! Verdaderamente creo recordar en forma vaga...

—No entendió nada, pero la tenías fascinada. Dijo que cualquiera que supiese los nombres de tantos pastores no podía ser tan ateo como fingía. Luego insististe en que bebiera un vaso de ese maldito brebaje, con lo cual la pobre se retiró a sus aposentos en la actitud de Lady Macbeth. Esto fue antes del episodio de la esgrima, naturalmente. Y luego... ¿No recuerdas lo que hizo Colin con ese pobre hombre, Swan?

—¿Swan? ¿Swan, el miembro de los MacHolster?

—Sí.

—Pero ¿qué hacía aquí?

—Pues te diré aproximadamente cómo sucedió, aunque lo recuerdo con vaguedad. Después de que intercambiasteis estocadas por toda la casa, Colin quiso salir, y dijo: «Alan Oig, esta noche hay mucho que hacer. Vayamos a cazar Estuardos». Tú consideraste que era una idea excelente.

»Salimos por la puerta trasera, que da a la carretera. Lo primero que vimos, bañado por la luz de la luna, fue la figura de Mr. Swan, de pie, que contemplaba la casa. ¡No me preguntes qué hacía allí! Colin lanzó un alarido: «¡Aquí tenemos un maldito Estuardo!», y se lanzó sobre él blandiendo la espada.

»Mr. Swan lo miró e inmediatamente huyó por la carretera, corriendo como no he visto correr nunca a nadie. Colin lo persiguió, y tú fuiste detrás de él. Yo no intervine. Había llegado a un punto en que lo único que podía hacer era quedarme quieta y reír. Colin no consiguió en ningún momento alcanzar a Mr. Swan, pero logró en cambio pincharlo varias veces en... en...

—Comprendo.

—... antes de caer al suelo y de que Mr. Swan se alejase. Más tarde tú y Colin volvisteis a la casa cantando a voz en cuello.

Evidentemente algo preocupaba a Kathryn. Tenía los ojos fijos en el suelo.

—Supongo que no recordarás —dijo— que pasé la noche aquí.

—¿Tú pasaste la noche aquí?

—Sí. Colin no quiso saber nada de otro arreglo. Nos encerró en esta habitación.

—Pero nosotros no... quiero decir...

—¿No, qué?

—Ya sabes a qué me refiero.

Evidentemente Kathryn lo sabía, a juzgar por el color de sus mejillas.

—Pues... no. De cualquier manera, estábamos demasiado mareados. Yo estaba tan mareada y débil que ni siquiera protesté. Tú recitaste algo así como:

Aquí muere en mi pecho  
el secreto de este alcohol.

»Luego dijiste con la mayor cortesía «Con su permiso», te tendiste en el suelo y te dormiste.

Alan advirtió de pronto su pijama.

—Pero ¿cómo me puse este pijama? —preguntó.

—No lo sé. Seguramente te despertaste en mitad de la noche y te lo pusiste. Yo me desperté a las seis de la mañana, aproximadamente, con la sensación de que me moría, y logré empujar la llave de la puerta hasta que cayó al suelo; y luego la metí por debajo de la puerta con ayuda de un papel. Fui a mi habitación, y no creo que tía Elspat esté enterada de nada. Pero cuando me desperté y te vi aquí...

Su voz se elevó en algo que parecía un gemido.

—Alan Campbell —dijo—, ¿puedes decirme qué nos sucede? ¿Qué nos sucede a ambos? ¿No crees que es mejor que salgamos de Escocia antes de que nos corrompa definitivamente?

Alan extendió una mano hacia el brebaje que Kathryn había llamado «ostra de las praderas». Cómo consiguió ingerirlo no lo ha podido recordar. La verdad es que lo bebió, y que se sintió mejor. El café negro caliente contribuyó asimismo a despejarlo.

—¡Te aseguro —declaró— que no volveré a probar una gota de alcohol mientras viva! Por lo que a Colin se refiere, espero que esté sufriendo las torturas del infierno. Espero que esté sufriendo tal malestar que...

—Pues no está sufriendo nada.

—¿No?

—Está tan alegre como un grillo. Dice que el buen *whisky* nunca ha causado dolor de cabeza a nadie. Además, ha llegado ese terrible doctor Fell. ¿Puedes bajar a tomar el desayuno?

Alan apretó los dientes.

—Lo intentaré —dijo—, siempre que venzas tu falta de vergüenza y salgas de esta habitación para que me vista.

Media hora más tarde, después de haberse bañado y afeitado en un cuarto de baño algo primitivo, Alan bajaba al comedor. Se sentía mucho mejor. Por la puerta entreabierta de la sala llegaba el rumor de dos voces muy fuertes, la de Colin y la del doctor Fell; y el eco de las mismas provocó intensas olas de dolor en su cerebro. Lo único que pudo probar del desayuno fue una tostada. Luego Kathryn y él se dirigieron a la sala, en silencio y con un sentimiento de culpa.

El doctor Fell estaba sentado en el sofá, con las manos cerradas en torno a su bastón con puño de muleta. La ancha cinta negra de sus gafas se agitó cuando rió. Su espesa cabellera gris caía sobre uno de sus ojos, y a medida que su risa se intensificaba, aparecieron en su rostro, debajo de su mentón, varios pliegues de gordura. Daba la impresión de llenar la habitación, y en un principio Alan apenas pudo convencerse de que era un hombre de verdad.

—¡Buenos días! —les dijo con voz potente.

—¡Buenos días! —dijo a su vez Colin con voz igualmente potente.

—¡Buenos días! —murmuró Alan—. ¿Es necesario que griten de ese modo?

—No digas tonterías. No estábamos gritando —dijo Colin—. ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Muy mal.

Colin lo miró atentamente.

—No me digas que te duele la cabeza.

—¿No?

—¡No es posible! —declaró Colin con tono fiero y a la vez terminante—. El buen *whisky* jamás provoca dolor de cabeza.

Esta falacia, dicho sea de paso, es considerada como una verdad irrefutable en Escocia. Alan no intentó discutir sobre ella. El doctor Fell se puso de pie lentamente y le hizo una especie de reverencia.

—Servidor, señor —dijo, y seguidamente se inclinó frente a Kathryn—. Servidor, señorita —repitió, y un destello malicioso iluminó su mirada—. Confío que entre ambos hayan decidido la trascendental cuestión de los cabellos de la Duquesa de Cleveland. ¿O bien debo suponer que en este momento están preocupados más bien por el color del pelo del perro de la Duquesa?

—La idea no es mala, ¿sabes? —comentó Colin.

—¡No! —gritó Alan, pero al hacerlo su cabeza amenazó estallar—. En ninguna circunstancia pienso volver a probar ese maldito *whisky*. Y esta decisión es definitiva.

—Eso es lo que crees ahora —dijo Colin y sonrió escépticamente—. Esta noche pienso darle un trago a Fell. Dígame, Fell, ¿le gustaría probar un rocío montañés que le hará remontarse por los aires?

El doctor Fell rió suavemente.

—Sería muy interesante —dijo— encontrar un *whisky* capaz de hacer que me remonte por los aires.

—No diga eso —le advirtió Alan—. Permítame que se lo aconseje desde ahora. No lo diga. Yo lo dije. Resulta fatal.

—Sea como fuere, ¿es inevitable hablar de ello? —preguntó Kathryn, que había estado examinando al doctor Fell con una expresión de profunda desconfianza, que éste recibió sonriendo con la mirada radiante del Fantasma del «Regalo de Navidad».

Con cierta sorpresa por parte de todos, gradualmente, el doctor Fell se puso serio.

—Por extraño que parezca, creo que sería conveniente hablar de ello. Es muy posible que este asunto tenga alguna relación con...

En este punto vaciló.

—¿Con qué?

—Con el asesinato de Angus Campbell —dijo el doctor Fell.

Colin silbó prolongadamente, y luego se produjo un silencio. Murmurando para sus adentros, el doctor Fell estaba tratando, al parecer, de masticar uno de los extremos de su bigote de salteador de caminos.

—Tal vez —prosiguió— sea mejor que me explique. Me causó mucha satisfacción recibir la invitación de mi amigo Colin Campbell. Los pormenores del caso, tal como los describió en su carta, me intrigaron profundamente. Luego de guardar en el bolsillo mi ejemplar de Boswell y mi cepillo de dientes, tomé el tren para el Norte. Pasé las horas de viaje sumamente entretenido en la lectura de los puntos de vista del eminente doctor Johnson sobre este país. Sin duda están familiarizados con la severa respuesta que dio cuando le dijeron que no debía ser tan duro en sus juicios sobre Escocia, puesto que, después de todo, era también obra de Dios. «Señores», repuso, «las comparaciones son odiosas, pero también es verdad que Dios creó el infierno».

Colin hizo un gesto de impaciencia.

—Dejemos eso. ¿Qué iba a decir?

—Llegué a Dunoon —dijo el doctor Fell— en las primeras horas de la noche de ayer. Traté de alquilar un automóvil en la agencia de turismo...

—Lo sabemos —dijo Kathryn.

—Me informaron que el único automóvil disponible había llevado a un grupo de personas a Shira. Les pregunté cuándo regresaría. El empleado me dijo que no volvería, pues acababa de recibir una llamada telefónica desde Inveraray, donde el conductor, un hombre llamado Fleming...

—Jock —explicó Colin a los otros.

—El conductor decía que uno de sus pasajeros, un señor llamado Swan, había decidido pasar la noche en Inveraray, y quería retener el automóvil y al conductor para que lo llevaran nuevamente a Dunoon a la mañana siguiente. Las cosas se dispusieron de ese modo, previo convenio del precio.

—¡Espía infernal! —gritó Colin.

—Un momento. El empleado añadió, empero, que si iba a la oficina a las nueve de la mañana, es decir, esta mañana, el automóvil habría vuelto y me llevaría a Shira.

»Pasé la noche en el hotel, y llegué a la oficina a la hora convenida. Entonces pude observar el espectáculo bastante poco común de un automóvil que se aproximaba por la calle principal con un único pasajero, un hombre con un sombrero gris y una corbata a cuadros muy chillones, de pie sobre el asiento posterior.

Colin Campbell fijó sus ojos relucientes en el suelo.

Una expresión de placer infinito inundó el rostro del doctor Fell. Sus ojos estaban fijos en un rincón del cielo raso. Se aclaró la voz y prosiguió:

—Intrigado por el hecho de que este hombre viajase de pie, hice algunas averiguaciones. El hombre me informó, con un tono bastante poco amistoso, diré, que

la posición sentada le resultaba algo dolorosa. No fue necesario desplegar mayor sutileza para arrancarle el resto de la historia. La verdad es que rebosaba de ganas de desahogarse.

Alan gimió en voz baja.

El doctor Fell miró por encima de sus gafas, primero a Alan y luego a Kathryn, resopló, y su expresión se hizo infinitamente diplomática.

—¿Puedo preguntarles —dijo— si los dos están comprometidos?

—¡De ninguna manera! —repuso Kathryn violentamente.

—En ese caso —dijo el doctor Fell con gran seriedad— cásense inmediatamente, por amor del cielo. Hagan esto sin pérdida de tiempo. Los dos ocupan cargos de responsabilidad, pero lo que es probable que lean sobre ustedes en el número de hoy del *Daily Floodlight* no será muy bien acogido ni por Highgate University ni por el Colegio de Mujeres de Harpenden, según creo. Esa subyugante historia de la caza con espadas a la luz de la luna, con la dama animando a gritos a los dos bandidos que perseguían a Mr. Swan fue verdaderamente el broche de oro de su relato.

—¡Yo no gritaba! —dijo Kathryn.

El doctor Fell la miró y parpadeó nuevamente.

—¿Está segura, señorita?

—Pues...

—Temo que gritase, Kitty-kat —observó Colin, con los ojos fijos en el suelo—. Pero la culpa fue mía. Yo...

El doctor Fell hizo un gesto.

—No importa —dijo—. Eso no es lo que quería decirles. Intrigado e inspirado por este renacimiento de las costumbres tradicionales de Escocia, hablé con el conductor, Mr. Fleming.

—¿Sí?

—Y ahora verán qué quiero preguntarles, seriamente: ¿alguno de ustedes subió anoche a la torre en algún momento? ¿*Uno u otro de ustedes, a alguna hora?*

Hubo otro silencio. Las ventanas que miraban hacia el lago dejaban entrar la luz de un día despejado, fresco y agradable. Todos se miraron mutuamente.

—No —dijo por fin Kathryn.

—No —gritó Colin.

—¿Están completamente seguros?

—Completamente seguros.

—Mr. Swan —prosiguió el doctor Fell, con una curiosa insistencia que Alan halló inquietante— dice que los dos hombres estaban «disfrazados» de algo.

—¡Ah, es una tontería, pero a la vez es lamentable! —exclamó Kathryn—. Y es culpa de Alan. No estaban exactamente disfrazados. Sólo tenían unos manteles a cuadros plegados sobre los hombros a manera de mantos.



—¿Nada más?

—Nada más.

El doctor Fell aspiró profundamente. Su expresión seguía grave, y su rostro estaba tan congestionado, que nadie dijo una palabra.

—Repito —continuó— que interrogué al conductor. Obtener información de este hombre fue más difícil que arrancarle una muela. Pero por lo menos me proporcionó un dato. Dice que este lugar está embrujado...

Colin lo interrumpió con un gruñido de impaciencia, pero el doctor Fell lo hizo callar con un gesto.

—Y ahora afirma que está en condiciones de probar lo que dice —agregó.

—¿Cómo?

—Anoche, después de haberse instalado para pasar la noche en Inveraray, Swan le pidió que lo condujese nuevamente aquí. Swan quería intentar por segunda vez obtener una entrevista con Miss Elspat Campbell. Ahora veamos si mis datos geográficos son correctos. La carretera a Inveraray corre paralelamente a la parte trasera de la casa, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y la puerta principal da al lago, como vemos. Swan dijo al conductor que diese la vuelta a la casa, a pie, y golpear la puerta, en calidad de emisario, mientras él permanecía en la parte trasera. Así lo hizo el conductor. Recuerden que había luna llena.

—¿Pues bien?

—Iba a golpear la puerta cuando por casualidad levantó la vista hacia la ventana del último piso de la torre. Entonces vio que había alguien, o algo, en la ventana.

—¡Pero es imposible! —exclamó Kathryn—. Nosotros estábamos...

El doctor Fell estudió sus manos, que tenía siempre dobladas sobre el puño de su bastón. Levantó los ojos.

—Fleming —dijo— jura haber visto a alguien que vestía el traje típico escocés, con la mitad del rostro destrozado, y que miraba en su dirección.

—**E**stá muy bien ser testarudo. La mayoría de nosotros lo somos, aun con dolor de cabeza y con los nervios irritados. Sin embargo, no es nada difícil sufrir un acceso de terror supersticioso en lugares como Shira.

—¿Está pensando —dijo Kathryn— en esa historia de lo que sucedió después de la masacre de Glencoe? ¿La del fantasma de una de las víctimas, que persiguió a un hombre llamado Ian Campbell, quien...?

Como le faltaran palabras, hizo el gesto descriptivo de arrojarse por una ventana. El rostro de Colin estaba rojo de furia.

—¡Fantasmas! —dijo—. ¡Fantasmas! ¡Vamos! En primer lugar, nunca ha habido tal leyenda. La incluyeron en una guía de turismo porque resultaba interesante para los turistas. Los soldados profesionales de entonces no eran tan concienzudos en cuanto al cumplimiento de las órdenes que recibían.

»En segundo lugar, esa habitación no está embrujada. Angus durmió allí durante años, y nunca vio fantasma alguno. ¡No es posible que crea en eso, doctor Fell!

El doctor Fell no se inmutó.

—Estoy repitiendo, simplemente —dijo con suavidad— lo que me contó el conductor.

—¡Son patrañas! Jock estaba tomándole el pelo.

—Les diré, sin embargo —dijo el doctor Fell frunciendo el ceño—, que no me dio la impresión de ser un hombre aficionado a ese tipo de bromas. Generalmente he observado que los escoceses son capaces de hacer bromas sobre todo menos de fantasmas. Además, creo que no han advertido cuál es el punto principal de este episodio.

Durante un segundo guardó silencio.

—Pero, ¿cuándo sucedió esto? —preguntó Alan.

—Ah, sí. Sucedió exactamente antes de que los dos bandidos con su dama apareciesen por la puerta trasera y cargasen contra Swan. Fleming no golpeó la puerta principal después de todo. Al oír los gritos corrió hacia la parte trasera de la casa. Puso en marcha el automóvil y al cabo de un rato recogió a Swan en la carretera. Dice, no obstante, que no se sentía muy bien. Se quedó inmóvil a la luz de la luna durante varios minutos, después de haber visto esa aparición en la ventana, pues no se sentía del todo bien. No puedo decir que me extrañe mucho.

Kathryn vaciló antes de hablar.

—¿Qué aspecto tenía?

—Tenía una boina escocesa, un manto, y el rostro carcomido, o hundido. Es todo

lo que Fleming pudo ver con certeza.

—¿No llevaba la falda típica?

—No podría haber visto la falda. Sólo vio la mitad superior de la figura. Dice que tenía aspecto de descomposición, como si lo hubiesen atacado los gusanos, y un ojo solamente —el doctor se aclaró la voz lentamente—. Lo importante, no obstante, es esto: ¿quién, además de ustedes estaba en la casa anoche?

—Nadie —repuso Kathryn—, excepto tía Elspat y Kirstie, la criada. Y las dos se habían acostado.

—¡Repito que son patrañas! —dijo Colin violentamente.

—Bueno, puede hablar con Jock personalmente, si lo desea. En este momento está en la cocina.

Colin se alejó en busca de Jock, a fin de poner término a lo que llamaba patrañas. No llegó a salir de la habitación, porque en aquel momento Alistair Duncan, seguido por un Walter Chapman paciente, pero de aspecto fatigado, entraron detrás de Kirstie, la criada que los anunciaba. Kirstie era una muchacha con ojos de expresión asustada, voz suave y actitud tan tímida que resultaba casi invisible.

El abogado no hizo alusión a su disputa de la noche anterior con Colin. Permaneció de pie en una actitud rígida.

—Colin Campbell... —comenzó a decir.

—Mire —murmuró Colin, hundiendo las manos en los bolsillos y el cuello entre los hombros, con la expresión de un gran perro de Terranova que ha hecho una incursión en la despensa—. Debo pedirle disculpas ¡qué diablos! Discúlpeme. Estaba en un error. ¡Bueno, ya está!

Duncan suspiró profundamente.

—Me alegro de que tenga la honradez de reconocerlo. Sólo mi larga amistad con su familia me permite disculpar un despliegue de mala educación tan injustificado y tan flagrante.

—¡Eh, un momento! ¡Un momento! No he dicho...

—Así, pues, no hablemos más de ello —terminó diciendo el abogado, al ver que los ojos de Colin comenzaban a brillar nuevamente. A continuación tosió como para indicar que dejaba a un lado los asuntos de índole personal para comenzar a ocuparse de los profesionales.

—He creído conveniente informarles —prosiguió— que aparentemente han encontrado a Alec Forbes.

—¡No! ¿Dónde?

—Afirman haberlo visto en casa de un pequeño arrendatario, cerca de Glencoe.

Chapman intervino:

—¿Acaso no podemos verificar este dato? Glencoe no está a gran distancia de aquí, según creo. Podríamos ir hasta allí en automóvil y volver con toda facilidad esta

misma tarde. ¿Por qué no ir en mi automóvil y verlo personalmente?

La actitud del abogado era de una benevolencia macabra.

—Paciencia, mi estimado señor, paciencia. ¡Paciencia ante todo! Primero dejemos que la policía establezca si es en realidad Alec. Han afirmado haberlo visto en otras ocasiones, como recordarán. Una vez dijeron que estaba en Edimburgo, y otra en Ayr.

—Este Alec Forbes —terció el doctor Fell— es el siniestro personaje que visitó a Mr. Campbell la noche que éste murió, ¿no?

—He oído hablar de usted, doctor —dijo Duncan examinando detenidamente al doctor Fell a través de sus lentes—. En realidad, debo... confesar que... vine aquí en parte con la esperanza de verlo. Tenemos aquí, indudablemente —añadió con una sonrisa—, un caso evidente de asesinato. A pesar de ello seguimos algo confundidos en aquello que a sus pormenores se refiere. ¿Puede usted aclarármelos?

El doctor Fell permaneció callado durante un momento.

Se quedó mirando el suelo con el ceño fruncido, mientras dibujaba un diseño sobre la alfombra con el extremo de su bastón.

—¡Hum! —murmuró por fin, golpeando secamente el suelo—. Espero sinceramente que sea un asesinato. Si no lo es, no tengo interés en investigar el caso. Pero ¡Alec Forbes! ¡Alec Forbes! ¡Alec Forbes!

—¿Qué hay sobre él?

—Pues... ¿quién es Alec Forbes? ¿Qué es? Me convendría mucho saber más sobre él. Por ejemplo, ¿cuál fue la causa de su disputa con Mr. Campbell?

—Unos helados —repuso Colin.

—¿Qué?

—Unos helados. Iban a fabricarlos según un nuevo procedimiento, en grandes cantidades. Además, debían ser coloreados según los cuadros de los tartanes escoceses. ¡No, lo digo seriamente! Tales eran las ideas que invariablemente se le ocurrían a Angus. Instalaron un laboratorio, y obtuvieron hielo artificial, esa sustancia química tan costosa, se endeudaron y se divirtieron muchísimo. Otra de las ideas de Angus se refería a un tractor capaz de sembrar y cosechar a la vez. Además prestó su apoyo económico a ese grupo de gente que pensaba descubrir el tesoro del corsario Drake y convertir en millonarios a los que costeasen la aventura.

—¿Qué clase de individuo es Forbes? ¿Es un artesano, o, por lo menos, un hombre de trabajo?

—No, no. Es un hombre de cierta educación, pero algo alocado en cuestiones de dinero, como Angus. Es un hombre delgado, moreno. De carácter tornadizo. Le gusta beber. Gran ciclista.

—¡Hum! Esto me gusta más —dijo el doctor Fell, y señaló una fotografía con su bastón—. ¿Esa es la fotografía de Angus Campbell?

—Sí.

El doctor Fell se levantó del sofá y se dirigió pesadamente hacia la chimenea. Tomó la fotografía velada con crespón y la acercó a la luz; se acomodó las gafas y la estudió con detenimiento, respirando acompasadamente.

—No es el rostro, les diré —dijo—, de una persona capaz de suicidarse.

—Decididamente, no —dijo el abogado sonriendo.

—Pero no podemos... —comenzó a decir Chapman.

—¿Cuál de los Campbell es usted, señor? —le preguntó cortésmente el doctor Fell.

Chapman levantó los brazos con un gesto de desaliento.

—No soy ningún Campbell. Soy un representante de la Compañía de Seguros Hércules y tengo que regresar a nuestras oficinas de Glasgow, o de lo contrario mis asuntos se irán al diablo. Escuche, doctor Fell. Yo también he oído hablar de usted. Dicen que usted es un hombre objetivo. Así, pues, le plantearé las cosas como son. ¿Cómo podemos guiarnos según lo que una persona haría o no haría, cuando las pruebas señalan que en realidad lo hizo?

—Toda prueba —dijo el doctor Fell— señala en dos direcciones, como los extremos de un palo. En ello reside la dificultad.

Con aire distraído se acercó nuevamente a la chimenea y dejó la fotografía sobre la repisa. Aparentemente, estaba muy preocupado. Con las gafas torcidas sobre la nariz, realizó algo que para él era un gran esfuerzo físico, es decir, revisar sus bolsillos. Por fin extrajo de uno de ellos una hoja de papel llena de apuntes.

—Sobre la base de la admirable carta que me envió Colin Campbell —prosiguió— y de los hechos que me han presentado esta mañana, he estado tratando de preparar un resumen de lo que sabemos, o, por lo menos, creemos saber.

—¿Pues bien? —preguntó el abogado.

—Con el permiso de ustedes —dijo el doctor Fell haciendo una mueca feroz—, quisiera leerles algunos puntos. Uno o dos hechos aparecerán quizá con mayor claridad, o por lo menos con mayores posibilidades, si los examinamos en su forma más esquemática. Les ruego que corrijan cualquier inexactitud en que haya incurrido:

- **1.** Angus Campbell siempre se acostaba a las diez de la noche.
- **2.** Tenía la costumbre de cerrar la puerta con llave y echar el cerrojo por dentro.
- **3.** Tenía la costumbre de dormir con la ventana cerrada.
- **4.** Tenía la costumbre de escribir un diario todas las noches antes de acostarse.

El doctor Fell parpadeó.

—Creo que, hasta ahora, no hay inexactitudes.

—No —repuso Colin.

—Entonces pasaremos a las circunstancias generales del crimen.

- **5.** Alec Forbes visitó a Angus Campbell a las nueve y media de la noche del crimen.
- **6.** Entró en la casa por la fuerza, y subió a la habitación de Angus.
- **7.** Ninguna de las dos mujeres lo vio a esa hora.

El doctor Fell se frotó la nariz.

—La cuestión es —dijo— cómo logró entrar en la casa Alec Forbes. Supongo que no derribó la puerta principal, ¿no?

—Haga el favor de salir por esa puerta que ve allí —le dijo Colin—, y verá. Esa puerta conduce a la planta baja de la torre. En la planta baja hay puertas dobles de madera que dan al patio. Teóricamente, deben estar cerradas con candado, pero durante la mayor parte del tiempo no lo están. Por ahí entró Alec Forbes, sin que nadie lo advirtiera.

El doctor Fell tomó nota de esto.

—Queda, pues, aclarado ese punto —dijo—. Muy bien. Ahora debemos encarar una serie de interrogantes:

- **8.** A esa hora, Alec Forbes llevaba un objeto semejante a una «maleta».
- **9.** Sostuvo una violenta disputa con Angus, que lo arrojó violentamente de la casa.
- **10.** Forbes tenía las manos vacías cuando salió.
- **11.** Elspat Campbell y Kirstie MacTavish llegaron a tiempo para ser testigos de la expulsión de Forbes.
- **12.** Las dos mujeres tenían miedo de que Forbes volviese. Esto resulta tanto más comprensible cuando recordamos que la torre está aislada del resto de la casa y, además de la entrada, tiene cinco pisos vacíos.
- **13.** Las mujeres revisaron las habitaciones vacías, y también la habitación de Angus.
- **14.** A aquella hora no había *nada* debajo de la cama en la habitación de Angus.

—¿Es exacto todo esto? —preguntó el doctor Fell, levantando la cabeza.

—No, no es exacto —declaró una voz aguda y enfática que hizo que todos se sobresaltasen.

Nadie había visto entrar a la tía Elspat. Estaba en una actitud severa y llena de dignidad, con las manos entrelazadas. El doctor Fell la miró y parpadeó rápidamente.

—¿Qué es inexacto, señora? —preguntó.

—No es exacto decir que el cajón para llevar el perro no estaba debajo de la cama cuando Kirstie y yo miramos allí. Estaba debajo de la cama.

Los seis la miraron consternados. La mayoría de ellos comenzó a hablar al mismo tiempo en una charla incontenible que cesó sólo cuando Duncan reafirmó

severamente su posición de autoridad legal.

—Elspat Campbell, escuche. Usted dijo que no había nada allí.

—Dije que no había ninguna maleta. No dije nada sobre el otro objeto.

—¿Quiere decir que el cajón para trasladar perros estaba debajo de la cama antes de que Angus cerrase la puerta con llave y cerrojo?

—Sí.

—Elspat —dijo Colin de pronto con un súbito resplandor de certeza en la mirada—. Estás mintiendo. ¡Demonios, estás mintiendo! Dijiste que no había nada debajo de la cama. Te oí con mis propios oídos.

—Les digo la pura verdad, y Kirstie dirá lo mismo —dijo Elspat, y miró a todos con una expresión igualmente maligna—. La comida está lista, y no pienso esperar a ninguno de ustedes.

Aclarado este punto y con una actitud inflexible salió de la habitación y cerró la puerta.

El problema era, según pensó Alan entonces, si este dato alteraba la situación o no. Compartía la evidente convicción de Colin de que Elspat mentía, pero la verdad era que Elspat tenía una de aquellas fisonomías tan habituadas a las pequeñas mentiras domésticas, tan expertas en mentir con fines que consideraba justos, que era difícil establecer la diferencia entre la verdad y la mentira.

En esta oportunidad fue el doctor Fell quien acalló la acalorada discusión que siguió a la salida de la tía Elspat.

—Dejaremos este punto como otro interrogante —dijo— y proseguiremos. Los puntos que siguen definen nuestro problema en forma exacta y simple.

- **15.** Angus cerró la puerta con llave y cerrojo por dentro.
- **16.** Su cadáver fue hallado por el lechero a las seis de la mañana siguiente, al pie de la torre.
- **17.** Había muerto a raíz de múltiples heridas causadas por la caída.
- **18.** La muerte se produjo entre las diez de la noche y la una de la madrugada.
- **19.** No lo habían narcotizado ni incapacitado en forma alguna.
- **20.** La puerta estaba cerrada con llave y cerrojo por dentro. Como el cerrojo estaba herrumbrado, era difícil correrlo y quedaba siempre firmemente encajado, lo cual elimina toda posibilidad de que hayan hurgado en el mecanismo para abrir la puerta.

En la mente de Alan surgió inmediatamente la imagen de la puerta con el cerrojo arrancado, tal como la había visto la noche anterior.

Recordó la capa de herrumbre que recubría el cerrojo y la sólida cerradura arrancada de su marco. Evidentemente debía descartarse toda posibilidad de que lo hubiesen abierto por medio de una cuerda u otro material semejante. La imagen

desapareció cuando el doctor Fell continuó:

- **21.** La ventana era inaccesible. Ésta es la opinión de un obrero especializado.
- **22.** No había nadie oculto en la habitación.
- **23.** La cama había sido utilizada.

El doctor Fell resopló, frunció el ceño y golpeó sus notas con el lápiz.

—Lo cual —dijo— nos lleva a un punto en el que conviene formularse otra pregunta. Su carta no decía nada sobre lo siguiente, Colin: cuando hallaron el cuerpo por la mañana, ¿llevaba zapatillas o bata?

—No —repuso Colin—, sólo su camisón de lana.

El doctor Fell tomó nota de este dato y prosiguió:

- **24.** Su diario había desaparecido. Sin embargo, pudo haber sido robado posteriormente.
- **25.** En el pestillo de la ventana se encontraron exclusivamente las impresiones digitales de Angus.
- **26.** Debajo de la cama había un cajón de los utilizados para transportar perros. No era de la casa. Según se cree fue llevado allí por Forbes. De cualquier manera, no estaba allí la noche anterior.
- **27.** El cajón en cuestión estaba vacío.

Por consiguiente debemos llegar a la conclusión de que...

El doctor Fell se detuvo.

—¡Prosiga! —le instó Alistair Duncan con tono de profundo interés—. ¿A qué conclusión?

El doctor Fell aspiró por la nariz.

—Señores, no podemos eludirla. Es inevitable. Debemos llegar a la conclusión de que: a) Angus Campbell se suicidó deliberadamente, o, b) había algo en el cajón que lo obligó a huir para proteger su vida, y saltar por la ventana en una caída fatal al hacerlo.

Kathryn se estremeció ligeramente. En cambio, Chapman no estaba muy impresionado, aparentemente.

—Ya lo sé —dijo—. Víboras. Arañas. Fu-Manchú. Ya hablamos de eso anoche. No llegamos a ninguna parte.

—¿Puede alguno de ustedes poner en tela de juicio los hechos que he mencionado? —preguntó el doctor Fell golpeando las notas con su lápiz.

—No. Pero ¿acaso puede usted poner en tela de juicio los míos? ¡Víboras! ¡Arañas!...

—Y ahora —dijo Colin, sonriendo— fantasmas.



—¿Eh?

—Un tonto llamado Jock Fleming —explicó Colin— afirma haber visto anoche a alguien, sin rostro y vestido con el traje típico de los montañeses, riéndose desde la ventana.

El rostro de Chapman palideció visiblemente.

—No sé nada sobre eso —dijo—, pero me cuesta tanto creer en un fantasma como en una araña o en una víbora tan diestra que haya sido capaz de cerrar una maleta después de salir de ella. Soy inglés. Soy práctico. A pesar de ello, éste es un país extraño, y esta casa lo es más aún. Repito, pues, que personalmente no me gustaría pasar una noche en esa habitación.

Colin se levantó de su silla y bailó alegremente alrededor de la sala.

—¡Con esto me decido! —dijo a gritos cuando recobró el aliento—. ¡Estoy completamente decidido!

El doctor Fell lo miró parpadeando, en una actitud de leve reproche. El rostro de Colin estaba congestionado y las venas sobresalían en su grueso cuello.

—Escuchen —prosiguió Colin, tragando ruidosamente—. Desde que llegué, todo el mundo ha estado hablando de fantasmas. Estoy cansado de oír esas patrañas. Es necesario hacer explotar las leyendas sobre esta casa, y estoy decidido a encargarme de ello. Les diré lo que pienso hacer. Esta misma tarde trasladaré mis cosas a la habitación de la torre, y desde esta noche dormiré en ella. Si un fantasma se atreve a asomar la cabeza, y si alguien intenta obligarme a saltar por la ventana...

Sus ojos se detuvieron sobre la Biblia familiar. El ateo de Colin se acercó al volumen y puso la mano sobre él.

—Juro por esto que iré a la iglesia todos los domingos durante los doce meses próximos. Sí, y además iré a las reuniones vespertinas.

Dicho esto corrió hacia la puerta del vestíbulo y la abrió.

—¿Oyes, Elspat? —gritó, volviendo y colocando nuevamente la mano sobre la Biblia—. ¡Todos los domingos y a las reuniones vespertinas de los miércoles! ¡Fantasmas! ¡Cocos! ¡Espíritus! ¿No hay acaso personas sensatas en este mundo?

Su voz resonó en toda la casa. Se hubiera dicho casi que no tardaría en provocar ecos en todas partes. La tentativa de Kathryn por hacerlo callar fue inútil. Colin se sentía mejor. Kirstie MacTavish fue quien lo distrajo de sus vociferaciones cuando su cabeza apareció por la puerta y anunció con un tono no exento de respeto:

—Ese periodista ha vuelto.

Colin abrió los ojos.

—¿Se refiere al hombre del *Daily Floodlight*? —preguntó.

—Es él.

—Dile que lo veré —dijo Colin al tiempo que arreglaba su cuello arrugado y aspiraba profundamente.

—¡No! —dijo Alan—. En el estado de ánimo en que está en este momento, probablemente le arrancará el corazón para devorárselo. Permítame que sea yo quien lo vea.

—¡Sí, por favor! —exclamó Kathryn, y añadió con vehemencia—: Si se ha atrevido a volver aquí, no puede haber dicho nada terrible sobre nosotros en el diario, ¿no ven que ésta es nuestra oportunidad de disculparnos y arreglarlo todo? ¡Dejen que Alan lo vea, por favor!

—Muy bien —accedió Colin—. Después de todo, es verdad que le pinchaste las asentaderas con una espada. Puede que consigas aplacarlo.

Alan salió apresuradamente al vestíbulo. Junto a la puerta principal, pero fuera, y evidentemente indeciso sobre la forma en que debería encarar aquella entrevista, estaba Swan. Alan salió y cerró cuidadosamente la puerta.

—Mire —comenzó diciendo—, verdaderamente lamento muchísimo lo sucedido anoche. No alcanzo a imaginar qué nos ocurrió a todos. Tomamos una copa de más después de la octava...

—¡No me lo diga! —dijo Swan. Seguidamente observó a Alan con una expresión en la que el enojo parecía ser menos predominante que una curiosidad genuina—. ¿Qué estaban bebiendo, por amor del cielo? ¿Nitroglicerina combinada con glándulas de mono? Fui corredor cuando era estudiante, pero nunca vi a nadie correr a la velocidad de ese viejo macizo desde que Nurmi se retiró a Finlandia.

—Sí, era algo por el estilo.

La expresión de Swan al ver que estaba tratando con un hombre arrepentido de su conducta, se hizo gradualmente más severa.

—Veamos ahora —dijo con aire importante—. Usted sabrá, seguramente, que puedo entablarle juicio por daños, ¿no?

—Sí, pero...

—Además de que sé lo suficiente sobre ustedes para manchar definitivamente el apellido Campbell en la prensa, siempre y cuando fuese un hombre capaz de vengarme de esa manera.

—Sí, pero...

—Puede agradecer a su buena estrella, doctor Campbell, que no sea el tipo de hombre capaz de vengarse de esa manera. Eso es todo lo que tengo que decir —dijo Swan, y dio por terminada su arenga con un enfático movimiento de cabeza. Vestía un traje nuevo de color gris claro y una corbata escocesa a cuadros.

Por segunda vez su melancólica severidad fue reemplazada por la curiosidad.

—Pero ¿qué clase de profesor es usted, dicho sea de paso? —añadió—. ¡Eso de andar de un lado a otro acompañando a profesoras de otros colegios, y de frecuentar siempre casas de mala fama!...

—¡Vamos! ¡Por amor de...!

—No lo niegue ahora —dijo Swan, señalándolo con un dedo muy delgado—. Oí decir a Miss Elspat Campbell en persona, en presencia de testigos, que usted hace exactamente eso.

—¡Se refería a la Iglesia Católica! Los protestantes de antes la llamaban así.

—Pues no es como la llamaban los protestantes del lugar de donde yo vengo. Además, se emborracha y persigue a personas respetables por una carretera pública y armado con una espada. ¿Actúa de ese modo en Highgate, doctor? ¿O lo hace solamente durante las vacaciones? Verdaderamente, quisiera saberlo.

—¡Le juro que todo esto ha sido un error! Además, lo más importante es lo siguiente. No me importa lo que usted pueda decir sobre mí, pero ¿me promete en cambio no decir nada sobre Miss Campbell?

Swan reflexionó.

—La verdad es que no sé qué hacer —dijo con otro gesto que indicaba graves dudas, así como la sugerencia de que, si accedía a la petición de Alan, lo haría solamente obedeciendo a sus generosos sentimientos—. Debe saber que tengo una obligación frente a mis lectores.

—¡Eso es una tontería!

—No obstante, le diré lo que puedo hacer —dijo de pronto Swan, como si se le hubiese ocurrido en aquel instante—. Para demostrarle que soy un caballero, haré un trato con usted.

—¿Un trato?

Swan bajó la voz.

—Ese hombre que ha venido, ese hombre grande y gordo, es el doctor Gideon Fell, ¿no es verdad?

—Sí.

—Lo descubrí apenas nos separamos. Cuando hablé por teléfono con mi diario, el director quedó enojadísimo. Según él, dondequiera que está el doctor Fell hay material para un editorial sensacional. Escuche, doctor: ¡necesito material para el diario! He incurrido en muchos gastos durante este viaje, y tengo otro automóvil que está costándome lo que pesa en dinero. Si no consigo obtener el material no me

aprobarán los viáticos, y hasta es posible que me despidan.

—¿Pues bien?...

—Lo que quiero que usted haga es que me mantenga al corriente, eso es todo. Infórmeme sobre lo que ocurra. A cambio de eso...

En este punto se interrumpió con un ligero sobresalto de aprensión, pues Colin Campbell acababa de salir por la puerta principal. Pero la verdad es que Colin estaba tratando de mostrarse amable, demasiado amable, abrumadoramente amable, y ostentaba una sonrisa culpable.

—A cambio de eso, de mantenerme informado —prosiguió Swan—, accedo a olvidarme de lo que sé sobre usted y de Miss Campbell, y —añadió, mirando a Colin— de lo que usted hizo, asimismo, a pesar de que pudo haberme causado graves perjuicios. Lo haré para demostrarle que soy un caballero y que no le guardo rencor. ¿Qué piensa de esto?

El rostro de Colin se iluminó de alivio cuando Swan pronunció las últimas palabras.

—Diría que es muy justo —dijo, y lanzó una carcajada de satisfacción—. ¡Es usted muy gentil, muchacho, muy gentil! Yo estaba ebrio, de modo que le pido disculpas. ¿Qué dices, Alan Oig?

El tono de Alan fue entusiasta.

—También estoy enteramente de acuerdo —dijo—. Cumpla su parte, Mr. Swan, y no tendrá quejas de nosotros. Si hay material que pueda serle útil para su artículo, lo tendrá inmediatamente.

Casi había olvidado los efectos de la borrachera de la noche anterior. Una agradable sensación de bienestar, de que el mundo marchaba bien, se introdujo en el cuerpo de Alan Campbell y corrió tibiamente por sus venas.

Swan levantó las cejas.

—¿Estamos de acuerdo, pues?

—De acuerdo —dijo Colin.

—De acuerdo —dijo su compañero de aventuras.

—¡Muy bien! —dijo Swan con un profundo suspiro, pero siempre con tono severo—. Sólo les pido que reconozcan que, para complacerles, faltó a mis obligaciones frente a los lectores. Recuerden, pues, cuál es la posición de cada uno y no intenten...

Se oyó chirriar una ventana que se abría, encima de sus cabezas. El contenido de un gran balde de agua, dirigido con una precisión mortal y científica, cayó en forma de una cortina cerrada y resplandeciente sobre la cabeza de Swan. En realidad, podría haberse afirmado que, momentáneamente, Swan había desaparecido.

El rostro malévolo de la tía Elspat apareció en la ventana.

—¿No sabe captar una indirecta? —preguntó—. Le dije que se fuera, y no

volveré a decírselo. Ésta es mi última advertencia.

Con igual precisión, pero con un movimiento calmoso, levantó un segundo balde lleno de agua y lo vació sobre la cabeza de Swan. Inmediatamente la ventana se cerró de un golpe.

Swan no dijo nada. Se quedó inmóvil, mirando hacia arriba. Su traje nuevo estaba volviéndose negro poco a poco. Su sombrero parecía un trozo de papel secante empapado, y por debajo de su ala baja se vieron los ojos de un hombre que gradualmente iba perdiendo la razón.

—¡Querido amigo! —vociferó Colin, genuinamente consternado—. ¡Qué vieja bruja! Le retorceré el cuello. ¡Se lo juro! Querido muchacho, ¿no se siente mal, no?

Al decir esto, Colin descendió corriendo la pequeña escalinata. Swan comenzó a retroceder lentamente, pero con rapidez creciente.

—¡Amigo mío, espere! ¡Deténgase! ¡Le daremos ropa seca! Swan seguía retrocediendo. —Entre en la sala, querido amigo. Entre... Por fin, Swan recobró la voz.

—¡Que entre en la casa! —chilló, retrocediendo más aún—. ¿Para que me roben la ropa y me expulsen nuevamente? ¡Nunca! ¡No se acerque!

—¡Cuidado! —gritó Colin—. ¡Un paso más y estará en el lago! ¡Cuidado!

Alan miró despavorido a su alrededor. En las ventanas de la sala pudo ver un grupo de observadores muy interesados en el espectáculo, formado por Duncan, Chapman y el doctor Fell. Pero sobre todo tuvo conciencia de la expresión de intenso horror pintada en el rostro de Kathryn.

Por un milagro, Swan se salvó de caer al lago; se detuvo en el mismo borde del agua.

—¿Piensan que entraré en esa cueva de locos? —Swan mismo parecía un demente—. Son una pandilla de criminales locos, y pienso denunciarlos. Pienso...

—¡Hombre, no puede andar a la intemperie de esa manera! ¡Se morirá de un resfriado! Vamos, entre. Además—argumentó Colin—, podrá presenciar lo que suceda. ¿Acaso no le interesa estar en medio de todo, junto al doctor Fell?

Esto hizo que Swan se detuviera. Vaciló. Siempre chorreando agua, como una fuente entusiasmada con la función que cumplía, enjugó sus ojos con una mano temblorosa, y miró nuevamente a Colin con una expresión de verdadera súplica.

—¿Puedo contar con ello?

—¡Se lo juro! La vieja está prevenida contra usted, pero me haré cargo de ella. ¡Vamos!

Swan seguía deliberando consigo mismo. Por fin permitió que lo tomaran del brazo y lo acompañasen hacia la puerta principal. Al pasar debajo de la ventana hizo un movimiento aprensivo, como si temiese que le arrojasen plomo derretido.

Dentro de la casa tuvo lugar un episodio molesto para todos. El abogado y el

agente de seguros se retiraron apresuradamente. Colin, hablando siempre en forma cordial con su invitado, lo acompañó arriba a cambiarse de ropa. En la sala, Alan, muy deprimido, encontró a Kathryn y al doctor Fell.

—Confío, señor —observó el doctor Fell con una cortesía llena de formalidad—, en que usted sepa qué le conviene más. Pero sinceramente, ¿cree conveniente enfrentarse con la prensa hasta ese punto? ¿Qué le hizo al pobre hombre esta vez? ¿Lo arrojó en la laguna de los patos?

—Nosotros no le hicimos nada. Fue Elspat. Le arrojó dos baldes de agua desde la ventana.

—Pero ¿crees que Swan piensa...? —preguntó Kathryn.

—Nos promete que si lo mantenemos al corriente de lo que ocurra aquí no dirá una palabra. Por lo menos es lo que nos dijo formalmente. No sé cuál es su estado de ánimo en este momento.

—¿Mantenerlo al corriente? —preguntó bruscamente el doctor Fell.

—Según imagino se refería a las cosas que suceden aquí, y a las posibilidades en favor de un suicidio o de un asesinato, así como a las opiniones que usted forme sobre el asunto —Alan hizo una pausa—. Dicho sea de paso, ¿qué piensa usted?

La mirada del doctor Fell se desplazó desde la puerta hacia el vestíbulo, como para cerciorarse de que estaba completamente cerrada. Luego resopló con fuerza, agitó la cabeza y por fin volvió a sentarse en el sofá.

—¡Si los hechos —se quejó— no fueran tan infernalmente simples! Desconfío de esa simplicidad. Tengo la sospecha de que hay una trampa oculta en ellos. Asimismo quisiera saber por qué Miss Elspat Campbell pretende cambiar ahora su testimonio y jura que el cajón para trasladar perros estaba realmente debajo de la cama antes de que cerrasen la habitación por dentro.

—¿Cree usted que la segunda versión es exacta?

—¡No lo creo de ningún modo! —repuso el doctor Fell golpeando el suelo con un bastón—. Creo que la primera versión es la verdadera. Pero eso no hace más que complicar el problema de la habitación cerrada. A menos que...

—¿A menos que...?

El doctor no advirtió la interrupción.

—Me parece inútil volver sobre esos veintisiete puntos una y otra vez. Repito que es demasiado simple. Un hombre cierra su puerta con llave y cerrojo. Se acuesta. En mitad de la noche se levanta sin ponerse las zapatillas, y (observemos este punto) salta por la ventana y muere inmediatamente. El hombre...

—Permítame señalarle que eso no es del todo exacto.

El doctor Fell levantó la cabeza, y su labio inferior sobresalió en una mueca agresiva.

—¿Qué? ¿Qué no es exacto?

—Pues bien, si insiste en una perfecta exactitud, debo decirle que Angus no murió instantáneamente. Por lo menos eso me dijo Colin. El forense se negó a determinar con exactitud la hora de la muerte. Dijo, en cambio, que Angus no había muerto instantáneamente, sino que probablemente siguió viviendo, aunque inconsciente, durante un rato.

Los ojos del doctor Fell se entrecerraron. La respiración ruidosa, que agitaba en pliegues rítmicos su chaleco, pareció detenerse. Iba a decir algo, cuando se contuvo.

—Diré además —agregó— que no me agrada la insistencia de Colin en dormir en esa habitación de la torre.

—¡No creerá que hay peligro! —dijo Kathryn.

—Estimada Miss Campbell, ¡desde luego que hay peligro! —dijo el doctor—. Siempre hay peligro cuando un agente desconocido ha matado a un hombre. Cuando logremos descubrir el secreto, todo estará bien. Pero mientras no lo comprendamos... —y en este punto se quedó pensativo—. Probablemente habrán observado —prosiguió— que las cosas que con mayor empeño tratamos de impedir son siempre las que ocurren inevitablemente. Veamos la odisea de Swan, por ejemplo. Pero en este caso, y en un sentido mucho más siniestro, tenemos la misma rueda en movimiento una vez más, y por lo tanto el mismo peligro. ¡Diablos! ¿Qué pudo haber contenido ese cajón? ¿Algo que no dejó rastros de ninguna clase? ¿Y por qué estaba el extremo abierto? Evidentemente para que algo pudiese respirar a través del alambre tejido. ¿Pero qué?

En la mente de Alan se agitaron imágenes deformadas y vagas.

—¿No será posible, acaso, que el cajón haya sido colocado allí para despistarnos? —preguntó.

—Es posible. Pero a menos que tenga algún significado, el caso se derrumba, y no nos queda más que volver a casa y dormir. ¡Tiene que significar algo!

—¿Algún animal, quizá? —preguntó Kathryn.

—¿Un animal que cerrara las cerraduras después de salir del cajón? —replicó el doctor Fell.

—Tal vez no sea tan ilógico —dijo Alan— si pensamos en un animal lo suficientemente delgado para pasar por el alambre tejido. Pero no. ¡No es posible! —añadió al recordar el cajón y el alambre tejido—. Ese alambre tejido es de trama tan tupida que la víbora más pequeña apenas podría haber pasado a través de él.

—Luego —prosiguió el doctor Fell—, tenemos el episodio del montañés con el rostro carcomido.

—¿Cree usted en esa historia?

—Creo que Jock Fleming vio lo que dice haber visto. No creo necesariamente en un fantasma. Después de todo no sería muy difícil lograr ese efecto a la luz de la luna y desde una torre situada a veinte metros de distancia del suelo. Con una gorra y un

manto escocés, y un poco de pintura...

—Pero ¿por qué?

Los ojos del doctor se abrieron. Su respiración se hizo afanosa a medida que reflexionaba sobre este punto.

—Exactamente. Tiene usted razón. ¿Por qué? No debemos dejar de advertir la importancia de esa historia. Quiero decir que lo importante en ella es, no que haya sido algo sobrenatural, sino la causa por la que fue urdida. Es decir, siempre que haya tenido alguna razón en el sentido que nos interesa a todos —dijo, y se quedó pensativo—. Hallemos lo que contenía ese cajón, y tendremos casi resuelto el misterio. Ese es nuestro problema. Desde luego, algunos aspectos de este asunto son sencillos. Creo que habrán adivinado quién robó el diario.

—Naturalmente —dijo Kathryn sin vacilar—. Elspat, sin duda.

Alan se quedó mirándola.

El doctor Fell la miró con una sonrisa amplia y llena de satisfacción, como si Kathryn fuese una mujer mucho más inteligente de lo que había esperado, y asintió con un gesto.

—¡Admirable! —dijo riendo—. El talento para la deducción, desarrollado por medio de la investigación histórica bien hecha, puede aplicarse perfectamente a la investigación policíaca. No lo olvide nunca, estimada Miss Campbell. Yo lo aprendí a una edad temprana. Ha dado en el blanco. Fue Elspat.

—Pero ¿por qué? —preguntó Alan.

Kathryn adquirió una expresión de suma severidad, como si hubiesen reanudado el debate sostenido dos noches atrás. Su tono era ahora cortante.

—¡Mi querido doctor Campbell! —dijo—. Considere lo que sabemos. Durante muchos, muchos años, la tía Elspat fue algo más que un ama de llaves para Angus Campbell.

»Al mismo tiempo tiene un sentido exagerado, morboso, de lo respetable, y no cree siquiera que alguien haya adivinado sus verdaderos pensamientos.

Alan tuvo la tentación de observar «se parece a ti», pero se abstuvo de ello.

—Sí —musitó.

—Angus Campbell era un hombre bastante comunicativo, que llevaba un diario en el que podía registrar sus más íntimos... bueno, saben a qué me refiero.

—Perfectamente.

—Muy bien. Tres días antes de su muerte, Angus hizo una póliza adicional de seguros, para proteger a quien fuera su amante, en la eventualidad de que él muriera. Es casi seguro, según pienso, que al escribir que había hecho esa nueva póliza hiciera alguna alusión al motivo que lo impulsó a dar ese paso.

Kathryn calló y levantó sus cejas.

—Como es natural —prosiguió—, Elspat robó el diario impulsada por un intenso



temor de que alguien se enterase de lo que había hecho hace muchos años.

»¿No recuerdas, Alan, lo que sucedió anoche? ¿No recuerdas cómo actuó cuando tú y Colin comenzasteis a hablar del diario? Cuando abordasteis el tema, Elspat comenzó a decir que todos estaban locos, y por fin los distrajo invitándolos a tomar ese maldito *whisky*. Indudablemente, el *whisky* los distrajo. Eso es todo.

Alan silbó suavemente.

—¡Creo que tienes razón! —dijo.

—Muchas gracias, querido pariente. Si aplicaras algo de ese cerebro que tienes —comentó Kathryn arrugando su bonita nariz— a observar y a sacar las conclusiones que siempre aconsejas sacar al prójimo...

Alan acogió esta observación con frío desdén. Tuvo un impulso de aludir de alguna manera a la Duquesa de Cleveland, y a las escasas conclusiones que Miss K. I. Campbell había podido sacar respecto a ella, pero decidió dejar descansar en paz a la infortunada dama.

—En ese caso, el diario no tiene nada que ver con el asunto.

—No estoy seguro de ello —dijo el doctor Fell.

—Es evidente —señaló Kathryn—, que tía Elspat sabe algo. Y probablemente lo sabe merced al diario. De otra manera, ¿qué significa ese asunto de haberse dirigido al *Daily Floodlight*?

—Es verdad.

—Y puesto que escribió al periódico, es más o menos evidente que no había nada en el diario de Angus que comprometiese su reputación. En ese caso, ¿por qué no habla? ¿Qué le sucede? Si el diario tiene algún indicio de que Angus fue asesinado, ¿por qué no lo dice?

—A menos, desde luego —dijo Alan—, que el diario diga que pensaba suicidarse.

—¡Alan, Alan, Alan! ¡Para no mencionar hechos anteriores, te recordaré que Angus hace una póliza, paga la prima, y luego escribe en su diario que tiene la intención de suicidarse! ¡Es... ilógico, por no decir otra cosa!

Alan aceptó esto con la mayor humildad.

—Están en juego treinta y cinco mil libras —murmuró Kathryn—, y Elspat se niega a reclamarlas. ¿Por qué uno de ustedes no habla con ella? ¿Por qué no lo hace usted, doctor Fell? Todo el mundo parece temerle.

—Lo haré con el mayor gusto —dijo el doctor Fell sonriendo.

Lenta, pesadamente, como un acorazado que entra poco a poco en el muelle, el doctor se volvió en el sofá. Se acomodó las gafas y miró, parpadeando, a Elspat Campbell, que en aquel momento se detuvo en la puerta con una expresión en la que se mezclaban la ira, el dolor, la incertidumbre y el temor al fuego eterno. Pero ellos sólo captaron una manifestación final de esta expresión, pues desapareció rápidamente para ser reemplazada por otra en la que sus mandíbulas se apretaron en

un gesto decidido, de obstinada inflexibilidad.

El doctor Fell no se arredró.

—Muy bien, señora —dijo con tono distraído—. ¿Verdaderamente, usted se apoderó de ese diario?

**E**l crepúsculo descendía sobre Loch Fyne cuando bajaron por el bosque gris y fantasmagórico, de árboles caídos, y doblaron hacia el Norte por la carretera principal a Shira.

Alan sentía una fatiga saludable y grata después de una tarde al aire libre. Kathryn, vestida con un traje de paño escocés y con zapatos de tacones bajos, estaba sonrosada; sus ojos azules resplandecían. Durante toda la tarde no se había puesto las gafas para discutir, ni aunque había expresado brevemente su desaprobación frente al hecho de que Alan no estaba familiarizado con el asesinato del Zorro Rojo, el Colin Campbell de 1752, a quien alguien había matado de un disparo, pero por cuya muerte habían juzgado a Jacobo Estuardo en el juzgado de Inveraray.

—La dificultad reside —decía en aquel momento Alan, mientras caminaban colina abajo— en que Stevenson ha derrochado tanta fantasía entre sus lectores que tendemos a olvidar cómo era en la realidad este héroe, este famoso Allen Breck, «Allen» con dos eles, no lo olvides. A menudo he deseado que alguien defendiese a los Campbell, para variar.

—¿Piensas invocar nuevamente la honradez intelectual?

—No. Sería simplemente divertido. Pero la versión más espantosa del incidente aparece en la película *Secuestrado*. Allen Breck, David Balfour y un personaje femenino enteramente superfluo, huyen de los soldados ingleses. Disfrazados de pies a cabeza, avanzan en un carro por una carretera llena de tropas enemigas, cantando *Loch Lomond*, mientras Allen Breck susurra: «Ahora no sospecharán de nosotros».

»Tuve ganas de dirigirme a la pantalla y decir: «Te descubrirán si insistes en cantar esa canción de los Estuardos. Es tan sensato cantarla como que un grupo de agentes del Servicio Secreto británico disfrazados de miembros de la Gestapo se paseasen por Unter den Linden cantando *There'll always be an England*, u otra canción patriótica de la segunda Guerra Mundial».

—De modo que el personaje femenino era enteramente superfluo —dijo.

—¿Qué?

—El personaje femenino, afirma el profesor con la mayor pedantería, era enteramente superfluo. ¡Naturalmente!

—Sólo quise decir que este personaje no aparece en la obra original, de modo que malograba lo poco que quedaba del argumento. Dime, ¿no puedes olvidar la guerra de sexos durante cinco minutos?

—Eres tú quien siempre reanuda la discusión.

—¿Yo?

—Sí, tú. No sé qué pensar de ti. La verdad es que... que eres simpático, cuando te lo propones —Kathryn apartó con el pie las hojas secas del sendero y de pronto se echó a reír—. Estaba pensando en lo que sucedió anoche.

—¡No me lo recuerdes!

—Pues anoche estabas más simpático que nunca, verdaderamente. ¿No recuerdas lo que me dijiste?

Alan suponía que el incidente estaba sumido en el olvido. Evidentemente, se había equivocado.

—¿Qué dije? —preguntó.

—Nada. Vamos a llegar muy tarde a tomar el té, y tía Elspat comenzará a quejarse, igual que anoche.

—Tía Elspat —dijo Alan gravemente—, tía Elspat, como bien sabes, no bajará a tomar el té. Está en su habitación con un ataque violento e histérico de mal humor.

Kathryn se detuvo e hizo un gesto de desaliento.

—No puedo decidir si me gusta esa vieja o si, por el contrario, quisiera matarla. El doctor Fell aborda el asunto del diario, y todo lo que ella hace es provocar un escándalo, al afirmar a gritos que se trata de su casa, que no permitirá que la dominen y que el cajón estaba debajo de la cama...

—Sí, pero...

—Personalmente pienso que quiere salirse con la suya como de costumbre. Creo que no dirá nada a nadie, simplemente porque todos quieren que hable, y está empeñada en hacer su voluntad. Del mismo modo se enojó porque Colin insistió en invitar a ese pobre e inofensivo Swan a entrar en la casa.

—Señorita, no eluda la cuestión. ¿Qué le dije anoche?

Era muy astuta, pensó Alan, al eludir el tema de lo sucedido la noche anterior. Por su parte, no le daría la satisfacción de mostrar curiosidad. A pesar de ello, no podía evitar sentirla. Habían salido a la carretera principal a sólo una docena de metros del Castillo de Shira. Kathryn volvió hacia él un rostro cuya expresión, a la luz del crepúsculo, era inocente, pero a la vez maliciosa.

—Si no lo recuerdas —dijo con fingida ingenuidad—, no puedo repetírtelo. Lo que puedo decirte es cuál habría sido mi respuesta si hubiese respondido.

—¿Pues bien?

—Seguramente habría dicho algo semejante a: «En ese caso, ¿por qué no lo haces?».».

Y dicho esto, Kathryn huyó corriendo.

Alan pudo alcanzarla sólo cuando llegaron al vestíbulo, y no tuvieron tiempo de hablar más. El ruido de voces tonantes en el comedor debió haberles indicado qué sucedía allí, aunque no hubiesen visto a Colin por la puerta parcialmente abierta.

La luz brillaba alegremente sobre una mesa repleta de comida. Colin, el doctor

Fell y Charles Swan acababan de consumir una copiosa merienda. Habían empujado los platos a un lado, y en el centro de la mesa había un botellón lleno de un líquido color marrón intenso. En los rostros del doctor Fell y de Swan, delante de quienes había dos vasos vacíos, se reflejaba la expresión de los hombres que acaban de vivir una gran experiencia espiritual. Colin los miró cordialmente.

—¡Entren! —dijo a gritos—. Entren y siéntense. Coman antes de que la comida se enfríe. Acabo de hacer probar a nuestros amigos su primera ración de la «Ruina» de los Campbell.

La expresión de Swan, inusualmente solemne, se veía alterada periódicamente por un ligero hipo. A pesar de ello conservaba la dignidad, y aparentemente meditaba sobre una profunda experiencia.

Su traje era asimismo curioso. Le habían prestado una de las camisas de Colin, que le quedaba demasiado grande en los hombros y el cuerpo, pero cuyas mangas le resultaban en cambio muy cortas. Debajo de la camisa, en vista de que no había en la casa pantalones que le quedaran bien, llevaba una falda escocesa. La falda ostentaba los colores de Campbell, verde muy oscuro y azul con rayas transversales amarillas y rayas verticales blancas.

—¡Jesús! —murmuró Swan, contemplando su vaso vacío—. ¡Jesús!

—Su observación —convino el doctor Fell, pasando una de sus manos por su frente sonrosada— no deja de ser justificada.

—¿Le agrada?

—Pues... —dijo Swan.

—¿Quiere más? ¿Y tú, Alan? ¿Y tú, Kitty-kat?

—No —declaró Alan firmemente—. Quiero comer algo. Quizá pruebe un poco de esa dinamita alcohólica más tarde, pero muy poco, y no ahora.

Colin se frotó las manos.

—¡Ya lo beberás! ¡Todos ceden! ¿Qué opinas de la elegancia de nuestro amigo Swan? Magnífico, ¿eh? Encontré la falda en un baúl del dormitorio principal. Es el tartán original de la familia de MacHolster.

El rostro de Swan se ensombreció.

—¿Se burla usted de mí? —dijo.

—Como que creo en el cielo —declaró Colin, levantando una mano—, ese es el tartán de los MacHolster. Es tan cierto como que creo en el cielo.

Swan se aplacó. En verdad, estaba muy divertido.

—Es una sensación extraña —dijo, examinando su falda—. Es como transitar públicamente sin pantalones. ¡Jesús! ¡Pensar que yo, Charles Swan, de Toronto, estoy vestido con una falda escocesa auténtica en un castillo escocés auténtico, y además estoy bebiendo un rocío de la montaña añejo y genuino, como si fuese un escocés nacido aquí! Debo escribir a mi padre sobre esto. Es usted muy gentil al haberme

permitido pasar la noche aquí.

—¡No piense en ello! De cualquier manera, su ropa no estará lista hasta mañana.  
¿Otro vasito?

—Sí, por favor.

—¿Usted, Fell?

—¡Ejem! —tosió el doctor Fell—. Esa es una oferta, o mejor dicho, en este caso, un desafío que rara vez rechazo. Gracias. Pero...

—¿Qué?

—Estaba preguntándome —dijo el doctor Fell cruzando las piernas con considerable esfuerzo— si el nunc bibendum est no debe ser seguido por un razonable sat prata biberunt. En términos más elegantes, ¿estará acaso planeando otra juerga, Colin? ¿O bien ha renunciado a la idea de dormir en la torre esta noche?

Colin pareció inquietarse.

Una vaga sensación de aprensión invadió momentáneamente el viejo comedor.

—¿Por qué habría de renunciar a la idea de dormir en la torre? —preguntó.

—Simplemente porque no veo por qué no habría de renunciar a ella —repuso Fell—. Quisiera que no durmiese allí.

—¡Tonterías! He dedicado la mitad de la tarde a repasar el cerrojo y la cerradura de esa puerta. He llevado mis cosas arriba. ¡No pensaré que pienso suicidarme!

—Pues... —dijo el doctor Fell—, supongamos que lo hiciera.

La sensación de aprensión era opresiva ahora. Hasta Swan parecía experimentarla. Colin iba a dar expresión a su incredulidad habitual, cuando el doctor Fell lo interrumpió.

—Un momento. Supongamos, simplemente, que esto suceda. O en términos más exactos, supongamos que mañana por la mañana lo hallemos muerto al pie de la torre en circunstancias idénticas a las de Angus. ¿Me permite fumar aunque usted esté comiendo, Miss Campbell?

—Desde luego —repuso Kathryn.

El doctor Fell sacó una gruesa pipa de espuma de mar con boquilla curva, la llenó con tabaco que extrajo de una obesa tabaquera, y la encendió. Seguidamente se arrellanó en el asiento, dispuesto a exponer su idea. Con una expresión ligeramente estrábica detrás de sus gafas, contempló las volutas de humo que se elevaban hacia la brillante pantalla de la lámpara.

—Usted cree —prosiguió— que la muerte de su hermano fue consecuencia de un asesinato, ¿no es verdad?

—¡Sí! ¡Además, lo espero de todo corazón! ¡Si fue un asesinato, y podemos probarlo, heredaré diecisiete mil quinientas libras!

—En efecto. Pero si la muerte de Angus fue un asesinato, la misma fuerza que lo mató a él puede matarlo a usted. ¿Había pensado en ello?

—Quisiera descubrir una fuerza capaz de matarme. ¡Demonios, quisiera descubrirla! —exclamó Colin.

Pero la calma con que había hablado Fell surtió efecto. El tono de Colin no era tan agresivo como de costumbre.

—Ahora bien, si por casualidad le sucediera algo a usted —prosiguió el doctor Fell, mientras Colin se movía, algo incómodo—, ¿qué sucedería con su parte de las treinta y cinco mil libras? ¿Pasarían a Miss Elspat Campbell, acaso?

—No, indudablemente, no. No saldría de la familia. Pasaría a Robert, o bien a los herederos de Robert si ha muerto.

—¿Robert?

—Sí, nuestro hermano. Robert tuvo dificultades y huyó del país hace muchos años. Ni siquiera sabemos dónde está, aunque Angus siempre trató de localizarlo. Sabemos que se casó y que tuvo hijos, de modo que fue el único de nosotros que se casó. Robert debe tener... sesenta y cuatro años actualmente. Es un año menor que yo.

El doctor Fell siguió fumando con aire meditativo, los ojos fijos en la lámpara.

—Verán ustedes —dijo respirando ruidosamente—. Suponiendo que se trate de un asesinato, debemos buscar un motivo. Dicho motivo, por lo menos desde el punto de vista económico, resulta sumamente difícil de establecer. Supongamos que asesinaron a Angus para obtener el dinero de sus seguros. Supongamos que usted fue el asesino. ¡Vamos, Colin, estoy planteando una posibilidad puramente teórica! O bien que fue Elspat. O bien Robert o sus herederos. Ningún asesino cuerdo, en esas circunstancias, va a planear un crimen que pueda interpretarse como suicidio, privándose con ello del dinero que ha sido el único objetivo del crimen.

»Pasemos ahora al aspecto personal. Hablemos de este individuo llamado Alec Forbes. Supongo que era capaz de matar a Angus.

—¡Decididamente, sí!

—Muy bien. Quiero saber una cosa. ¿Tiene algún motivo de resentimiento contra usted?

Colin pareció agrandarse de satisfacción sombría.

—Alec Forbes —dijo— me detesta cordialmente casi tanto como odiaba a Angus. Yo ridiculizaba siempre sus proyectos. Y si hay algo que los hombres como él no pueden soportar, es el ridículo. Sin embargo, el hombre nunca me desagradó.

—¿A pesar de ello admite que lo que mató a Angus podría matarlo a usted?

Colin hundió el cuello entre los hombros, y extendió una mano hacia el botellón de *whisky*, del cual sirvió abundantes porciones para el doctor Fell, Swan, Alan y él mismo.

—Si trata de disuadirme de que duerma en la torre... —dijo.

—Es precisamente lo que hago.

—¡Pues al diablo con usted! Pienso dormir allí —dijo Colin, y miró los rostros a su alrededor con ojos bravíos—. ¿Qué les sucede? —preguntó a gritos—. ¿Acaso están muertos esta noche? Anoche todo marchaba mejor. ¡A beber! No pienso suicidarme, se lo prometo. ¡A beber, pues, y basta de tonterías!

Cuando los invitados de Colin se separaron para retirarse a dormir, poco después de las diez, ni uno de ellos estaba enteramente lúcido.

En el estado de ebriedad, el primer grado comenzaba por Swan, que había bebido en exceso y apenas podía tenerse en pie, y terminaba en el doctor Fell, a quien nada parecía capaz de conmovier. Colin Campbell estaba decididamente ebrio, aunque su paso era firme y sólo sus ojos enrojecidos lo delataban. Pero su ebriedad no tenía ese abandono lleno de hilaridad y regocijo de la noche anterior.

Nadie estaba en ese estado de ánimo. La velada se había convertido en una de esas en las que el humo del tabaco se vuelve desagradable y agrio y los hombres, con un espíritu perverso, se empeñan en beber esa cantidad adicional que resulta excesiva. Cuando Kathryn los dejó, silenciosamente, poco antes de las diez, nadie intentó detenerla.

El *whisky* estaba surtiendo un efecto negativo en Alan. Al contrarrestar la fatiga de sus músculos laxos, despertó en él una sensación de falta de sueño intensa que se mezclaba a su cansancio. Los pensamientos rascaban su mente como lápices sobre una pizarra. Se negaban a alejarse o a descansar.

Su dormitorio se hallaba en el primer piso y miraba hacia el lago. Sus piernas estaban flojas cuando subió la escalera, luego de dar las buenas noches al doctor Fell, quien se dirigió a su habitación, por increíble que parezca, con una cantidad de revistas debajo del brazo.

Esa flojedad de las piernas, el zumbido en la cabeza, el intenso malestar, no son tónicos que inducen al sueño. Alan entró a tientas en su habitación. Ya fuese por razones de economía o bien debido a la ineficacia de la pequeña cortina de oscurecimiento, la araña no tenía ninguna lamparilla, y sólo había una vela para alumbrarse.

Alan encendió la vela y la colocó sobre la cómoda. La pequeña y débil llama intensificaba la oscuridad alrededor, y hacía que su rostro se reflejase muy pálido sobre el espejo. Tenía la impresión de andar trastabillando, y de que había sido un tonto al probar nuevamente el *whisky*, puesto que en aquella oportunidad no había sentido ni regocijo como la noche anterior, ni alivio a su fatiga.

Sus pensamientos giraban sin cesar, saltando de un punto a otro como torpes cabras montañesas. La gente acostumbraba estudiar a la luz de una vela. Era un milagro que no se quedasen ciegos. Recordó a Mr. Pickwick en la taberna del Gran Caballo Blanco de Ipswich. Recordó a *sir* Walter Scott destrozando su vista por trabajar bajo una «gran estrella de gas». Pensó en...



Era inútil. No podía dormir.

Se desvistió tropezando en la oscuridad. Se puso zapatillas y una bata.

El reloj marchaba monótonamente. Las diez y media; las once menos cuarto; las once; las once y cuarto...

Alan se sentó en un sillón, apoyó la cabeza en las manos, y deseó intensamente tener algo para leer. Había visto muy pocos libros en Shira. El doctor Fell, según le había informado Colin Campbell aquella tarde, había traído consigo un ejemplar de Boswell.

¡Qué solaz, qué alivio y consuelo hubiera sido leer a Boswell en aquel momento! Volver sus páginas para conversar con el doctor Johnson hasta caer gradualmente en el sueño, habría sido el colmo del placer aquella noche. Cuando más pensaba en ello, más intensamente deseaba tener el ejemplar. ¿Acaso no se lo prestaría el doctor Fell?

Se levantó, abrió la puerta, y se deslizó silenciosamente por el pasillo frío hacia la habitación del doctor. Cuando vio un delgado hilo de luz debajo de la puerta por poco no gritó de alegría. Golpeó, y una voz que apenas pudo reconocer como la del doctor Fell, dijo que entrase.

En su extraño estado de insomnio, Alan sintió que la piel de su cráneo se estremecía de terror al ver la expresión del rostro del doctor Fell.

El doctor Fell estaba sentado junto a una cómoda con cajones, sobre la cual ardía una vela en su palmatoria. Vestía una bata vieja de color púrpura, amplia como una carpa. La pipa de espuma de mar colgaba de una de las comisuras de sus labios. Estaba rodeado por una pila desordenada de revistas, cartas y papeles que parecían viejas facturas. A través de una nube de humo de tabaco en la cerrada habitación, Alan observó la expresión lejana y sorprendida de los ojos del doctor Fell, así como la pipa apenas sostenida por los labios entreabiertos.

—¡Gracias a Dios ha venido usted! —dijo el doctor Fell, animándose de pronto—. Estaba por ir a buscarlo.

—¿Por qué?

—Ahora sé qué había en aquel cajón —dijo el doctor Fell—. Sé cómo se realizó la estratagema. Sé qué atacó a Angus Campbell.

La llama de la vela tembló ligeramente entre las sombras. El doctor Fell extendió una mano hacia su bastón con mango de muleta, y lo buscó en vano antes de localizarlo.

—Tenemos que sacar a Colin de esa habitación —añadió—. Puede que no haya ningún peligro. Seguramente no lo hay, pero, ¡qué demonios! No podemos correr el riesgo. Ahora puedo mostrarle qué sucedió, y deberá escuchar mis razones. Escuche.

Sofocado y sin aliento, como de costumbre, el doctor Fell se puso de pie trabajosamente.

—Hoy me sometí al martirio de subir por esa escalera, pero no puedo repetir la

hazaña. ¿Quiere subir usted y despertar a Colin?

—Iré inmediatamente.

—No tiene por qué despertar a nadie más. Golpee la puerta, simplemente, hasta que Colin le permita entrar. No desista de su intento. Tome. Aquí tengo una pequeña linterna. Cuando suba la escalera manténgala bien protegida, o de lo contrario la Guardia Territorial nos llamará al orden. ¡Deprisa!

—¿Pero qué...?

—No tengo tiempo de explicárselo ahora. ¡Dese prisa!

Alan tomó la linterna. Su delgado y pálido haz de luz alumbraba el camino delante de él. Salió al vestíbulo, que olía a paraguas viejos, y bajó la escalera. Una corriente de aire frío rozó sus tobillos. Cruzó el vestíbulo de la planta baja y entró en la sala.

En el extremo de la habitación, sobre la repisa de la chimenea, el rostro de Angus Campbell lo contemplaba mientras la luz de la linterna iluminaba la fotografía. El rostro pálido, carnoso y de mandíbulas sólidas de Angus, parecía mirarlo como si conociera un secreto.

La puerta que conducía a la planta baja de la torre estaba cerrada por dentro. Alan hizo girar la llave; produjo un chirrido característico y la puerta se abrió. Los dedos de Alan temblaban.

Ahora el suelo de tierra parecía helado bajo sus pies. Una ligera niebla se había introducido desde el lago. El arco que conducía a la escalera de la torre, un agujero oscuro, lo atemorizaba y a la vez le inspiraba una extraña nerviosidad. A pesar de desear subir las escaleras corriendo, tanto la oscuridad como la empinada inclinación lo obligaron a ascender lentamente.

Primer piso. El segundo piso significó un esfuerzo mayor. Al llegar al tercer piso, respiraba afanosamente. En el cuarto piso, la distancia se le antojó infinita. El débil haz de luz de la linterna intensificaba la sensación de frío y la claustrofobia que provocaba aquel hueco mal ventilado. No sería agradable encontrarse de pronto, en medio de la escalera, con un hombre vestido con traje montañés y con la mitad de la cara carcomida.

O bien que el monstruo saliera de una de las habitaciones de la torre, por ejemplo, y lo tocara desde atrás.

En aquel lugar era imposible huir de nada que llegase a atacarlo.

Alan llegó al reducido y sofocante descansillo al cual daba la puerta de la habitación superior. La puerta de roble, medio destruida por la humedad, estaba cerrada. Alan hizo girar el picaporte, y comprobó que estaba cerrada con llave y cerrojo por dentro.

Levantó el puño y golpeó fuertemente.

—¡Colin! —gritó—. ¡Colin!

No obtuvo respuesta.

El ruido de sus golpes y el sonido de su propia voz resonaron con un estrépito infernal e intolerable en aquel espacio cerrado. Creyó que despertaría a todo el mundo en la casa, y quizá a todo Inveraray. A pesar de ello siguió golpeando, siempre sin resultados.

Por fin apoyó el hombro contra la puerta y empujó. Se arrodilló y trató de ver algo por el intersticio entre el umbral y la puerta, pero no distinguió nada salvo el débil resplandor de la luna.

Cuando se incorporó, algo mareado a consecuencia del esfuerzo, la sospecha que lo había asaltado se intensificó en forma sumamente desagradable. Colin estaba quizá profundamente dormido después de haber bebido tanto *whisky*. Por otra parte...

De pronto dio media vuelta y se lanzó escaleras abajo por los traicioneros escalones. El aire salía de sus pulmones como una sierra ruidosa, y varias veces debió detenerse. Había olvidado al montañés. Imaginó que había pasado media hora, aunque en realidad sólo fueron dos o tres minutos, antes de que estuviese nuevamente al pie de la escalera.

Las dobles puertas que se abrían sobre el patio estaban cerradas, pero el candado no estaba echado. Alan abrió la puerta violentamente, y las dos hojas se doblaron como arcos al rozar las losas del suelo.

Corrió al patio y avanzó alrededor de la torre en dirección al sector que miraba al lago. Sabía lo que encontraría allí, y lo encontró.

Una vez más se había producido la caída fatal.

Colin Campbell, o mejor dicho, un bulto cubierto por un pijama a rayas rojas y blancas que una vez había sido Colin Campbell, yacía de bruces sobre las losas. A veinte metros de distancia, sobre su cabeza, las hojas de la ventana estaban abiertas y brillaban a la luz de la luna que comenzaba a ocultarse. Una ligera niebla blanca, que parecía estar suspendida sobre el lago en lugar de elevarse de la superficie, había formado gotas de rocío sobre los hirsutos cabellos de Colin.

**E**l amanecer, con sus cálidas tonalidades blancas y doradas surgidas de un púrpura apagado, pero a la vez de una luminosidad de burbuja de jabón que teñía todo el cielo, cubría el valle cuando Alan subió nuevamente la escalera de la torre. Casi se palpaba en los labios el aire otoñal.

Pero Alan no estaba en estado de ánimo para disfrutar de aquella sensación.

Llevaba consigo un escoplo, un taladro y un serrucho. Lo seguía Swan, nervioso y tenso, vestido ahora con un traje gris que en una época había sido elegante pero había quedado reducido a una bolsa de arpillera.

—¿Está seguro de querer ir a la habitación? —insistió Swan—. Personalmente no siento mucho entusiasmo.

—¿Por qué no? —dijo Alan—. Es de día. El ocupante del rajor no puede hacernos ningún daño a esta hora.

—¿Qué ocupante?

Alan no repuso. Tuvo el impulso de decir a Swan que el doctor Fell sabía la verdad, aunque no la había divulgado hasta aquel momento, y que afirmaba que no había peligro, pero decidió que aquellas cuestiones debían mantenerse fuera de los diarios por el presente.

—Sostenga la linterna —dijo—. No sé por qué no hicieron una ventana en este descansillo. Colin arregló esta puerta ayer por la tarde, como recordará usted. Ahora haremos las cosas de tal manera que no será posible repararla nuevamente con rapidez.

Mientras Swan sostenía la linterna, Alan comenzó a trabajar. Era un trabajo lento, pues debía taladrar una serie de agujeros que se tocasen entre sí, formando un cuadrado alrededor de la cerradura, y sus manos no eran muy diestras en el manejo del taladro.

Cuando terminó de hacer los agujeros y empujó el cuadrado central, tomó el serrucho y comenzó a aserrar lentamente a lo largo de la línea formada por aquéllos.

—Colin Campbell —dijo Swan de pronto y con gran emoción— era un hombre bueno. Un hombre verdaderamente bueno.

—¿Por qué dice usted «era»?

—Ahora que está muerto...

—No está muerto.

Se produjo una pausa relativamente prolongada.

—¿No está muerto?

El serrucho rasgaba la madera y tropezaba repetidamente. Toda la intensidad del

alivio de Alan, toda la reacción enfermiza después de lo que había visto se descargaban en su ataque contra la puerta. Esperaba que Swan callase. Había sentido una profunda simpatía por Colin Campbell, una simpatía demasiado grande para soportar ahora lugares comunes.

—Colin —prosiguió, sin volverse para contemplar la expresión de Swan— tiene las dos piernas y el hueco de la cadera fracturados. La verdad es que en un hombre de su edad, esto es bastante grave. Además, hay algo que ha despertado un intenso interés en el doctor Grant. De cualquier manera, no está muerto y no creo que muera.

—¿Una caída como esa?

—A veces ocurre. Probablemente habrá oído hablar de gente que ha caído desde alturas mayores aun sin llegar a lastimarse siquiera, en algunos casos. Y cuando están ebrios, como Colin, ello es una ayuda.

—Sin embargo, ¿saltó deliberadamente de la ventana?

—Sí.

Con una fina lluvia de serrín, el último tendón de madera se desprendió finalmente. Alan empujó el panel cuadrado hacia atrás, y cayó al suelo. Seguidamente extendió la mano por el espacio abierto, y halló la llave echada firmemente y el herrumbrado cerrojo intacto dentro de su caño. Giró la llave, empujó el cerrojo hacia un lado, y, no sin una ligera sensación de aprensión, entró en la habitación.

A la luz limpia y clara del amanecer la habitación tenía un aspecto desordenado y vagamente siniestro. Las ropas de Colin, tal como las había dejado al desnudarse apresuradamente, yacían diseminadas sobre las sillas y en el suelo. Su reloj marchaba aún, y estaba sobre la cómoda. Había dormido en la cama, pues las sábanas habían sido empujadas hacia los pies, y las almohadas estaban estrujadas y presentaban todavía las huellas de la cabeza de Colin.

Las hojas de la ventana abierta de par en par chirriaron suavemente al pasar por ellas una ráfaga de aire.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Swan, introduciendo apenas la cabeza por la puerta entreabierta y decidiéndose por fin a entrar.

—Lo que me indicó el doctor Fell.

Aunque Alan hablaba con naturalidad, debió hacer un esfuerzo por dominar su aprensión cuando se arrodilló y palpó el espacio debajo de la cama. Seguidamente sacó el cajón para transportar perros y que había contenido al ocupante.

—¡No pensará jugar con eso! —dijo Swan.

—El doctor Fell me dijo que lo abriera. Dijo también que no debía de tener impresiones digitales, de modo que no debía preocuparme por no borrarlas.

—Se fía demasiado de la palabra del doctor Fell. En fin, si cree saber lo que hace, ábralo.

Aquella parte de la tarea fue la más difícil. Alan abrió las dos cerraduras con los

pulgares y levantó la tapa.

Como esperaba, el cajón estaba vacío. A pesar de ello su imaginación podría haber forjado, y en realidad estaba forjando, toda clase de imágenes desagradables sobre lo que podría haber hallado.

—¿Qué le indicó el viejo que hiciera? —preguntó Swan.

—Me dijo que lo abriera, simplemente, y me cerciorase de que estaba vacío.

—Pero ¿qué pudo haber en el cajón? —dijo a gritos Swan—. Le aseguro que estoy volviéndome loco tratando de hallar una respuesta. Yo... —Swan hizo una pausa. Sus ojos se abrieron, e inmediatamente se entrecerraron. Sin decir nada, señaló con un dedo el escritorio.

En el borde de la mesa del escritorio, medio oculto por papeles pero en un lugar donde indudablemente no había estado el día anterior, se encontraba un pequeño cuaderno de bolsillo, sobre cuya tapa aparecía estampada en letras doradas la palabra «Diario, 1940».

—¿Acaso era eso lo que estaba buscando? —dijo Swan.

Los dos hombres se lanzaron hacia el diario, pero Alan pudo tomarlo primero.

El nombre de Angus Campbell aparecía escrito en la primera página con una escritura menuda pero a la vez torpe e infantil, lo cual hizo sospechar a Alan que Angus había sufrido de artritis en los dedos. Angus había llenado cuidadosamente los espacios destinados a registrar los datos relativos al propietario del diario, como, por ejemplo, el número de sus cuellos y zapatos, que aparentemente los fabricantes de diarios íntimos creen que tendemos a olvidar, por razones que sólo ellos conocen. A continuación del epígrafe «número del registro de automóvil», había escrito «ninguno».

Pero Alan no se detuvo mucho en estos datos. El diario estaba lleno de anotaciones escritas con letra diminuta y en renglones inclinados hacia abajo. La última correspondía a la noche de la muerte de Angus, sábado veinticuatro de agosto. Alan Campbell sintió que los músculos de su garganta se ponían tensos, y que su corazón latía con fuerza, cuando sus ojos leyeron estas líneas:

Sábado: Cheque pagado por el banco. Estaba bien. Elspat no está bien nuevamente. Memorándum: jarabe de higos. Escribí a Colin. Forbes vino esta noche. Afirma que lo estafé. ¡Ja, ja, ja! Le dije que no volviera. Dijo que no vendría, no era necesario. Esta noche hay un olor extraño, a humedad, en la habitación. Memorándum: escribir al Ministerio de Guerra sobre el tractor. Aplicaciones en el ejército. Escribir mañana.

A continuación aparecía el espacio en blanco que señalaba el fin de la vida de Angus.

Alan volvió las páginas anteriores. No leyó más, pero a pesar de ello pudo comprobar que en un punto habían arrancado una página entera del diario. Estaba pensando en cambio en el viejo de corta talla, macizo, con su nariz inflamada y su

pelo blanco, escribiendo aquellas palabras mientras algo estaba acechándolo.

—¡Hum! —dijo Swan—. Eso no tiene mucha utilidad.

—No estoy seguro de ello.

—Bueno —dijo Swan—. Si ha visto lo que vino a ver, o mejor dicho, a no ver, bajemos. Es posible que no haya nada extraño en esta habitación, pero de todos modos me provoca escalofríos.

Alan guardó el diario en uno de sus bolsillos, recogió las herramientas y siguió a Swan. En la sala de la planta baja hallaron al doctor Fell, vestido enteramente con un viejo traje de alpaca negra y una corbata tejida. Alan advirtió con sorpresa que su capa tableada y su sombrero de alas anchas estaban sobre el sofá, mientras que la noche anterior estaban colgados en el vestíbulo.

El doctor Fell, sin embargo, estaba aparentemente absorto en la contemplación de un paisaje de muy mala calidad que colgaba encima del piano. Al entrar Alan y Swan, los miró con expresión inocente y se dirigió al segundo.

—Por favor, Mr. Swan. ¿Querría usted ir a la habitación de... ¡ejem!... digamos, el enfermo, para averiguar como está Colin? No permita que el doctor Grant lo disuada de verlo. Quiero saber si Colin está consciente, y si ha dicho algo.

—Yo también —dijo Swan con cierta vehemencia, y se alejó con tanta rapidez que los cuadros se movieron.

El doctor Fell recogió apresuradamente su capa tableada, se la echó sobre los hombros con evidente esfuerzo, y aseguró la pequeña cadena que la ataba en el cuello.

—Tome su sombrero, muchacho —dijo—. Vamos a realizar una pequeña expedición. La presencia de un periodista es sin duda interesante, pero hay ocasiones en que resulta decididamente un obstáculo. Es posible que podamos salir sin que nos vea nuestro amigo Swan.

—¿Dónde vamos?

—A Glencoe.

Alan lo miró fijamente.

—¡A Glencoe! ¿A las siete de la mañana?

—Lamento —dijo el doctor Fell suspirando, al percibir el aroma de tocino con huevos fritos que comenzaba a flotar en la casa— que no podamos esperar al desayuno. Es mejor, no obstante, perder un desayuno que malograr todas las comidas.

—Sí, pero ¿cómo diablos llegaremos a Glencoe a esta hora?

—He telefonado a Inveraray para pedir un automóvil. En este lugar la gente no tiene hábitos tan sedentarios como los suyos, muchacho. ¿Recuerda que Duncan nos dijo ayer que habían encontrado a Alec Forbes, o por lo menos, creían haberlo encontrado, en una pequeña vivienda cerca de Glencoe?

—¿Pues, bien?

El doctor Fell hizo una mueca y esgrimió su bastón.

—Puede que no sea verdad. Asimismo es posible que no logremos siquiera localizar la vivienda en cuestión, aunque obtuve una descripción de su situación por medio de Duncan, y las casas en ese paraje son pocas y muy alejadas entre sí. ¡Truenos, tenemos que correr ese riesgo! Si aspiro a ser de alguna utilidad al pobre Colin, tengo que ver a Alec Forbes antes que nadie, antes que la misma policía. Tome su sombrero.

Kathryn Campbell se puso rápidamente su chaqueta de *tweed* y avanzó por la habitación.

—¡Ni se les ocurra! —dijo.

—¿Ni se nos ocurra qué?

—Irse sin llevarme —declaró Kathryn—. Oí cuando el doctor pedía ese automóvil. Tía Elspat es bastante dominante, pero tía Elspat a cargo de un enfermo resulta insoportable. ¡Ah! —dijo apretando los puños—. De todos modos, no puedo hacer nada más allí. ¡Por favor, permítanme acompañarlos!

El doctor Fell consintió galantemente. En puntillas, como tres conspiradores, salieron en dirección a la parte posterior de la casa. Detrás de la cerca que separaba Shira de la carretera principal había un automóvil de cuatro asientos brillantemente pulidos.

Alan no deseaba salir con un conductor locuaz aquella mañana, y sus deseos se vieron cumplidos. El conductor era un hombrecillo enjuto, vestido como los mecánicos de garage, quien les abrió la puerta de mala gana. Habían dejado atrás Dalmally cuando descubrieron que, en realidad, el hombre era oriundo de los arrabales de Londres.

Pero Alan estaba demasiado entusiasmado por su reciente descubrimiento para preocuparse por la presencia de testigos, de modo que sacó del bolsillo el diario de Angus y se lo entregó al doctor Fell.

Aun con el estómago vacío, el doctor Fell no vaciló en llenar y encender su pipa de espuma de mar. Viajaban en un automóvil abierto, y mientras ascendían por la colina bajo un cielo algo nublado, la brisa causaba al doctor considerables molestias, pues debía ocuparse de conservar puesto su sombrero y a la vez de mantener encendida la pipa. A pesar de todo leyó cuidadosamente el diario, hojeando por lo menos cada una de sus páginas.

—¡Hum! Sí —dijo, frunciendo el ceño—. Concuerda. ¡Todo concuerda! Sus deducciones, Miss Campbell, fueron muy oportunas. Fue Elspat quien robó este diario.

—Pero...

—Mire —dijo señalando el lugar donde habían arrancado una página—. La anotación anterior, al pie de la página que precedía a la que falta, dice: «Elspat dice



que Janet G. es impía e inmoral. Durante su juventud Elspat...». Aquí el comentario se interrumpe.

»Seguramente Angus proseguía relatando sin ninguna reserva alguna anécdota de la juventud de Elspat, cuando no reparaba tanto en la moral. Así, pues, la prueba ha sido suprimida del diario. Aparentemente, Elspat no halló nada más que la comprometiese. Después de leer con mucho cuidado el diario, probablemente varias veces para estar bien segura, volvió a colocarlo en un lugar donde fuese fácil encontrarlo.

Alan no estaba muy convencido.

—Sin embargo, ¿qué opina de esas revelaciones sensacionales? ¿Por qué haber recurrido a la prensa, como lo hizo Elspat? La última anotación del diario es quizá sugestiva, pero indudablemente no nos dice mucho.

—¿No?

—¿Cree usted lo contrario?

El doctor Fell lo miró con curiosidad.

—Diría, por el contrario, que nos dice bastante. Pero sin duda usted no esperaba que la revelación sensacional estuviese en la última anotación, ¿no? Después de todo, Angus se dispuso a acostarse enteramente despreocupado y feliz. Quienquiera que lo haya atacado, lo hizo después de que terminó de escribir y cuando había apagado la luz. ¿Por qué, pues, habríamos de esperar hallar algo de gran interés en la última anotación?

Alan advirtió de pronto que el doctor Fell tenía razón.

—Eso —admitió— es verdad. Pero de todos modos...

—No, muchacho. La verdadera esencia del asunto se encuentra aquí —el doctor Fell pasó las páginas rápidamente como si estuviese barajando un mazo de naipes—. Aquí, en el cuerpo del diario. En el resumen de sus actividades durante el año pasado.

El doctor Fell miró fijamente el pequeño volumen por última vez, y lo guardó en uno de sus bolsillos. Su expresión de gigantesca contrariedad se había intensificado simultáneamente con su certeza febril.

—¡Qué diablos! —dijo, golpeándose una rodilla—. ¡La conclusión es inevitable! Elspat se apodera del diario. Lo lee. Como no es tonta, adivina...

—¿Qué?

—Cómo murió Angus en realidad. Detesta a la policía y desconfía de ella en lo más profundo de su alma. En vista de ello escribe a su diario predilecto y se forma el propósito de hacer estallar la bomba. Y de pronto, cuando es demasiado tarde, se da cuenta horrorizada...

Nuevamente el doctor Fell calló. La expresión de su rostro se suavizó. Con un ruidoso suspiro se arrellanó contra el tapizado del asiento y agitó la cabeza.

—Debo decirles que esto rompe el misterio —añadió oscuramente—. De

cualquier manera, esto rompe el misterio.

—Por lo que a mí se refiere —dijo Kathryn apretando los dientes— no tardaré en romper algo si no hablan con mayor claridad.

El doctor Fell la miró con un gesto preocupado.

—Permítame —dijo— responder a su lógica curiosidad con una pregunta más. Hace un momento —añadió dirigiéndose a Alan— dijo que consideraba «sugestiva» la última anotación del diario de Angus. ¿Qué quiso decir con ello?

—Quise decir que, indudablemente, no era un pasaje que pudiese haber sido escrito por una persona con intenciones de suicidarse.

El doctor Fell asintió.

—En efecto —dijo—. Ahora, ¿qué dirá si afirmo que Angus Campbell se suicidó en realidad?

— ¡Le diré que me siento absolutamente defraudada! —dijo Kathryn—. Comprendo que no debería decir esto, pero es la verdad. Usted ha hecho que busquemos con tanto empeño al asesino que ahora no podemos pensar en ninguna otra cosa.

El doctor Fell hizo un gesto afirmativo, como si aceptase la validez estética del argumento de Kathryn.

—Sin embargo —prosiguió—, con el objeto de discutir sobre ello, les ruego que consideren mi interpretación. Les pido asimismo que observen cómo la corrobora cada uno de los hechos concretos del caso.

Durante un rato el doctor guardó silencio mientras fumaba su pipa de espuma de mar.

—Consideremos en primer término a Angus Campbell. Tenemos un hombre perspicaz, amargado y cansado, con una mente inquieta y un intenso afecto hacia los suyos. Se encuentra arruinado, completamente arruinado. Sus grandes sueños de riqueza no se materializarán. Lo sabe. Su hermano Colin, a quien quiere mucho, está abrumado por las deudas. Su examante, Elspat, a quien quiere más aún, no tiene dinero y tampoco perspectivas de obtenerlo.

»Es muy factible que Angus se haya considerado, de acuerdo con la empecinada mentalidad de la gente del Norte, un estorbo inútil. Piensa, pues, que no sirve para nada, a menos que muera. Pero es un viejo sumamente vigoroso, a quien el médico de la Compañía de Seguros le augura por lo menos quince años más de vida. Entretanto, ¿cómo han de vivir?

»Desde luego, si muriese ahora... —el doctor Fell hizo un suave gesto con la mano—. Pero si muere ahora, es necesario dejar establecido en forma inequívoca, enteramente inequívoca, que su muerte no fue un suicidio. Esto costará algo de trabajo. La suma en juego es enorme: treinta y cinco mil libras, distribuida en seguros de compañías expertas en el oficio y con espíritu suspicaz y desconfiado.

»Un simple accidente no bastará. No puede lanzarse desde un acantilado, con la esperanza de que lo atribuyan a un accidente. Existe la posibilidad de que lo consideren así, pero es demasiado arriesgado, y no debe dejar nada a la casualidad. Su muerte debe ser un asesinato, un asesinato a sangre fría, que deberá probarse fuera de toda duda.

Una vez más el doctor Fell hizo una pausa. Alan la aprovechó en forma muy inoportuna para echarse a reír con incredulidad no muy convincente.

—En ese caso, doctor —dijo—, quiero utilizar sus propios argumentos.

—¿De qué manera?

—Anoche usted preguntó por qué una persona que planea cometer un asesinato para apoderarse del dinero de unos seguros va a cometer un crimen que tiene todas las características de un suicidio. Pues bien, del mismo modo, ¿por qué Angus, y nada menos que Angus, habría de haber planeado un suicidio que tenía todas las características de tal?

—Angus no lo planeó así —dijo el doctor Fell.

—¿Qué?

El doctor Fell se inclinó hacia delante para palmear en el hombro a Alan, que viajaba en el asiento delantero. La actitud del doctor era una mezcla de entusiasmo y abstracción.

—Esto es lo esencial. Él no lo planeó así. Lo que sucede es que ignoran qué contenía el cajón para transportar perros. No saben qué puso Angus allí, deliberadamente.

»Y les digo —añadió, levantando el dedo solemnemente— que si no hubiese sobrevenido un pequeño accidente enteramente imprevisible, un contratiempo tan poco común que las probabilidades eran de un millón contra una, no habría habido la menor duda de que Angus había sido asesinado. Les digo que Alec Forbes estaría en la cárcel en este momento y que las compañías de seguros se habrían visto obligadas a pagar.

Estaban aproximándose a Loch Awe, semejante a una gema bellísima incrustada en un valle profundo y montañoso. Ninguno de los pasajeros admiró el lago.

—¿Quiere decir —dijo Kathryn— que Angus pensaba matarse y hacer recaer deliberadamente la culpa en Alec Forbes?

—Exactamente. ¿Considera que esto es imposible?

Al cabo de una pausa el doctor Fell prosiguió:

—A la luz de esta teoría, consideremos las pruebas. Aquí está Forbes, un hombre con un resentimiento genuino y amargo contra Angus. Es ideal para que lo utilicen como víctima propiciatoria. Forbes acude y, según lo que podemos establecer, «es llamado» para entrevistarse con Angus esa noche. Sube a la habitación de la torre. Se produce una disputa, que Angus planea de tal manera que es oída en toda la casa. Veamos ahora: ¿llevaba Forbes entonces una «maleta»?

»Las mujeres, como hemos observado, lo ignoran. No lo vieron hasta que lo expulsaron de la casa. ¿Quién es el único testigo de la presencia de la “maleta”? El propio Angus. Cuidadosamente señala a todos el hecho de que Forbes vino con una maleta, y dice categóricamente que Forbes debió dejarla olvidada.

»¿Siguen mi razonamiento? El cuadro que Angus tenía intención de pintar era que Forbes distrajo su atención y empujó la maleta debajo de la cama, hecho que Angus no advirtió, pero que lo que contenía la maleta podría cumplir más tarde su

mortífero cometido.

Alan se quedó pensativo.

—Es curioso —dijo— que anteayer yo mismo haya sugerido esa interpretación, con Forbes como asesino. Pero nadie quiso prestarle atención.

—A pesar de ello repito —afirmó el doctor Fell— que si no se hubiese registrado un accidente totalmente imprevisible, Forbes habría sido señalado inmediatamente como el asesino.

Kathryn se llevó las manos a las sienes.

—¿Se refiere —dijo— a que Elspat miró debajo de la cama antes de que Angus cerrase la puerta, y vio que no había nada?

Con gran sorpresa por parte de Kathryn y Alan, el doctor Fell movió la cabeza negativamente.

—¡No, no, no! Ese era otro punto, naturalmente, pero no de gran importancia. Probablemente Angus no pensó en ningún momento que la ojeada de Elspat debajo de la cama le permitiría advertir nada en uno u otro sentido. ¡No, no, no! Me refiero al contenido del cajón.

Alan cerró los ojos.

—Seguramente —dijo con impaciencia mal reprimida— es demasiado pedir que nos diga qué había dentro del cajón.

El doctor Fell adquirió una expresión más solemne, más empeñada aún.

—Dentro de un rato veremos, o por lo menos así lo espero, a Alec Forbes. Pienso plantearle el problema directamente. Entretanto, les pido que reflexionen sobre él. Piensen en los hechos que conocemos, piensen en las revistas industriales halladas en la habitación de Angus, piensen en sus actividades durante el año pasado, y vean si no pueden llegar a la solución por sus propios medios.

»Por el momento volvamos a la gran estratagema. Alec Forbes no llevaba consigo, naturalmente, ni una maleta ni ningún otro objeto. El cajón, preparado de antemano por el propio Angus, estaba en una de las habitaciones más bajas de la torre. Angus se deshizo de las mujeres a las diez de la noche, se deslizó escaleras abajo, recogió el cajón y lo colocó debajo de la cama. Hecho esto, cerró nuevamente su puerta con llave y cerrojo. Esta es, según creo, la única explicación posible de la forma en que ese cajón se introdujo en una habitación herméticamente cerrada.

»Finalmente, Angus escribió su diario. Incluyó esas palabras significativas en el sentido de haber dicho a Forbes que no volviese, y de que éste había replicado que no sería necesario. Hay asimismo otras palabras significativas, que constituyen otros tantos nudos para la soga que colgaría a Forbes. Seguidamente Angus se desvistió, apagó la luz y se acostó, y con una fortaleza digna de su carácter se preparó para lo que habría de sobrevenir.

»Sigamos ahora con lo que sucedió al día siguiente. Angus dejó el diario en un

lugar visible, para que lo encuentre la policía. Pero Elspat lo encuentra y se apodera de él. Cree que Alec Forbes mató a Angus. Al leer el diario comprende, como era la intención de Angus, que lo mató. Tiene en sus manos a Alec Forbes, el asesino. Hará que cuelguen a este pecador más alto que a Haman. Se sienta, pues, y escribe una carta al *Daily Floodlight*.

»Sólo después de haber enviado la carta advierte de pronto el fallo. Si Forbes fue el autor del crimen, debió empujar el cajón debajo de la cama antes de que lo expulsasen de la casa. ¡Pero Forbes no puede haber hecho eso! Ella misma miró debajo de la cama, y comprobó que no había nada allí. Y lo que es más horrible, así lo ha manifestado a la policía.

El doctor Fell hizo un gesto expresivo.

—Esta mujer ha vivido con Angus Campbell durante cuarenta años —prosiguió—. Lo conoce hasta lo más íntimo de su alma. Es capaz de adivinarlo todo en él con esa claridad morbosa que tienen las mujeres muy allegadas a nosotros frente a nuestras extravagancias y tonterías. No tarda mucho en descubrir dónde se halla la clave. No fue Alec Forbes. El propio Angus fue quien hizo todo esto. Así, pues...

»¿Es necesario decir más? Pensemos en la conducta de Elspat. Pensemos en su súbito cambio de opinión sobre el cajón. Pensemos en su búsqueda de pretextos para simular un acceso de furia y expulsar de la casa al periodista a quien ella misma había llamado. Pensemos, sobre todo, en su posición. Si revela la verdad, perderá hasta el último penique. Si denuncia a Alec Forbes, por otra parte, condenará su alma al infierno y a arder eternamente. Pensemos en todo esto, muchachos. No seamos demasiado inflexibles con Elspat Campbell cuando aparentemente pierde la paciencia con demasiada rapidez.

La figura de la mujer a quien Kathryn había llamado una vieja tonta comenzaba a sufrir en la mente de ambos una curiosa transformación.

Al pensar retrospectivamente en los ojos, las palabras y los gestos de la anciana, así como en lo que se ocultaba debajo de su tafetán negro, Alan experimentó un cambio radical de sentimientos que se agregó al producido en sus ideas.

—¿Y entonces?... —dijo.

—¡Pues bien! Elspat decide no hacer nada —repuso el doctor Fell—. Reintegra el diario a su sitio en la habitación de la torre, y deja que nosotros decidamos lo que más nos agrade.

El automóvil había ascendido a un paraje más elevado y agreste. Las mesetas del páramo, erizadas de feos postes contra una posible invasión por el aire, se extendían parduscas contra las costillas de granito de las montañas. El día estaba nublándose, y una brisa húmeda soplaba sobre sus rostros.

—Quisiera señalar —añadió el doctor Fell al cabo de una pausa— que ésta es la única interpretación que concuerda con todos los elementos de juicio del caso.

—En ese caso, si no estamos buscando a un asesino...

—¡Mi querido muchacho! —dijo el doctor Fell—. ¡Estamos buscando a un asesino!

Kathryn y Alan se volvieron bruscamente para mirarlo.

—Deben formularse también otras preguntas —dijo el doctor—. ¿Quién personificó al fantasma en la torre, y con qué motivo? ¿Quién intentó matar a Colin Campbell, y por qué? Recordemos que de no haber mediado el factor suerte, Colin estaría muerto en este momento.

Dicho esto guardó silencio, mientras mordía la boquilla de su pipa apagada y hacía un gesto que sugería que buscaba algo sin lograr apresararlo.

—Los cuadros —dijo— suelen darnos ideas extraordinarias.

Entonces advirtió, aparentemente por primera vez, que estaba hablando en presencia de un extraño. Reflejados en el espejo sobre el parabrisas vio los ojos del enjuto conductor que durante millas no había hablado ni se había movido. El doctor Fell murmuró algo ininteligible, y resopló repetidamente, mientras se quitaba partículas de ceniza de la capa. Cuando habló fue como si despertase de un sueño, pues parpadeó y miró vagamente a su alrededor.

—¡Ah! Sí. Dígame, ¿cuándo llegamos a Glencoe?

El conductor repuso, hablando por un lado de la boca:

—Esto es Glencoe —dijo.

Los tres se sobresaltaron.

Y allí, pensó Alan, estaban las montañas agrestes exactamente como las había imaginado siempre. El calificativo que acudía a su mente al contemplar el paraje era el de «dejado de la mano de Dios», no en un sentido figurado, sino literal.

El valle de Coe era inmensamente largo e inmensamente ancho, mientras que Alan siempre lo había imaginado como un valle estrecho y pequeño. A través de él corría la carretera negra y recta como una flecha. A cada lado se levantaban las cadenas de montañas de color gris granito y púrpura opaco, con laderas lisas como si fuesen de piedra. Nada en ellas indicaba la menor indulgencia de la naturaleza; era más bien como si la naturaleza hubiese agotado sus dones antes de llegar a ellas, y todo se había petrificado hacía mucho tiempo y era ahora una franca hostilidad.

Los arroyos que serpenteaban por las laderas de las montañas estaban tan distantes que ni siquiera era posible establecer si el agua corría, y sólo se comprobaba su existencia al verlos relucir. Un silencio absoluto intensificaba la desolación y aridez del valle. De vez en cuando se veía alguna pequeña vivienda blanqueada con cal, y aparentemente vacía.

El doctor Fell señaló una de aquellas casas.

—Buscamos —dijo— una casa situada en el lado izquierdo de la carretera, en una pendiente y rodeada de abetos, inmediatamente después de las Cascadas de Coe. ¿Por

casualidad la conoce usted?

El conductor se quedó silencioso unos instantes, y por fin repuso que creía conocerla.

—No está muy lejos —dijo—. Llegaremos a las Cascadas dentro de uno o dos minutos.

La carretera subía, y pasado el trecho interminable en que corría en línea recta, se curvaba alrededor de la ladera de pizarra de una colina. Al internarse en un estrecho paraje, el rumor hueco y atropellado de una cascada agitó el aire húmedo. El paraje estaba bordeado al lado derecho por una cadena rocosa.

Luego de conducir el automóvil durante un trecho por este paraje, el conductor detuvo el motor, se echó detrás en su asiento y señaló sin decir una palabra.

Los pasajeros bajaron en medio del paraje azotado por el viento, bajo un cielo cada vez más sombrío. El tumulto de la cascada seguía golpeando sus oídos. Debieron ayudar al doctor Fell a bajar una pendiente, por la cual todos se deslizaron a medias. Con un esfuerzo aún mayor, lo ayudaron a cruzar un arroyo, cuyo lecho estaba cubierto de piedras negras y pulidas por la corriente, y parecían formar parte del seno mismo de la tierra.

La pequeña casa de piedra blanqueada con cal, muy sucia ahora, tenía un techo de paja y se levantaba al otro lado del arroyo. La puerta estaba cerrada. No salía humo de la chimenea. A lo lejos, las montañas se elevaban con sus tonalidades purpúreas y de un extraño tinte rosado.

No se movía nada... excepto un perro.

El perro los vio y comenzó a correr en círculo. Luego se lanzó hacia la casa y arañó con sus patas delanteras la puerta cerrada. El ruido de sus patas contra la puerta se oyó débilmente entre el rumor distante de la cascada. Era un ruido que oprimía el corazón en medio de la soledad desolada del desierto valle de Glencoe.

Por fin el perro se sentó y comenzó a aullar.

—¡Vamos, vamos, viejo! —le dijo el doctor Fell.

Aquella voz tranquilizadora tuvo aparentemente algún efecto en la inquietud del animal. Nuevamente arañó la puerta, y luego corrió hacia el doctor Fell y saltó a su alrededor, tratando de morder su capa. Lo que alarmó a Alan fue la expresión de los ojos del perro.

El doctor Fell golpeó la puerta, sin obtener respuesta. Intentó hacer girar el picaporte, pero algo lo mantenía trabado en el interior. En la parte delantera de la casa no había ninguna ventana.

—¡Mr. Forbes! —gritó con voz atronadora—. ¡Mr. Forbes!

Los pasos de los tres hicieron un ruido áspero sobre las pequeñas piedras de granito. La casa era de forma aproximadamente cuadrada. Murmurando para sus adentros, el doctor Fell se dirigió pesadamente hacia un lado de la casa, seguido por



Alan.

En ese lado hallaron una ventana pequeña. Un enrejado de metal herrumbroso, más bien un alambre tejido grueso, estaba clavado sobre el marco de la ventana en el interior. Detrás estaban los cristales de la ventana, empañados de suciedad, con bisagras, para abrirla y cerrarla, como las puertas. Estaba entreabierta.

Ambos apretaron la cara contra el enrejado, con las manos sobre los ojos, a modo de pantalla, y trataron de observar el interior. De la habitación partía un olor desagradable, en parte formado por el aire viciado, *whisky*, aceite de parafina y sardinas en lata. Gradualmente, a medida que sus ojos se habituaban a la penumbra, surgieron distintas formas en el interior.

La mesa, cubierta de platos grasientos, había sido empujada a un lado. En el centro de la habitación había un grueso gancho de hierro, seguramente utilizado para colgar una lámpara. Por fin, Alan pudo ver ahora lo que pendía de aquel gancho y que se mecía suavemente cada vez que el perro golpeaba la puerta con las patas.

Alan dejó caer las manos a los lados del cuerpo. Dio media vuelta y apoyó una mano contra la pared para serenarse. Luego fue junto a la casa hasta llegar a la parte delantera, donde estaba Kathryn.

—¿Qué sucede? —dijo ésta. Alan tuvo la impresión de que su voz venía de muy lejos, a pesar de que Kathryn había gritado—. ¿Qué ha sucedido?

—Es mejor que te alejes de aquí.

—¿Qué sucede?

El doctor Fell, más pálido que de costumbre, apareció en la parte delantera de la casa.

Antes de hablar se quedó respirando afanosa y ruidosamente unos instantes.

—Esa puerta no es muy sólida —dijo, señalándola con el bastón—. Usted podría derribarla de un puntapié. Creo que es mejor hacerlo ahora mismo.

La puerta estaba cerrada por dentro con un cerrojo pequeño, nuevo y firme que Alan logró arrancar mediante tres puntapiés violentos en los que puso todas sus fuerzas y toda su voluntad.

A pesar de que no tenía deseos de entrar, pudo ver que el rostro del muerto estaba vuelto hacia el otro lado, de modo que el espectáculo no fue tan terrible como el observado desde la ventana. El olor a parafina y a *whisky* era ahora penetrante.

El muerto vestía una bata larga y sucia. La sogá, que había sido trenzada con el cordón de su bata, tenía en un extremo un nudo corredizo, mientras que por el otro estaba fuertemente atada al gancho del techo. Los talones colgaban a medio metro del suelo. Un pequeño barril vacío, evidentemente de *whisky*, se había deslizado debajo de sus pies.

El perro entró de un salto en la habitación, gimiendo frenéticamente, y comenzó a girar alrededor del muerto. Con sus desesperadas tentativas por saltar hizo que aquél

volviese a mecerse con violencia.

El doctor Fell examinó el cerrojo roto y luego la ventana cubierta de tejido de alambre. Su voz resonó solemnemente dentro de la habitación maloliente.

—Sí —dijo—. Es otro suicidio.

—Supongo —dijo Alan en voz baja— que se trata de Alec Forbes.

El doctor Fell señaló con su bastón el catre de campaña situado contra una de las paredes. Sobre él había una maleta abierta, llena de ropa interior sucia. La maleta tenía pintadas las iniciales «A. G. F.». A continuación, el doctor se acercó al cadáver, para examinar su rostro. Alan no lo imitó.

—La descripción también concuerda. Tiene la barba crecida de una semana. Y probablemente tenía diez años de angustia en el corazón.

Se dirigió luego a la puerta, para cortarle la entrada a Kathryn, que estaba pálida e inmóvil, bajo el cielo nublado, a pocos pasos de distancia.

—Debe de haber un teléfono en alguna parte. Si mal no recuerdo, según el mapa hay una aldea con un albergue a una o dos millas de aquí. Miss Campbell, llame por teléfono al Inspector Donaldson, de la policía de Dunoon, y dígame que Mr. Forbes se ha ahorcado. ¿Puede hacerlo?

Kathryn asintió con un gesto rápido y tembloroso.

—¿Se mató realmente? —preguntó con una voz que era poco más que un murmullo—. ¿No será... otra cosa?

El doctor Fell no contestó. Con otro gesto de asentimiento, Kathryn dio media vuelta y se alejó.

La casa tenía unos cuatro metros de lado y paredes gruesas, con una chimenea primitiva y suelo de piedra. No era la vivienda de un campesino de la región, sino que evidentemente había sido utilizada por Forbes como una especie de refugio. Su mobiliario consistía en el catre de campaña, la mesa, dos sillas de cocina, una cómoda con una jarra y una vasija para lavarse, y una pequeña librería llena de libros mohosos.

El perro había dejado de gemir, por lo cual Alan se sentía aliviado. El animal se había acurrucado junto al muerto y levantaba los ojos llenos de adoración hacia el rostro alterado del que había sido su amo. De vez en cuando, un temblor recorría el cuerpo del animal.

—Por mi parte quiero preguntar lo mismo que preguntó Kathryn —dijo Alan—. ¿Es un suicidio, o no?

El doctor Fell avanzó unos pasos y tocó el brazo de Forbes. El perro se puso rígido. Un gruñido amenazador comenzó en su garganta y estremeció su cuerpo.

—¡Vamos, viejo, vamos! —dijo el doctor—. ¡Quédate quieto!

Retrocedió luego unos pasos y se detuvo. Sacó su reloj y lo examinó. Murmurando y resoplando quedamente, se acercó a la mesa, en cuyo borde había una

lámpara de tubo con un gancho y una cadena con la cual era posible colgarla del techo. Con la punta de los dedos la levantó y la agitó. Junto a la lámpara había una lata de aceite.

—Vacía —murmuró—; agotada, pero evidentemente fue usada.

Señalando el cuerpo, añadió:

—La rigidez no es total. Sin duda esto sucedió durante las primeras horas de la madrugada. Las dos o las tres de la mañana, quizá. Es la hora de los suicidios. Mire esto ahora.

El doctor estaba señalando el cordón de la bata alrededor del cuello del muerto.

—Es muy curioso —dijo frunciendo el ceño—. Los verdaderos suicidas invariablemente tratan de adoptar las mayores precauciones contra el dolor. Cuando un suicida se ahorca, por ejemplo, nunca utiliza un alambre ni una cadena, u otro artículo que lastime su cuello. Si utiliza una soga, generalmente la acolcha con algo para que no lo lastime. ¡Observe esto! Alec Forbes utilizó un cordón suave, y además lo acolchó con pañuelos. Es el toque auténtico del suicida, o de lo contrario...

—¿Qué?

—... de un verdadero genio del asesinato —dijo el doctor Fell.

Se inclinó a examinar el barrilito de *whisky*. Se acercó a la única ventana. Introduciendo un dedo en la malla del tejido de alambre, lo agitó y comprobó que estaba sólidamente clavado por dentro. Nuevamente volvió junto a la puerta, y con gestos de exagerada atención estudió cuidadosamente el cerrojo, sin tocarlo.

Por fin miró la habitación a su alrededor, mientras golpeaba acompasadamente el suelo con un pie. Su voz adquirió un tono hueco, semejante al del viento al soplar por un túnel de subterráneo.

—¡Demonios! —dijo—. Esto es un suicidio. ¡Tiene que ser un suicidio! El barril tiene la altura necesaria para haberle permitido apartarlo de un puntapié, y está a la distancia correcta. Nadie pudo entrar o salir por esa ventana clavada ni por la puerta cerrada con cerrojo.

Con una expresión algo ansiosa, miró a Alan y añadió:

—Debo confesarle con cierta vergüenza que conozco algo sobre los procedimientos para forzar puertas o ventanas. La verdad es que... siempre me han fascinado y perseguido esos problemas.

»A pesar de ello —echó hacia atrás su sombrero, semejante al de un cura— no logro imaginar cómo es posible forzar una puerta cuando no hay cerradura y la puerta encaja tan bien en el marco que el borde inferior raspa el suelo. Como esta puerta, por ejemplo.

Al mismo tiempo señaló el borde inferior de la puerta.

—Tampoco conozco ningún procedimiento para abrir una ventana —prosiguió— cuando tiene un tejido de alambre de acero clavado por la parte interior. Como es el

caso de esta ventana. Si Alec Forbes... ¡Hola!

La librería estaba esquinada en el rincón junto a la chimenea. El doctor Fell lo descubrió al disponerse a examinar la chimenea. Comprobó con gran desilusión que el tubo era demasiado estrecho y estaba demasiado recubierto de hollín para permitir el paso de una persona. Limpiándose los dedos, se volvió hacia la pequeña biblioteca.

Sobre el estante superior de libros había una máquina de escribir portátil, sin su tapa, con una hoja de papel insertada en el rodillo. Sobre el papel había unas cuantas palabras escritas a máquina con tinta de color azul pálido:

*A cualquier chacal que encuentre esto:*

*Yo maté a Angus y a Colin Campbell con lo mismo que utilizaron para estafarme. ¿Qué piensan hacer ahora?*

—Como ve —dijo enfáticamente el doctor Fell—, tenemos hasta esto. La nota dejada por el suicida. El toque final. El toque del maestro. Repito que esto tiene que ser un suicidio. Sin embargo... si es un suicidio, que me declaren demente.

El olor de la habitación, el rostro ennegrecido de su dueño, el perro mustio de pesar comenzaban a revolver el estómago de Alan. Sentía que no podría soportar la atmósfera de aquella habitación mucho tiempo más. A pesar de ello, hizo un esfuerzo por dominarse.

—No veo por qué dice usted eso —manifestó—. Después de todo, doctor, ¿le es tan difícil reconocer que puede equivocarse?

—¿Equivocarme?

—Sí, respecto al hecho de que la muerte de Angus haya sido un suicidio —dijo Alan, mientras en su mente se arraigaba una certeza absoluta—. Forbes mató a Angus e intentó matar a Colin. Todo contribuye a probarlo. Nadie pudo haber entrado ni salido de esta habitación, como usted mismo admite. Además, aquí está la carta de Forbes como prueba definitiva.

»Forbes caviló hasta perder la razón, como me habría sucedido incluso a mí en este paraje, a menos que me dedicase a la religión. Se deshizo de los dos hermanos, o, por lo menos, así lo creyó. Cuando terminó su obra, se mató. Aquí está la prueba. ¿Qué más necesita?

—La verdad —insistió obstinadamente el doctor Fell—. Soy chapado a la antigua. Quiero la verdad.

Alan vaciló.

—Yo también soy chapado a la antigua en ese sentido. Y creo recordar —dijo— que usted vino al Norte con el expreso propósito de ayudar a Colin. ¿Cree que ayudará a Colin, o a la tía Elspat, el hecho de que el detective, que llamaron para demostrar que Angus fue asesinado, proclame a quien lo escuche que fue un suicidio, aun después de hallar la confesión de Forbes?

El doctor Fell miró y parpadeó repetidamente.

—Estimado Campbell —dijo con tono sorprendido y dolorido a la vez mientras se arreglaba las gafas en la nariz y miraba a Alan a través de ellas—. ¡Sin duda no pensaré que tengo la intención de confiar mis teorías a la policía!

—¿Acaso no es ese su objeto?

El doctor Fell miró a su alrededor como para cerciorarse de que nadie los oía.

—Mis antecedentes en este sentido —dijo— son sumamente negros. ¡Ejem! En varias oportunidades he manipulado las pruebas de tal manera que el asesino ha salido impune. No hace muchos años me superé a mí mismo al incendiar una casa. Mi propósito actual, y espero que quede entre nosotros, es estafar a las compañías de seguros para que Colin Campbell pueda solazarse con buenos cigarros y aguardiente el resto de sus días...

—¿Qué?

El doctor Fell lo miró ansiosamente.

—¿Le choca mi actitud? —dijo—. ¡Vamos, vamos! Esto es, como digo, lo que pienso hacer. Pero ¡qué diablos, hombre! Para mi información personal, quiero establecer la verdad.

Dicho esto se volvió hacia la librería esquinada. Sin tocarla, examinó la máquina de escribir. Sobre el estante de libros debajo de la máquina había un hilo de pescar y algunas moscas para salmones. Sobre el tercer estante había una llave para tuercas de bicicleta, un farol y un destornillador.

El doctor Fell ojeó los libros con mirada de profesional. Había obras de Física y Química, trabajos sobre motores Diesel, Construcción y Astronomía. Había además catálogos y publicaciones especializadas. Había un diccionario, una enciclopedia de seis tomos, y, circunstancia curiosa, dos o tres libros infantiles de G. A. Henty. El doctor Fell miró estos últimos con cierto interés.

—¡Qué raro! —dijo—. ¿Lee alguien a Henty en la actualidad? Si la gente supiera lo que pierde al no leer sus obras, correría a adquirirlas. Por mi parte me complazco en decir que aún hoy leo sus libros con deleite. ¿Quién habría sospechado que Alec Forbes tenía un espíritu romántico? —añadió, y se rascó la nariz—. Con todo...

—Escuche —insistió Alan—. ¿Qué le hace estar tan seguro de que no se suicidó?

—Mi teoría. Mi terquedad, si usted quiere.

—¿Y mantiene aún su teoría de que Angus se suicidó?

—Efectivamente.

—¿Pero, en cambio, asesinaron a Forbes?

—Exactamente.

El doctor Fell volvió lentamente al centro de la habitación. Miró el desordenado catre con la maleta encima, y luego un par de botas de goma que había debajo del catre.

—Muchacho, desconfío de esa nota del suicida. Desconfío enteramente de ella. Y

tengo razones concretas para ello. Salgamos de aquí, a fin de respirar un poco de aire puro.

Alan no vaciló en seguirlo. El perro levantó la cabeza de entre las patas, y les dirigió una mirada triste y desencajada. Luego la bajó nuevamente y se quedó inmóvil, en una actitud de infinita paciencia, junto al muerto.

A lo lejos alcanzaban a oír el rumor de la cascada. Alan aspiró profundamente el aire fresco y húmedo, y sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, mientras el doctor Fell, con su traza de bandido y su enorme cuerpo envuelto en la capa, apoyó las manos en su bastón.

—Quienquiera que haya escrito esa nota —prosiguió—, sea Alec Forbes u otro, conocía el medio empleado para provocar la muerte de Angus Campbell. Éste es el primero de los hechos concretos que debemos observar. ¡Muy bien! ¿Ha adivinado en qué consistía ese medio?

—No.

—¿Ni después de haber leído la nota del suicida? ¡Pero, hombre! ¡Piense!

—Puede pedirme que piense todo lo que quiera. Puede que sea un tonto, pero en mi descargo diré que no alcanzo a imaginar qué puede hacer saltar de la cama a la gente en mitad de la noche y arrojarlos de las ventanas en una caída mortal.

—Comencemos —dijo el doctor Fell— por el hecho de que el diario de Angus registra sus actividades durante el último año, como suele ocurrir en casi todos los diarios. Bueno. ¿Cuáles han sido, por Satanás, las principales actividades de Angus durante el último año?

—Intervenir en varios proyectos alocados con el objeto de ganar dinero.

—Es verdad. Pero según creo, había uno solo entre ellos en el cual Alec Forbes estaba complicado.

—Sí.

—Muy bien. ¿Cuál era ese proyecto?

—Una idea para fabricar un tipo de helado con dibujos de tartanes escoceses. Por lo menos, eso me dijo Colin.

—Y al elaborar esos helados —dijo el doctor Fell—, ¿qué clase de agente refrigerante debían emplear en grandes cantidades? Colin también nos dijo esto.

—Dijo que utilizaban hielo artificial, sustancia que describió como «esa sustancia química tan costosa...».

Alan calló bruscamente.

Recuerdos medio olvidados volvieron a su memoria. Con una sensación de sobresalto recordó un laboratorio de sus días de estudiante, y palabras pronunciadas desde una plataforma. El débil eco de aquellas palabras resonó en sus oídos.

—¿Y sabe —preguntó el doctor Fell— qué es en realidad ese «hielo artificial», o bien «hielo seco»?

—Es una sustancia de color blanquecino. Se asemeja al hielo común, sólo que es opaca. Se...

—Para ser más exactos, digamos que no es ni más ni menos que gas líquido. ¿Y conoce el nombre del gas que puede transformarse en un sólido «bloque de nieve» y que es posible cortar y manejar y trasladar de un lado a otro? ¿Cómo se llama ese gas?

—Dióxido de carbono —repuso Alan.

En medio de la perplejidad que sentía, fue como si de pronto se hubiese levantado bruscamente una cortina. Por fin vio el problema.

—Supongamos ahora —dijo Fell— que retirásemos un bloque de esa sustancia de uno de sus recipientes herméticos. Un bloque, digamos, suficientemente grande para ser colocado dentro de una maleta más bien voluminosa o, mejor aún, de un cajón con un extremo abierto, a fin de que el aire llegue mejor. ¿Qué sucedería?

—Se fundiría lentamente.

—Y al fundirse, naturalmente, dejaría libre en la habitación... ¿Qué dejaría escapar?

Alan respondió casi a gritos:

—¡Ácido carbónico! Uno de los gases más mortíferos y de efecto más rápido que existen.

—Supongamos que se colocase ese hielo artificial, con su receptáculo, debajo de la cama en una habitación que siempre permanece cerrada durante la noche. ¿Qué sucedería?

»Si me permite, desechemos ahora el método socrático y se lo diré —prosiguió el doctor Fell—: Tenemos una de las trampas mortíferas más seguras que jamás han sido elaboradas. Sucederá una de estas cosas: o bien la víctima, medio dormida o mareada, respirará el gas concentrado que ha invadido la habitación, en cuyo caso morirá en su lecho, o bien advertirá el leve olor acre al introducirse el gas en sus pulmones. No lo aspirará durante mucho tiempo, tenga esto presente. Una vez que el gas es aspirado, hace que el hombre más fuerte se desvanezca y caiga como una mosca. Deseará aire, aire a cualquier precio. Al sentir que se asfixia, saltará de la cama e intentará llegar hasta la ventana.

»Es posible que no llegue. Si llega, sus piernas estarán tan flojas, que no podrá mantenerse erguido, y si la ventana es baja, y el alféizar llega hasta sus rodillas solamente, si tiene dos hojas que se abren hacia fuera, de tal manera que su cuerpo caiga contra ellas...

El doctor Fell hizo un gesto expresivo con ambas manos.

Alan imaginó vividamente el cuerpo flácido y pesado, vestido con camisón, que caía hacia fuera, al vacío.

—Naturalmente —agregó—, el hielo artificial se fundirá y no dejará rastros en el



cajón. Con la ventana abierta, el gas se disipará totalmente.

»Ahora comprenderá, según espero, por qué el plan de suicidio de Angus era tan infalible. ¿Quién, salvo Alec Forbes, podría haber utilizado hielo artificial para matar a su socio de empresas comerciales?

»Personalmente pienso que Angus nunca tuvo la intención de saltar por la ventana. ¡De ningún modo! Su intención era que lo hallasen muerto en la cama, muerto por envenenamiento de ácido carbónico. Se efectuaría una autopsia. La «mano» de este gas se encontraría en su sangre tan claramente como una impresión digital. Luego se leería e interpretaría el contenido del diario. Todas las circunstancias condenatorias para Alec Forbes serían recordadas, tal como las esboqué hace un rato. Así, pues, el dinero de los seguros sería cobrado por los beneficiarios. Tenía tanta certeza de esto como que el sol saldría al día siguiente.

Alan asintió, y se quedó contemplando el arroyo.

—¿Pero en el último momento, supongo...?

—En el último momento —dijo el doctor Fell— Angus no pudo afrontar la muerte. Necesitó respirar aire. Sintió que se moría, y presa del pánico saltó por la ventana.

»En esto, muchacho, reside la única posibilidad entre un millón de la cual hablé. Había un millón de probabilidades contra una de que: a) el gas lo mataría, o b) se moriría instantáneamente al caer. Pero no sucedió nada de eso. Fue mortalmente herido, pero no murió inmediatamente. ¿Recuerda?

Otra vez Alan hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Hemos mencionado ese punto varias veces.

—Antes de morir, sus pulmones y su sangre quedaron libres del gas. De aquí que no haya quedado ningún rastro para el momento de la autopsia. Si hubiese muerto instantáneamente o por lo menos a poco de caer, los rastros habrían estado presentes. Pero no lo estaban. Así, pues, nos encontramos frente al espectáculo inexplicable de un anciano que saltó de su cama para arrojarse por la ventana.

La voz potente del doctor Fell adquirió un tono feroz. Con la puntera de su bastón golpeó repetidamente el suelo.

—Y le digo... —comenzó a decir.

—¡Espere un momento! —lo interrumpió Alan al recordar algo.

—¿Decía usted?

—Anoche, cuando subí a la habitación de la torre a despertar a Colin, me incliné y traté de mirar por el resquicio bajo la puerta. En realidad, vacilé unos pasos al bajar la escalera. ¿Acaso habré llegado a aspirar el gas?

—Por supuesto. La habitación estaba saturada de gas. Sólo que usted lo aspiró unos segundos, afortunadamente.

»Y esto nos conduce al punto final. Angus escribió cuidadosamente en su diario

que había un extraño olor en la habitación. Ahora bien, esto no tiene sentido. Si hubiese llegado a advertir en aquel momento la presencia del gas, nunca podría haber terminado de escribir su diario y acostarse. No. Aquél fue otro toque artístico destinado a condenar a Alec Forbes.

—Y mal interpretado por mí —murmuró Alan—. Pensé en algún animal.

—Pero ¿ve usted ahora dónde nos lleva todo esto?

—No, no lo veo. Estamos en el nudo del asunto, desde luego, pero aparte de...

—La única explicación posible es que Angus se suicidó. Si Angus se suicidó, Forbes no pudo matarlo. Y si Alec Forbes no lo mató, no tenía motivo para decir que lo había matado. En vista de ello, la nota que tenemos aquí es falsificada.

»Hasta ahora, como ve usted, tenemos un suicidio que todos consideraron como asesinato. A continuación tenemos un asesinato que todo el mundo interpretará como suicidio. Todos los caminos conducen al manicomio. ¿Por casualidad podría aportar alguna idea?

Alan movió la cabeza negativamente.

—No tengo ninguna. Supongo que el elemento «extra» que afectaba a Colin, y que tanto intrigó al doctor Grant, era su envenenamiento con dióxido de carbono.

El doctor Fell asintió. Luego extrajo una vez más su pipa de espuma de mar, la llenó y la encendió.

—Y con ello —manifestó, hablando entre bocanadas de humo como el Espíritu del Volcán— entramos a toda vela en un mar de dificultades. No podemos culpar a Angus de ello. El cajón mortífero no pudo haberse cargado nuevamente con hielo artificial.

»Alguien, alguien que sabía que Colin dormiría en la habitación de la torre, dispuso la trampa que estaba convenientemente situada debajo de la cama. Alguien que conocía los movimientos de Colin, pudo subir a la torre y prepararlo todo. Colin estaba ebrio y no iba a molestarse en examinar el cajón. Lo que salvó su vida fue el hecho de que dormía con la ventana abierta y que despertó a tiempo. La pregunta es, pues, ¿quién hizo eso, y por qué?

Alan siguió moviendo la cabeza con aire perplejo.

—¿Aún no está convencido de que la muerte de Forbes fue un asesinato, muchacho?

—Francamente, no. Todavía no veo por qué Forbes no pudo haber matado a los dos, o bien suponer que los había matado, y luego suicidarse.

—¿Es esto lógica, o bien expresión de un deseo?

Alan era sincero.

—Un poco de cada cosa, quizá —dijo—. Aparte de la cuestión del dinero, no quisiera creer que Angus fuese tan sinvergüenza como para tramar la muerte de un hombre inocente.

—Angus —dijo el doctor Fell— no era ni un sinvergüenza ni tampoco un honrado caballero. Era un realista que veía solamente una forma de proteger a sus seres queridos. No defiendo su posición. Pero usted ¿se atreve a afirmar que no la comprende?

—No es eso. Tampoco puedo comprender por qué retiró la cortina de oscurecimiento de la ventana si quería estar seguro de asfixiarse con el...

Alan calló, porque la súbita expresión que apareció en el rostro del doctor Fell era notable por su estupidez absoluta. Se quedó mirando fijamente, y luego, entornó los ojos como un loco. La pipa por poco no cayó de sus labios.

—¡Ah, Señor! ¡Ah, dioses! ¡Es extraordinario! —murmuró—. ¡Oscurecimiento!

—¿Qué quiere usted decir?

—He aquí el primer error del asesino —dijo el doctor—. Acompañeme.

Apresuradamente se volvió y regresó a la casa. Alan lo siguió, no sin esfuerzo. El doctor Fell comenzó a buscar rápidamente algo en la única habitación. Con una exclamación de triunfo levantó del suelo, cerca de la cama, un trozo de papel impermeable clavado a un ligero marco de madera. Cuando colocó el marco contra la ventana, comprobó que se adaptaba perfectamente.

—Nosotros podemos testimoniar —dijo con extraordinaria vehemencia— que cuando llegamos no había cortina de oscurecimiento en esa ventana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—A pesar de ello la lámpara —dijo señalándola— evidentemente había estado ardiendo durante largo rato, hasta horas avanzadas de la noche. Aún podemos percibir el olor de la parafina quemada, ¿no es verdad?

—Sí.

El doctor Fell fijó los ojos en el espacio.

—Cada centímetro de este paraje es patrullado todas las noches por la Guardia Territorial. Una lámpara de tubo da una luz intensa. No había siquiera una cortina, por no referirme a una de oscurecimiento, en esta ventana cuando llegamos. ¿Cómo puede ser que nadie advirtiese la luz?

Se produjo un silencio.

—Puede ser que nadie la viese.

—¡Estimado Campbell! El más tenue destello de luz en estas colinas sería suficiente para atraer a toda la Guardia Territorial destacada en millas a la redonda. ¡No, no, no! Esa teoría es insostenible.

—Bueno, puede que Forbes, antes de ahorcarse, haya apagado la lámpara y retirado la cortina de oscurecimiento. La ventana está abierta, como hemos visto. A pesar de ello, no veo por qué hizo eso.

Nuevamente el doctor Fell agitó la cabeza con aire categórico.

—Quiero señalarle una vez más los hábitos de los suicidas. Un suicida nunca se quitará la vida en la oscuridad mientras cuente con medios para alumbrarse. No pretendo analizar esta psicología, sino que simplemente menciono el hecho. Además, Forbes no habría podido realizar sus preparativos a oscuras. ¡No, no, no! ¡Es absurdo!

—¿Qué alternativa propone usted en ese caso?

El doctor Fell se llevó las manos a la frente. Durante un rato se quedó inmóvil, resoplando suavemente.

—Diría —dijo al cabo de unos segundos, bajando las manos— que una vez que Forbes fue asesinado y colgado, el mismo asesino apagó la lámpara. Luego derramó el aceite que quedaba en ella a fin de que más tarde las apariencias indicasen que se

había agotado mientras la lámpara ardía. Por último retiró la cortina de oscurecimiento.

—¿Pero por qué demonios había de molestarse en hacer todo eso? ¿Por qué no dejar la cortina donde estaba, irse, y esperar que la lámpara ardiese hasta que agotase el aceite?

—Evidentemente, porque necesitaba utilizar la ventana para huir.

Aquello fue insoportable para Alan.

—¡Por favor! —dijo con aire de impaciencia apenas contenida, y se acercó al doctor Fell—. ¡Mire esa maldita ventana! ¡Está cubierta por un tejido de alambre de acero sólidamente clavado *por dentro*! ¿Puede indicarme una manera, cualquiera que sea, mediante la cual el asesino haya podido atravesarlo?

—Pues... no. Por el momento, no. Sin embargo, lo hizo.

Ambos hombres se miraron.

A cierta distancia oyeron el rumor de una voz que llamaba insistentemente y algo así como fragmentos confusos de una conversación. Se acercaron rápidamente a la puerta.

Charles Swan y Alistair Duncan se aproximaban a la casa. El abogado, cubierto con un impermeable y un hongo, tenía un aspecto más cadavérico que nunca, pero su persona parecía irradiar una especie de triunfo contenido.

—Considero que ha sido usted un mal amigo —acusó Swan a Alan—, al huir de esa manera después de haberme prometido todos los datos que descubriese. Si no hubiese tenido mi automóvil me habría perdido.

Duncan lo hizo callar. La boca del abogado se curvó levemente en una sonrisa severa pero a la vez satisfecha. Se dirigió al doctor Fell y le hizo una reverencia.

—Señores —dijo adoptando la actitud característica de un maestro de escuela—, acabamos de enterarnos por boca del doctor Grant de que Colin sufre los efectos de una intoxicación por gas de ácido carbónico.

—Es exacto —dijo el doctor Fell.

—Administrado probablemente mediante un trozo de hielo artificial robado del laboratorio de Angus Campbell.

Nuevamente el doctor Fell hizo un gesto afirmativo.

—¿Podemos, en consecuencia —expresó Duncan juntando las manos y frotándolas suavemente—, abrigar duda alguna sobre la forma en que murió Angus? ¿O bien de quién le administró el gas?

—No podemos, en efecto. Si tiene la bondad de examinar esta casa —dijo el doctor Fell, señalándola con un gesto—, verá la prueba definitiva que completa el caso.

Duncan avanzó rápidamente hacia la puerta, pero con la misma rapidez retrocedió. Swan, más decidido, o quizá más habituado a espectáculos de esa clase,

lanzó una exclamación y entró.

Hubo un largo silencio mientras el abogado trataba, al parecer, de reunir fuerzas para entrar. La nuez se movía en su larga y delgada garganta, encima del cuello demasiado holgado. Se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo. Luego, cubriéndose y echando los hombros hacia atrás, se obligó a sí mismo a seguir a Swan al interior de la casa.

Ambos reaparecieron huyendo apresuradamente y dando pocas muestras de dignidad, seguidos por una serie de gruñidos salvajes que no tardaron en convertirse en aullidos feroces. El perro, con ojos enrojecidos, se quedó observándolos desde el umbral.

—¡Perrito bonito! —le dijo zalameramente Duncan con una sonrisa de tan flagrante hipocresía que el perro ladró otra vez.

—No debió tocarlo —le dijo Swan—. Es natural que el perro se haya enojado. Necesito un teléfono. ¡Qué primicia!

Duncan recobró su dignidad levemente herida.

—De modo que fue Alec Forbes —dijo.

El doctor Fell inclinó la cabeza.

—Estimado doctor Fell —prosiguió el abogado acercándose para estrechar la mano del doctor con cierta animación—. Nosotros... ¡no sabemos cómo agradecerle lo que ha hecho! Me atrevo a afirmar que usted adivinó, a través de las revistas técnicas y las facturas que revisó en la habitación de Angus, de qué se valieron para matarlo.

—Efectivamente.

—No puedo imaginar —dijo Duncan— cómo no fue evidente para nosotros, desde un principio. Es verdad, no obstante, que los efectos del gas se habían disipado cuando hallaron su cuerpo. ¡Ahora se explica que las cerraduras de la maleta estuvieran cerradas! Cuando pienso que pensamos en víboras, arañas y quién sabe qué otros agentes absurdos, casi siento ganas de reír. Todo el asunto es tan extraordinariamente simple, una vez que captamos la trama oculta detrás, que...

—Estoy de acuerdo con usted —convino el doctor Fell—. ¡Estoy enteramente de acuerdo con usted!

—¿Descubrió usted la... la nota del suicida?

—Sí.

Duncan hizo un gesto de satisfacción.

—Las Compañías de Seguros tendrán que retractarse de lo manifestado hasta ahora. No hay la menor duda de que deberán pagar el total de las pólizas.

Sin embargo, en este punto Duncan vaciló. Era evidente que la honradez lo obligaba a preocuparse por otro punto.

—Hay sólo otro punto más, sin embargo, que no puedo comprender. Si Forbes

colocó el cajón para perros debajo de la cama antes de que lo expulsaran, como este señor —dijo Duncan señalando a Alan— insinuó con tanta perspicacia el lunes, ¿cómo se explica que Elspat y Kirstie no lo vieran al examinar la habitación?

—¡Creo que usted olvida una cosa! —dijo el doctor Fell—. Ella lo vio, en realidad, como ha manifestado posteriormente. La mentalidad de Miss Elspat Campbell tiene una precisión germana. Ustedes le preguntaron si había una maleta allí. Ella dijo que no. Eso es todo.

No sería exacto afirmar que la preocupación desapareció totalmente del rostro de Duncan. Sin embargo, se animó, aunque al mismo tiempo dirigió una mirada curiosa al doctor Fell.

—¿Cree que las Compañías de Seguros aceptarán esa rectificación en el testimonio de Miss Campbell?

—Tengo la seguridad de que la policía lo aceptará. Las Compañía de Seguros no tendrán, pues, otra alternativa que aceptarlo, les agrade o no.

—¿Es un caso evidente?

—Es un caso evidente.

—Así lo veo yo —dijo Duncan, y cobró mayor animación aún—. Bueno, debemos dar por terminado este triste asunto lo más pronto posible. ¿Han informado a la policía sobre... esto?

—Miss Kathryn Campbell fue a hacer la denuncia telefónicamente. Debe regresar en cualquier momento. Tuvimos que forzar la puerta, como ve, pero no hemos tocado nada más. Después de todo, no queremos que nos detengan por complicidad en la ocultación posterior del hecho.

Duncan se echó a reír.

—De ninguna manera podrían detenerlos por ese motivo. En la ley escocesa no existe ese delito.

—¿No? ¡Qué interesante! —murmuró el doctor Fell. Sacó su pipa del bolsillo y añadió inesperadamente—: Mr. Duncan, ¿conoció en una época a Robert Campbell?

Había algo tan sugestivo, aunque misterioso, en las palabras del doctor Fell, que todos se volvieron para mirarlo. El lejano trueno de las Cascadas de Coe pareció cobrar volumen en medio del silencio que siguió.

—¿Robert? —repitió Duncan—, ¿el tercero de los hermanos?

—Sí.

Una expresión de desagrado lleno de intransigencia apareció fugazmente en el rostro del abogado.

—La verdad es, doctor, que revolver escándalos pasados...

—¿Lo conoció usted? —insistió Fell.

—Sí.

—¿Qué puede decirme sobre él? Todo lo que he podido averiguar hasta ahora es

que tuvo dificultades y debió abandonar el país. ¿Qué hizo? ¿Dónde fue? Sobre todo, ¿cómo era?

Duncan consideró estas preguntas con evidente mala gana.

—Lo conocí cuando era joven —dijo lanzando una rápida mirada al doctor Fell—. Robert, debo decirle, era sin duda el más inteligente y listo de la familia. Sin embargo, tenía una tendencia a la maldad, que afortunadamente estaba ausente tanto de Angus como de Colin. Tuvo dificultades en un banco en el cual trabajaba y a continuación hubo una pelea a tiros por culpa de una camarera de un bar.

»Dónde se encuentra actualmente, no puedo decirlo. Se fue al extranjero, a las colonias, o a Estados Unidos, no lo sé exactamente, pues tomó un barco de carga en Glasgow. Sin duda no considera esto una cuestión de importancia en este momento, ¿no?

—No; quizá no.

En aquel momento su atención se distrajo, atraída por Kathryn Campbell, quien bajó por la orilla, cruzó el arroyo y se aproximó hasta ellos.

—Hablé con la policía —dijo sin aliento, luego de mirar suspicazmente a Duncan y a Swan—. Hay un hotel, el Hotel Glencoe, en el pueblo de Glencoe, a dos millas de aquí. El número del teléfono es Ballachulich, pronunciado «Balajulich», 45.

—¿Habló con el Inspector Donaldson?

—Sí. Dijo que siempre había estado seguro de que Alec Forbes haría algo como esto. Dijo que no es necesario que esperemos aquí, si no tenemos ganas de quedarnos.

Los ojos de Kathryn se dirigieron hacia la pequeña casa y se desviaron aprensivamente.

—Por favor —suplicó—. ¿Es imprescindible que permanezcamos aquí? ¿No podríamos ir al hotel y comer algo? Digo esto porque la propietaria conocía muy bien a Mr. Forbes.

El doctor Fell hizo un gesto de interés.

—¿Sí?

—Sí. Dice que era un ciclista experto, y que era capaz de cubrir distancias increíbles a una velocidad igualmente increíble, a pesar de lo mucho que bebía.

Duncan exclamó algo en voz baja. Con un gesto intencionado dirigido a los otros, se dirigió a un lado de la casa, e instintivamente los otros lo siguieron. Detrás de la casa había un retrete, contra el cual estaba apoyada una bicicleta de carrera con un portaequipajes adherido a la parte posterior. Duncan lo señaló.

—El último eslabón, señores. Nos explica cómo Forbes pudo ir de aquí a Inveraray y regresar cuantas veces se le ocurriese. ¿Dijo algo más su informante, Miss Campbell?

—No mucho. Dijo que Forbes venía aquí para beber, pescar y trabajar en unos estudios sobre movimiento perpetuo o algo semejante. La última vez que ella lo vio



fue ayer, en el bar del hotel. Fue necesario expulsarlo casi por la fuerza a la hora de cerrar, por la tarde. Según la mujer, era un hombre malo, que odiaba todo y a todos, excepto a los animales.

El doctor Fell se aproximó lentamente a la bicicleta y palpó el manillar. Con cierta sensación aprensiva Alan advirtió que nuevamente su rostro adquiría aquella expresión de intenso asombro, seguida por la de vacía idiotez, que había visto en él en una ocasión anterior. En ésta, empero, era más profunda y asimismo la expresión de sus emociones fue más explosiva.

—¡Señor! —exclamó el doctor Fell, volviéndose como si hubiese recibido una corriente eléctrica—. ¡Qué tonto he sido! ¡Qué asno increíble! ¡Qué ciego sin remedio!

—Aunque por mi parte —observó Duncan— no comparta su opinión sobre su persona, quisiera preguntarle por qué afirma eso.

El doctor Fell se volvió hacia Kathryn.

—Tiene usted razón —dijo gravemente, luego de reflexionar unos instantes—. Debemos ir a ese hotel. Y no sólo para nutrir el animal que todos tenemos dentro, aunque a decir verdad, estoy hambriento. Necesito utilizar el teléfono, inmediatamente. Las probabilidades son una contra un millón contrarias a mi teoría, desde luego, pero esa única probabilidad se cumplió una vez, y el fenómeno puede repetirse.

—¿A qué probabilidad se refiere? —preguntó Duncan con tono exasperado—. ¿A quién piensa telefonar?

—Al comandante local de la Guardia Territorial —repuso el doctor Fell, y se dirigió pesadamente en dirección a la casa, mientras su amplia capa volaba detrás de él.

—Alan —inquirió Kathryn—, en realidad Alec Forbes no se suicidó.

Eran altas horas de esa misma noche, y estaba lloviendo. Habían acercado sus sillones al alegre fuego de leños que ardía en la chimenea de la sala de Shira.

Alan estaba hojeando las páginas de un álbum de familia con tapas gruesas y acolchadas y cantos dorados. Kathryn había permanecido silenciosa durante largo rato, un codo apoyado en el brazo del sillón y el mentón en la mano, contemplando el fuego fijamente. Formuló la pregunta inopinadamente, sin rodeos, según su costumbre.

—¿Por qué —dijo Alan a su vez— las fotografías tomadas hace algunos años son siempre tan irresistiblemente cómicas? Es posible mirar cualquier álbum familiar e invariablemente desternillarse de risa. Y si por casualidad contiene retratos de gente conocida, el efecto es más pronunciado aún. ¿Por qué? ¿Acaso serán las ropas, las expresiones o qué? Espero que no hayamos sido tan ridículos.

Sin mirar a Kathryn, volvió una o dos páginas.

—Las mujeres, generalmente, salen mejor que los hombres. Aquí hay un retrato de Colin durante su juventud, en el que tiene aspecto de haber bebido más de un litro de la «Ruina» de los Campbell antes de dirigir esa sonrisa obscena al fotógrafo. Tía Elspat, en cambio, era una hermosa mujer. Era una morena de ojos atrevidos, con algo de Mrs. Siddons. Aquí está vistiendo traje de montañés: boina, pluma, tartán y demás.

—¡Alan Campbell!

—Angus, por otra parte, siempre trataba de adoptar una actitud tan digna y pensativa, que...

—Alan querido.

Alan se irguió bruscamente. La lluvia golpeaba contra las ventanas.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—Lo dije en un sentido figurado —repuso ella levantando orgullosamente el mentón—. O por lo menos... de todos modos, tenía que llamarte la atención de algún modo. Alec Forbes en realidad no se suicidó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo adivino por tu expresión —dijo Kathryn.

Alan tuvo entonces una desagradable sensación de que ella siempre sería capaz de adivinar lo que él pensaba, hecho que en el futuro podría acarrearle complicaciones.

—Además —prosiguió Kathryn, mirando a su alrededor para cerciorarse de que

nadie los oía, y bajando la voz—, ¿por qué habría de haberse matado? Sin duda no podía ser él quien intentó matar al pobre Colin.

De muy mala gana Alan cerró el álbum.

El recuerdo del día transcurrido recorrió su memoria. La comida en el Hotel Glencoe, la incesante repetición por parte de Alistair Duncan de la forma en que Alec Forbes había cometido sus crímenes para ahorcarse luego, mientras el doctor Fell callaba todo el tiempo, y Kathryn cavilaba, y Swan enviaba al *Daily Floodlight* una historia que describió al director del diario como «colosal».

—Porque no podía saber que Colin dormiría en la habitación de la torre.

De modo que Kathryn había advertido ese punto.

—¿No oíste lo que dijo la dueña del hotel? —insistió Kathryn—. Forbes estuvo en el bar del hotel hasta la hora de cerrar, ayer por la tarde. Bueno, Colin hizo en la tarde de ayer, temprano, su solemne juramento de dormir en la habitación de la torre. ¿Cómo podía estar Forbes enterado de ello? Fue una decisión súbita que tomó Colin, obedeciendo a un impulso del momento, y que nadie podía conocer fuera de la gente de la casa.

Alan titubeó antes de hablar.

Kathryn bajó la voz aún más.

—¡No, no pienso divulgarlo! —exclamó—. Alan, sé qué piensa el doctor Fell. Como nos dijo al ir allí en automóvil, cree que Angus se suicidó, lo cual es horrible. A pesar de ello, yo también lo creo así. Y lo creo tanto más ahora que estamos enterados del asunto del hielo artificial.

Kathryn se estremeció.

—Por lo menos sabemos ahora que... que no es algo sobrenatural —prosiguió—. Cuando estábamos pensando en víboras, arañas, fantasmas y cosas semejantes, te digo que me sentí muy asustada. ¡Y no había sido más que un trozo de hielo seco!

—La mayoría de los terrores son igualmente infundados.

—¿Crees tú? Pero en ese caso ¿quién representó el papel de fantasma? ¿Y quién mató a Forbes?

Alan se quedó pensativo.

—Si Forbes fue asesinado —dijo, reconociendo, a medias y por primera vez, esta posibilidad—, el motivo del asesinato es obvio. Fue para probar que la muerte de Angus fue un asesinato en definitiva, como la tentativa contra Colin. En otros términos, echar la culpa de ambos crímenes sobre Forbes, y luego quedarse con todo.

—¿Todo el dinero de los seguros?

—Las apariencias son esas.

La lluvia seguía cayendo sin cesar. Kathryn miró rápidamente por la puerta en dirección al vestíbulo.

—¡Pero, Alan! En ese caso...

—Sí. Ya sé qué estás pensando.

—Y de cualquier manera, ¿cómo era posible asesinar a Forbes?

—Tú puedes adivinarlo tanto como yo. El doctor Fell cree que el asesino entró por la ventana. ¡Sí, ya sé que la ventana estaba cubierta por un tejido de alambre intacto! Pero también estaba intacto el cajón para perros, como recordarás. Hace veinticuatro horas habría jurado que no era posible que hubiese pasado nada a través del cajón para perros. A pesar de ello, algo pudo salir de él.

Al oír pasos en el vestíbulo se interrumpió y adoptó una actitud despreocupada, mientras dirigía una mirada de advertencia a Kathryn. Estaba hojeando nuevamente el álbum cuando Swan entró en la habitación.

Swan estaba casi tan mojado como cuando la tía Elspat le había arrojado los dos baldes de agua. Golpeando el suelo con los pies se acercó a la chimenea y dejó que sus manos se secaran junto al fuego.

—Si no me atrapo una pulmonía por una causa u otra, antes de que termine este asunto —dijo, apoyándose sucesivamente en uno y otro pie—, no será por falta de mala suerte. He estado obedeciendo órdenes y tratando de permanecer constantemente junto al doctor Fell. Ustedes seguramente creerán que esto resulta fácil, ¿no?

—Sí...

El rostro de Swan estaba lleno de amargura.

—Pues no lo es. Hoy se ha escabullido dos veces. Está haciendo algo relacionado con la Guardia Territorial. O por lo menos, lo estaba antes de que comenzara a llover. Pero de qué se trata no he podido establecerlo, y creo que ni Sherlock Holmes lo descubriría. ¿Hay novedades?

—No. Estábamos mirando estas fotografías de familia —dijo Alan pasando las páginas del álbum. Miró una fotografía, comenzó a pasar la página, y de pronto, con súbito interés volvió a la fotografía en cuestión—. ¡Un momento! —exclamó—. Yo he visto esa cara en alguna parte.

Era una fotografía tomada de frente, de un hombre rubio con un espeso bigote claro curvado hacia abajo, que databa aproximadamente de 1906. Era un rostro bien parecido, con ojos muy claros. Esta última impresión surgía quizá del tono pardo desteñido de la fotografía. Sobre la esquina derecha inferior estaba escrita con tinta, muy pálida ya, con abundantes floreos y rúbricas, la frase: *¡Buena suerte!*

—Desde luego la has visto —dijo Kathryn—. Es un Campbell. Hay una semejanza, mayor o menor, en todos los miembros de nuestra familia.

—No, no. Quiero decir...

Alan sacó la fotografía de las cuatro ranuras de la página de cartulina y la dio la vuelta. Allí estaba escrito, con la misma letra: *Robert Campbell, julio de 1905.*

—¡De modo que ese es Robert, la lumbrera de la familia!

Swan, que había estado mirando por encima del hombro de Alan, estaba evidentemente interesado en otra cosa.

—¡Espere un minuto! —dijo, colocando rápidamente la fotografía de Robert en su sitio y pasando una de las páginas—. ¡Qué belleza! ¿Quién es esa mujer tan bonita?

—Es tía Elspat.

—¿Quién?

—Tía Elspat. Elspat Campbell.

Swan guiñó un ojo.

—¡No puede ser la vieja arpía que... que...! —al faltarle palabras, calló y sus manos palparon su traje nuevo, mientras su rostro se deformaba de indignación.

—La misma que lo bautizó. Mire este otro retrato de ella, en traje típico escocés, donde se ven sus piernas. Si puedo mencionarlo al pasar, diré que son hermosas piernas, aunque quizá un poco musculosas y gruesas para el gusto imperante en nuestros días.

Kathryn no pudo contenerse.

—Sin duda —dijo desdeñosamente— no son comparables a las piernas de tu adorada Duquesa de Cleveland.

Swan intervino en este punto.

—Miren —dijo con tono solemne—. No quiero pecar de curioso, pero... —aquí su voz adquirió un tono de intensa vehemencia—, ¿quién es esta señora de Cleveland? ¿Quién es Charles? ¿Quién es Russell? ¿Y qué tienen que ver ustedes con ellos? Comprendo que no debería preguntarlo, pero la verdad es que paso noches sin dormir pensando en ello.

—La Duquesa de Cleveland —dijo Alan— era la amante de Charles.

—Sí, así lo comprendí. Pero ¿es también su amante, Campbell?

—No. Además, no era de Cleveland, Ohio, pues hace años que murió, más de doscientos años.

Swan se quedó mirándolo.

—¡Usted bromea! —dijo.

—No, no bromeo. Estábamos discutiendo una cuestión de interés histórico, y...

—¡Repito que usted está bromeando! —dijo Swan con algo semejante a horror e incredulidad en la voz—. ¡Tiene que haber una mujer de carne y hueso y nativa de Cleveland! Como dije al hablar de ustedes en mi primer artículo para el *Daily Floodlight*.

De pronto calló. Abrió la boca, y la cerró bruscamente. Aparentemente, sentía que había cometido un error en algún punto, lo cual era verdad. En medio de un silencio amenazador dos pares de ojos se clavaron en él.

—¿Y qué? —dijo Kathryn con suma lentitud—. ¿Qué escribió usted sobre

nosotros en su primer artículo para el *Daily Floodlight*?

—Nada, absolutamente nada. ¡Palabra de honor, no escribí nada! Simplemente una pequeña anécdota humorística, nada calumniosa, desde luego...

—Alan —murmuró Kathryn, con los ojos fijos en un rincón del cielo raso—, ¿no crees que convendría bajar las espadas nuevamente?

Swan se había alejado instintivamente de ellos hasta quedar su espalda protegida contra la pared. Cuando habló, lo hizo con un tono de gran seriedad.

—¡Después de todo, ustedes van a casarse! Yo mismo oí decir al doctor Fell que era mejor que se casaran. ¿Qué tiene de malo, pues? No tuve mala intención —lo cual, según pensó Alan, evidentemente era la pura verdad—. Sólo dije que...

—Es una lástima —dijo Kathryn con los ojos siempre fijos en el cielo raso—. Una verdadera lástima que Colin no pueda utilizar sus piernas. Pero entiendo que es bastante diestro en el uso de la escopeta. Y como las ventanas de su dormitorio dan sobre la carretera...

En este punto se detuvo, murmurando pensativamente al mismo tiempo que Kirstie McTavish abría la puerta.

—Colin Campbell desea verlos —dijo con su voz dulce y suave.

Swan cambió de color.

—¿A quién quiere ver?

—Quiere ver a todos.

—Pero no le permiten recibir visitas —exclamó Kathryn.

—No lo sé. De todos modos, está en cama bebiendo *whisky*.

—Bueno, Mr. Swan —dijo Kathryn y se cruzó de brazos—. Después de habernos hecho una promesa solemne, que no tardó en romper y que siempre tuvo intención de romper, después de haber aceptado hospitalidad en esta casa bajo una falsa bandera, después de haber recibido en fuente de plata el único artículo bueno que probablemente ha obtenido usted en toda su vida, y con la esperanza de obtener más material, ¿tendrá la osadía de subir y mirar cara a cara a Colin?

—¡Pero debe considerar mi propio punto de vista, Miss Campbell!

—¿Sí?

—¡Colin Campbell comprenderá! ¡Es un hombre excelente! Me... —en aquel momento se le ocurrió una idea, pues se dirigió a la criada—. Escuche. No está borracho, ¿no?

—¿Qué?

—Ebrio. Borracho. Bebido —dijo Swan aprensivamente—. Lleno de *whisky*.

Kirstie comprendió por fin. Le aseguró que Colin no estaba lleno. Sin embargo, la exactitud de su afirmación estaba influida hasta cierto punto por la creencia de Kirstie de que un hombre no está lleno de *whisky* hasta que es capaz de rodar por dos tramos de escalera sin sufrir daño. Swan ignoraba esto, de modo que se conformó con la

respuesta de Kirstie.

—Le plantearé la situación —dijo con gran empeño—. Entretanto, quiero plantearla frente a ustedes. Llego aquí, y ¿qué me sucede?

—Nada —repuso Kathryn— comparado con lo que va a sucederle. Pero prosiga. Swan no la oyó.

—Me persiguen por una carretera —prosiguió—, y me causan una seria lesión que pudo haberme provocado una infección. Muy bien. Vuelvo al día siguiente, con un traje flamante que me costó diez guineas en Austin Reed's, y esa vieja loca vacía dos baldes de agua sobre mí. No un balde; piensen en esto: dos baldes.

—Alan Campbell —dijo Kathryn furiosamente—, ¿encuentras algo digno de risa en todo eso?

Alan no había podido contenerse. Echado hacia atrás en su sillón, se reía a carcajadas.

—¡Alan Campbell!

—No puedo evitarlo —dijo Alan enjugando las lágrimas de sus ojos—. Se me acaba de ocurrir que tendrás que casarte conmigo después de todo.

—¿Puedo anunciar esa noticia? —preguntó Swan inmediatamente.

—Alan Campbell, ¿qué quieres decir? ¡No pienso casarme contigo! ¡Qué absurdo!

—No puedes evitarlo, muchacha. Es la única solución para nuestras dificultades. Todavía no he leído el *Daily Floodlight*, pero sospecho las insinuaciones que habrán publicado sobre nosotros.

Swan aprovechó este comentario.

—Sabía que no se enojarían —dijo, y su rostro se iluminó—. ¡No hay nada que ustedes puedan hallar ofensivo, se lo juro! No dije ni una palabra sobre el hecho de que usted frecuenta tanto las casas de mala fama. De cualquier manera, habría significado una calumnia...

—¿Qué es esto —dijo Kathryn, interrumpiéndolo con cierta animosidad— de que tú frecuentas casas de mala fama, Alan?

—Lamento haberlo mencionado —dijo Swan con igual rapidez—. No lo habría dicho por nada del mundo en su presencia, Miss Campbell, sólo que se me escapó. De todos modos no es verdad, seguramente, y no piense más en ello. Todo lo que quiero manifestar es que tengo que actuar con sinceridad tanto frente a ustedes como frente al público.

—¿Vienen ustedes? —preguntó Kirstie, que aguardaba aún pacientemente en la puerta.

Swan se arregló la corbata.

—Sí, ahora mismo. Y estoy seguro de que Colin Campbell, que es el hombre más bueno del mundo, comprenderá mi posición.

—Espero que la comprenda —susurró Kathryn—. ¡Le aseguro que así lo espero!  
¿Dijo que había *whisky* allí arriba, Kirstie?

En cierto modo era innecesario responder a aquella pregunta. Mientras los tres seguían a Kirstie escaleras arriba, y a lo largo del vestíbulo en dirección al fondo de la casa, Colin en persona les dio la respuesta. Las puertas de Shira eran gruesas y sólidas, y pocos sonidos podrían haber pasado a través de ellas. La voz que oyeron, pues, no era muy fuerte, pero resonó con toda claridad al llegar ellos al final de la escalera.

Amo a una niña, una niña muy bonita,  
Pura como el lirio del valle  
Dulce como el brezo, el brezo purpúreo...

El canto cesó bruscamente cuando Kirstie abrió la puerta.

En un espacioso dormitorio situado en la parte posterior de la casa, y amueblado con piezas de roble, Colin Campbell yacía en lo que se suponía debía ser, y seguramente era, su lecho de dolor. A pesar de ello nunca se hubiera adivinado semejante cosa a juzgar por la actitud del recio viejo.

Tenía el cuerpo vendado de la cintura hacia abajo, y una pierna sostenida por encima del nivel de la cama mediante una jaula portátil de hierro y los correspondientes sostenes. En cambio, su espalda estaba hundida en las almohadas de tal modo que apenas podía levantar la cabeza.

Aunque le habían recortado el pelo, la barba y los bigotes, su aspecto recordaba más que nunca al de un oso. Los ojos relucientes y fieramente afables miraban desde el rostro congestionado. La habitación, herméticamente cerrada, olía como una destilería.

Colin había insistido, en su calidad de inválido, en tener abundante iluminación, y la araña resplandecía, llena de bombillas. El resplandor iluminaba su sonrisa picaresca, la parte superior de su pijama de colores chillones y el desordenado conjunto de artículos sobre la mesilla de noche. Habían arrimado su cama a una de las ventanas cubierta por una cortina de oscurecimiento.

—¡Entren! —vociferó—. Entren y hagan compañía a este viejo bandido. Mala situación, la mía. Kirstie, ve a traer tres vasos más y otro botellón. ¡Vamos! ¡Acerquen sus sillones! Aquí, donde pueda verlos bien. No tengo otra cosa que hacer que no sea esto.

Su atención estaba dividida entre el botellón, medio vacío, y una ligera escopeta del calibre 20, que trataba de limpiar y engrasar.



—**K**itty-kat, hija, es un placer verte la cara —prosiguió, sosteniendo la escopeta de tal manera que pudo mirar por uno de sus cañones—. ¿Qué has estado haciendo? Oye. ¿Quieres señalarme algo para que le dispare y así me ejercite?

Swan lo miró con rapidez, se volvió, y corrió apresuradamente hacia la puerta.

En el mismo instante Kathryn giró la llave de la puerta y luego la retiró de la cerradura.

—Verdaderamente podría señalarte algo, tío Colin —repuso suavemente.

—¡Bravo, Kitty-kat! ¿Y tú cómo estás. Alan? ¿Y usted, Horace Greeley, cómo está *usted*? Por mi parte estoy muy mal, aunque no deba decirlo. Aquí estoy envuelto como una infeliz mujer china, con el agravante de que me han vendado mucho más que los pies. ¡Jesús! Si por lo menos me consiguiesen una silla, podría moverme de un lado a otro.

A continuación reflexionó. Luego cerró la culata de la escopeta, y la apoyó contra un lado de la cama.

—Estoy contento —dijo bruscamente—. Quizá no debería estarlo, pero lo estoy. ¿Se han enterado de lo que me sucedió? Hielo artificial. Lo mismo que a Angus. Fue un asesinato, después de todo. Es una lástima, no obstante, que el pobre Alec Forbes haya terminado así. En realidad nunca me desagradó del todo. Un momento. ¿Dónde está Fell? ¿Por qué no está Fell aquí? ¿Qué han hecho con Fell?

Kathryn seguía empeñada en lograr su objeto.

—Está hablando con la Guardia Territorial. Tío Colin, escucha. Hay algo que debo decirte. Este miserable periodista, después de prometer...

—¿Para qué demonios quiere incorporarse a la Guardia Territorial, a su edad y con su peso? Puede que no lo confundan con un paracaidista, pero si lo ven contra la línea del horizonte lo confundirán con un paracaídas. Es una locura. Es peor que una locura, es peligroso, ni más ni menos.

—Tío Colin, ¿quieres escucharme, por favor?

—Sí, hija, desde luego. ¡Incorporarse a la Guardia Territorial! ¡Nunca he oído otro disparate semejante!

—Este periodista...

—No me dijo nada sobre ello cuando estuvo aquí hace un rato. Todo lo que quería era saber unas cuantas cosas sobre nuestro pobre hermano Rabbie y sobre lo que estuvimos diciendo todos en la habitación de la torre el lunes. Pero, además, ¿cómo va a incorporarse a la Guardia Territorial en Escocia, siendo inglés? ¿Acaso estás tomándome el pelo?

La expresión de Kathryn era tan desesperada que hasta Colin la advirtió. Se interrumpió, pues, bruscamente y la miró por debajo de sus cejas hirsutas.

—¿No sucede nada, Kitty-kat?

—Sí, sucede y mucho. Es decir... ¡si sólo me escuchases unos minutos! ¿Recuerdas que Mr. Swan prometió no decir una palabra sobre nada de lo que ocurriese aquí, siempre que le permitiésemos preparar otros artículos que necesitaba?

Colin frunció las cejas.

—¡Jesús! ¡No habrá escrito usted en ese pasquín que lo pinchamos en las asentaderas con una espada escocesa!

—¡No, se lo juro que no! —repuso Swan inmediatamente y con manifiesta sinceridad—. No dije ni una palabra sobre ello. Tengo el diario aquí, y puedo probarlo.

—En ese caso, ¿qué mosca te ha picado, Kitty-kat?

—Ha dicho, o bien insinuado, cosas terribles sobre Alan y yo. No sé exactamente qué, y al parecer a Alan no le importa. Pero es algo en el sentido de que Alan y yo hemos cometido inmoralidades juntos...

Colin la miró sorprendido, y por fin se echó hacia atrás y lanzó una carcajada. La hilaridad hizo brotar lágrimas de sus ojos.

—Pues... ¿no es verdad?

—¡No! Por una terrible equivocación, sólo porque no tuvimos otro remedio que pasar la noche en el mismo compartimento del tren de Londres...

—No tenían por qué pasar la noche en el mismo dormitorio, aquí, el lunes —señalo Colin—. Sin embargo, la pasaron juntos.

—¿Pasaron la noche en la misma habitación aquí? —preguntó Swan muy interesado.

—¡Por supuesto! —exclamó Colin—. ¡Vamos, Kitty-kat! ¡Sé hombre! ¡Quiero decir, mujer! ¡Admítelo! Debes tener el valor de tus convicciones. ¿Qué hacían, pues, si no estaban pasando el rato? ¡Qué absurdo!

—Como usted ve, Miss Campbell —se disculpó Swan—, debía introducir el aspecto sexual en el artículo de una manera u otra, y esa era la única forma de hacerlo. El comprende. Su amigo comprende. No hay motivo para preocuparse. No hay el menor motivo.

Kathryn miró a los tres sucesivamente. Una expresión de desaliento apareció en su rostro sonrosado. Las lágrimas brotaron de sus ojos, se sentó en una silla y apoyó las mejillas en las manos.

—¡Vamos, cálmate! —le dijo Alan—. Acabo de manifestarle, Colin, que su reputación está irrevocablemente comprometida a menos que se case conmigo ahora mismo. Le pedí que se casara conmigo...

—¡No me lo pediste!

—Bueno, te lo pido ahora, en presencia de testigos. Miss Campbell, ¿quiere concederme el honor de ser mi esposa?

Kathryn levantó un rostro inundado de lágrimas, pero indignado a la vez.

—¡Por supuesto que me casaré contigo, idiota! —le dijo furiosa—. Pero ¿por qué no pudiste hacer las cosas bien, ya que te di cien oportunidades para hacerlo, en lugar de abusar de esta situación? ¿O bien, decir que yo he abusado de ella para obligarte a casarte conmigo?

Los ojos de Colin se agrandaron.

—¿Quieren decir —dijo encantado— que tendremos una boda?

—¿Puedo publicar eso?

—Sí, a ambas preguntas —repuso Alan.

—¡Mi querida Kitty! ¡Mi querido muchacho! ¡Magnífico! —dijo Colin frotándose las manos—. Esto justifica una celebración de tal volumen dentro de estas paredes, como no se ha visto otra desde que Elspat entregó su virtud en 1900. ¿Dónde está Kirstie con ese botellón? ¡Jesús! Quisiera saber si hay una gaita en la casa. Hace años que no toco, pero lo que era capaz de hacer con una gaita en una época les habría regocijado el alma.

—¿No está enfadado conmigo? —preguntó Swan ansiosamente.

—¿Con usted? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué habría de estar enfadado? Venga aquí, viejo, y siéntese.

—En ese caso —dijo Swan—, ¿para qué quería la escopeta de juguete?

—Conque escopeta de juguete, ¿eh? ¡Escopeta de juguete! —dijo Colin asiendo la escopeta del calibre 20—. ¿No sabe usted que son necesarias una destreza y una puntería mucho mayores para usar ésta que para usar escopeta del calibre 12? ¿No lo cree? ¿Quiere que se lo demuestre?

—No, no, no. Me conformo con su palabra.

—Me alegro. Venga y beba algo. No, no tenemos vasos. ¿Dónde está Kirstie? ¿Y Elspat? Tiene que venir Elspat. ¡Elspat!

Kathryn se vio obligada a abrir la puerta. Con un suspiro de alivio, Swan se sentó y estiró las piernas como si se sintiese enteramente en su casa. Pero cuando Elspat apareció volvió a levantarse de un salto con una expresión de profunda aprensión.

Elspat, no obstante, lo ignoró con una frialdad tan deliberada que Swan retrocedió. Seguidamente la anciana dirigió a cada uno, excepto a Swan, una mirada inescrutable. Sus ojos estaban inflamados y enrojecidos, y su boca apretada en una fina línea. Alan trató de hallar en ella alguna semejanza con la hermosa mujer de la vieja fotografía. Todo había desaparecido, todo.

—Escucha, Elspat —le dijo Colin, extendiendo una mano hacia ella—. Tengo grandes noticias. Noticias excelentes. Estos dos —añadió señalando a la pareja— piensan casarse.

Elspat no dijo nada. Sus ojos se fijaron en Alan y lo estudiaron atentamente. Luego se acercó a Kathryn y la besó ligeramente en la mejilla. Dos lágrimas, dos inesperadas lágrimas, brotaron de los ojos de Elspat.

—¡Vamos, vamos! —dijo Colin algo incómodo, y miró a todos vivamente—. Es la misma vieja costumbre familiar —se quejó con voz petulante—. Siempre abren los grifos cuando se anuncia un casamiento. ¡Ésta es una ocasión de regocijo, qué diablos! ¡Basta, Elspat!

Elspat seguía inmóvil. Su rostro se deformó en una mueca.

—Si no dejas de llorar, te arrojaré algo —le gritó Colin—. ¿No puedes desearles felicidad, o algo por el estilo? Dicho sea de paso, ¿no tenemos una gaita en la casa?

—Aquí no habrá ese tipo de diversión impía, Colin Campbell —pudo decir bruscamente Elspat, a pesar de su llanto. Peleaba instintivamente, y la sensación incómoda de Alan se intensificó.

—Sí, les daré mi bendición —dijo mirando primero a Kathryn y luego a Alan—, si es que la bendición de una vieja desdentada como yo les sirve para algo.

—Bueno —dijo Colin hoscamente—. Por fin podemos beber. Brindarás por la felicidad de los muchachos, espero.

—Sí. Me vendrá muy bien beber una gota esta noche. El diablo anda rondando mi tumba —añadió con un estremecimiento.

—Nunca he visto un conjunto de almas en pena como éste en toda mi vida —gruñó Colin, que se reanimó al ver a Kirstie con los vasos y un botellón en la mano.

—Un vaso más, muchacha. Espera. Sería mejor que traigas otro botellón más...

—¡Un momento! —dijo Alan y miró a su alrededor, especialmente, y con cierta aprensión, en dirección a la escopeta—. Espero que no esté pensando en otra juerga esta noche.

—¿Juerga? ¡Qué disparate! —dijo Colin, al mismo tiempo que se servía una ración relativamente pequeña, como para reunir fuerzas suficientes para servir a los otros, ración que apuró de un trago—. ¿Quién habla de una juerga? Queremos beber por la salud y felicidad de la novia, eso es todo. No puedes tener inconveniente, ¿no?

—Yo, no —dijo Kathryn sonriendo.

—Yo, tampoco —dijo a su vez Swan—. Me siento muy bien —añadió—. Y perdono a todo el mundo, inclusive a la señora —en este punto titubeó, pues evidentemente temía mucho a Elspat—, que estropeó un traje que me costó diez guineas.

Colin habló con tono persuasivo.

—Escucha, Elspat. Lamento mucho lo de Angus, pero la verdad es que no tiene remedio. Y ahora todo ha sido para bien. Si tenía que morir de todos modos, quiero tener la franqueza de decirles que al mismo tiempo me ha salvado de graves apuros económicos.

»¿Saben lo que pienso hacer? No pienso trabajar más como médico en Manchester, por ahora. Pienso tomar un barco y realizar un crucero por lo mares del Sur. Y tú, Elspat, podrás hacer pintar una docena de retratos de Angus, bien grandes, y contemplarlos todo el día. O bien podrás ir a Londres y ver bailar a los maniáticos del jazz. Estás segura ahora, ¿Elspat?

El rostro de Elspat estaba pálido.

—Sí —le dijo furiosa—. ¿Y sabes por qué estamos seguros?

—¡Calma! —le dijo Alan.

Aun en medio de tanta buena voluntad y regocijo, adivinó lo que venía. Kathryn también lo sabía. Ambos dieron un paso hacia Elspat, pero ella no reparó en ellos.

—No permitiré que mi conciencia siga cargada con esto. ¿Sabes por qué estamos seguros?

Elspat se volvió rápidamente hacia Swan. Dirigiéndose a él por primera vez, le anunció tranquilamente que Angus se había suicidado. A continuación relató la historia, inclusive los motivos que la inducían a creer en ella. Y sus palabras eran la pura verdad.

—Eso es sumamente interesante, señora —dijo Swan, que había bebido un vaso de *whisky* y estaba extendiéndolo vacío para que se lo llenasen por segunda vez. Aparentemente le halagaba la atención que le dispensaba Elspat—. ¿No está usted enfadada conmigo ahora, pues?

Elspat se quedó mirándolo.

—¿Enfadada con usted? ¡Oigan eso! ¿Acaso no oyó lo que dije?

—Sí, desde luego, señora —repuso Swan con tono tranquilizador—. Y por supuesto comprendo que esta tragedia la ha trastornado...

—Hombre, ¿no me cree?

Swan echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No me gusta contradecir a una dama, señora. Pero si tiene a bien conversar con la policía o con el doctor Fell, o simplemente con los que están aquí presentes, verá que alguien le ha tomado el pelo o bien que usted se equivoca. Soy yo quien se lo dice. ¿No le ha dicho nadie que Alec Forbes se suicidó, y dejó una nota en la cual confesaba haber asesinado a Mr. Campbell?

Elspat aspiró ruidosamente. Su rostro se arrugó. Se volvió hacia Colin, y éste hizo un gesto afirmativo.

—Es verdad, Elspat. ¡Ponte a tono con los tiempos! ¿Dónde has estado todo el día?

Alan sintió que se le partía el corazón al contemplar a la anciana. Con manos temblorosas buscó una silla y se sentó. Un ser humano sensible, vivo, lastimado, surgió de la arcilla rebelde dentro de la cual Elspat Campbell había hecho frente al mundo.

—¿No me engañan ustedes? —insistió—. ¿Juran por lo más sagrado...?

De pronto comenzó a balancearse en la mecedora. Se echó a reír, demostrando que tenía una hermosa dentadura. Su risa animó e iluminó su rostro. Toda su persona parecía irradiar una plegaria de gratitud.

Angus no había muerto en el pecado del suicidio. No había ido al lugar de los condenados. Y Elspat, Elspat, cuyo verdadero apellido nadie conocía, siguió meciéndose sin cesar y riendo, llena de felicidad.

Colin Campbell, enteramente ciego a todo esto, seguía oficiando de tabernero.

—Como comprenderán —dijo sonriendo cordialmente—, en ningún momento ni Fell ni yo creíamos que fuese suicidio. A pesar de ello, es una gran cosa haber puesto los hechos en orden. No pensé ni durante un segundo que tú lo ignorabas, pues en ese caso habría salido arrastrándome de esta habitación para decírtelo. Ahora, sé buena, Elspat. Comprendo que esta casa está todavía en período de duelo, pero en vista de las circunstancias especiales, ¿por qué no me consigues esa gaita?

Elspat se puso de pie y salió de la habitación.

—¡Miren! —dijo Colin—. ¡Ha ido a buscarla!... Pero ¿qué te sucede, Kitty-kat?

Kathryn estaba contemplando la puerta con ojos tímidos y sospechosamente brillantes. Al oír la pregunta de Colin, se mordió los labios y miró a Alan.

—No sé —repuso—. Me siento feliz —al decir esto lanzó una mirada algo resentida a Alan— y al mismo tiempo tengo una sensación extraña y confusa.

—Tu estilo gramatical —dijo Alan— es pésimo. Pero tus sentimientos son correctos, en cambio. Eso es lo que ella cree ahora, y lo que debe seguir creyendo. Porque, desde luego, eso es la verdad.

—Desde luego —convino Kathryn rápidamente—. Quisiera saber, tío Colin, si estarías dispuesto a hacerme un gran favor.

—Lo que tú quieras, hijita.

—Bueno —dijo Kathryn, tendiendo hacia él su vaso—. No es mucho, quizá, pero... ¿Tendrías inconveniente en servirme un vaso algo más lleno?

—¡Muy bien, mi Kitty-kat! —exclamó Colin—. Toma... ¿Está bien así?

—Un poco más, por favor.

—¿Un poco más, dijiste?

—Sí.

—¡Diablos! —murmuró Swan, en quien el efecto inicial, arrollador y aplastante de la «Ruina» de los Campbell tomaba ahora la forma de una locuacidad y excitación notables—. Ustedes dos, profesores, están hechos el uno para el otro. No comprendo cómo se logra eso. ¿Hay alguien aquí que tenga ganas de cantar?

Con una expresión beatífica y hundido entre las almohadas como en un trono real, Colin levantó la escopeta y la agitó en el aire a manera de batuta. Su voz de bajo resonó contra las ventanas cerradas.

Amo a una niña, una niña muy bonita

Swan adoptó un aire de solemnidad y hundió el mentón en el cuello. Luego de una tos preliminar pareció hallar el tono correcto, y agitando rítmicamente su vaso, comenzó a cantar a su vez:

Pura como el lirio del valle

Para Alan, que levantó su vaso en un brindis dirigido a Kathryn, la impresión dominante fue la de que todo había sucedido para bien, y de que el mañana se cuidaría solo. El regocijo de estar enamorado, el regocijo de mirar simplemente a Kathryn, se unieron al regocijo provocado por la potente bebida que tenía en la mano. Sonrió a Kathryn. Kathryn le sonrió a su vez, y ambos se unieron al coro:

Dulce como el brezo, el brezo purpúreo...

Alan tenía una buena voz de barítono, y Kathryn un registro de soprano que se dejaba oír. El cuarteto así formado hizo resonar la habitación. Tía Elspat, que regresaba con expresión severa con una gaita escocesa, para Colin, que la aferró ansiosamente sin interrumpir el canto, debió de imaginar que habían vuelto los días de antaño.

—¡Bueno, bueno! —dijo resignadamente—. ¡Bueno, bueno!

**A**lan Campbell abrió un ojo.

De algún modo sumamente lejano, amortiguado su movimiento y oculto a la vista y al sonido, su alma se introdujo nuevamente en su cuerpo, dificultosamente y por corredores subterráneos. Al final lo llevó al convencimiento de que estaba contemplando un álbum de fotografías familiares, desde el cual lo miraba fijamente un rostro que había visto, en alguna parte, hoy mismo...

Entonces se despertó.

El proceso de abrir el primer ojo fue bastante doloroso. Pero cuando abrió el segundo, un torrente de angustia invadió su cerebro de tal manera, que inmediatamente comprendió qué le ocurría, y recordó al mismo tiempo que otra vez le había sucedido lo mismo.

Tendido en la cama, contempló unas rasgaduras en el cielo raso. La habitación estaba iluminada por la luz del sol.

Tenía un violento dolor de cabeza, y la garganta reseca. Pero con una sensación de asombro se le ocurrió de pronto que no se sentía tan mal como la primera vez. Este pensamiento trajo consigo otro mucho más desagradable. ¿Acaso ese *whisky* infernal se hacía un hábito? ¿Era acaso, como decían los tratados sobre la temperancia, un veneno insidioso cuyos efectos parecían decrecer día tras día?

A continuación otro sentimiento, alentador o bien desalentador, según cómo se lo considerase, se apoderó de él.

Al examinar su memoria, no pudo recordar nada, salvo escenas borrosas en las que parecía dominar el sonido estridente de la gaita, y una visión de la tía Elspat meciéndose beatíficamente en medio de todo aquello.

Sin embargo, no lo oprimía ninguna sensación de pecado, ni tampoco de culpabilidad o de haber cometido enormidades. Sabía que su conducta había sido la que corresponde a un caballero, aun cuando calzase zapatillas. Era una convicción extraña, pero real. Cuando Kathryn entró en la habitación no se inmutó.

Por el contrario, aquella mañana era Kathryn quien tenía una expresión culpable y perseguida. Sobre la bandeja traía, no una taza de café negro, sino dos. Depositó la bandeja sobre la mesilla de noche y miró a Alan.

—Hubieras debido ser tú quien llevase a mi habitación una bandeja como ésta... —dijo después de toser con aire confuso—. Pero sabía que serías descomedido y dormirías hasta el mediodía. Supongo que tampoco recuerdas nada de anoche.

Alan intentó incorporarse en la cama para que disminuyesen los latidos de su cráneo.



—Pues... no. Te diré... ¿estaba...?

—No, no lo estabas. Alan Campbell, nunca he visto un hombre más fatuo y satisfecho de sí mismo. Te quedaste sentado, inmóvil, toda la noche, sonriendo como si fueses dueño del mundo. Pero además insistías en recitar poesías. Cuando comenzaste con Tennyson, temí lo peor. Recitaste el poema *La Princesa* y casi todo el poema *Maud*. Pero cuando tuviste la osadía de recitar ese trozo que dice algo semejante a «Pon tu dulce mano sobre la mía y confía en mí», mientras acariciabas mi mano, ¡fue el colmo, verdaderamente!

Desviando los ojos, Alan extendió una mano hacia la taza de café.

—No sabía que conocía tantos poemas de Tennyson.

—La verdad es que no los conoces. Cuando no recordabas un trozo, reflexionabas un instante y luego decías «tumtumtum, tumtum» y proseguías.

—No importa. Por lo menos, ¿no hicimos nada malo?

Kathryn bajó la taza que había levantado hasta sus labios. La taza golpeó violentamente el platito.

—¿Nada malo? —repitió con los ojos muy abiertos—. ¿Nada malo cuando ese pobre Swan está probablemente en el hospital en este momento?

Alan sintió que su cabeza palpitaba dolorosamente.

—Pero, no lo...

—No, tú no. Tío Colin.

—¡Dios mío! ¡No lo atacó nuevamente, espero! ¿Acaso no son grandes camaradas? ¡No pudo atacar nuevamente a Swan! ¿Qué sucedió?

—Bueno, todo marchó bien hasta que tío Colin bebió su decimoquinta ración de la «Ruina». Y Swan, que estaba lo que él denomina «en conserva» y un tanto excesivamente seguro de sí mismo, sacó el artículo que escribió ayer. Había traído el diario oculto, en la eventualidad de que no nos agradara.

—¿Y...?

—En realidad, no era terrible. Lo reconozco. Todo marchó bien hasta que Swan describió cómo Colin había decidido dormir en la habitación de la torre.

—¿Y...?

—La versión de Swan sobre el incidente era más o menos la siguiente (recordarás que estaba merodeando fuera, cerca de las ventanas de la sala). Según su artículo, el doctor Colin Campbell, un hombre profundamente religioso, colocó su mano sobre la Biblia y juró que no volvería a pisar la iglesia hasta que el fantasma familiar dejase de vagar por el tétrico Castillo de Shira. Durante unos diez segundos, Colin se limitó a mirarlo. Luego señaló la puerta y le dijo solamente: «Fuera». Swan no comprendió hasta que tío Colin se puso casi apoplético y le dijo: «Fuera, y quédese allí». Luego, Colin tomó su escopeta y...

—¡No! ¿Lo...?

—En ese momento, no. Pero cuando Swan huyó corriendo escaleras abajo, Colin dijo: «Apaguen la luz y retiren la cortina de oscurecimiento. Quiero alcanzarlo desde la ventana cuando llegue a la carretera».

—¡No querrás decir que Colin disparó contra las posaderas de Swan mientras huía hacia Inveraray!

—No —repuso Kathryn—. Colin no fue. Fui yo.

Su voz se convirtió en un gemido.

—¡Alan querido, tenemos que alejarnos de este país traicionero! ¡Primero tú, y ahora yo! No sé qué me ocurre. ¡Verdaderamente no lo sé!

El dolor de cabeza de Alan se había intensificado.

—Pero, espera un minuto. ¿Dónde estaba yo? ¿Acaso no intervine?

—Ni siquiera advertiste nada. Estabas recitando *Sir Galahad* a Elspat. La lluvia había cesado, eran las cuatro de la mañana, y la luna había salido. Estaba furiosa con Swan, como bien sabes. Y allí estaba él en medio de la carretera.

»Seguramente oyó cuando abríamos la ventana, y vio la luz de la luna reflejada en la escopeta. Miró una sola vez, y salió corriendo con la velocidad de un rayo. Dije: «Colin, déjame tirar una vez». Colin repuso: «Muy bien, pero déjalo que se aleje un trecho. No debemos hacerle daño». En general, tengo miedo a las armas de fuego y no soy capaz de hacer blanco ni en una puerta de establo. Pero ese maldito *whisky* hizo que cambiase. Disparé a ciegas, e hice blanco con el segundo cañón.

»Alan, ¿crees que me arrestarán? ¡No te rías!

—«Pompilia, ¿dejarás que me asesinen?» —recitó Alan a media voz. Terminó de beber el café, se sentó en la cama y trató de inmovilizar un mundo que giraba a su alrededor—. No te preocupes —dijo—. Iré a calmarlo.

—Pero, supón que...

Alan estudió la fisonomía desolada de Kathryn.

—No pudiste hacerle mucho daño, a esa distancia, con un arma del calibre 20 y una carga ligera. No se cayó, ¿no?

—No. Sólo corrió más rápidamente.

—En ese caso, no tiene importancia.

—Pero ¿qué haré?

—«Pon tu dulce mano sobre la mía y confía en mí».

—¡Alan Campbell!

—Pues, ¿acaso no es eso lo que corresponde?

Kathryn suspiró. Luego se acercó a la ventana y contempló el lago. El agua estaba serena, y la superficie resplandecía al sol.

—Y eso —dijo ella al cabo de una pausa— no es todo.

—No, más...

—¡No, no, no! No tuvimos más dificultades de esa clase, de todos modos. Esta

mañana recibí la carta, Alan. Me llaman.

—¿Te llaman?

—Sí, dan por terminadas mis vacaciones. El colegio. Patrullaje antiaéreo. Asimismo leí el *Daily Express* escocés. Parece que ha comenzado la guerra aérea propiamente dicha.

El sol era tan brillante, las colinas tan doradas y purpúreas como siempre. Alan sacó un paquete de cigarrillos de la mesilla de noche. Encendió uno e inhaló profundamente. A pesar de sentir que su cabeza daba vueltas, se quedó inmóvil contemplando el lago y fumando sin interrupción.

—De modo que nuestras vacaciones —dijo— han sido una especie de entreacto.

—Sí —dijo Kathryn sin volverse—. Alan, ¿me quieres de verdad?

—Bien sabes que sí.

—En ese caso, ¿qué importancia tiene?

—Es verdad.

Reinó el silencio.

—¿Cuándo tienes que partir? —preguntó él al cabo de un rato.

—Esta noche, me temo. Es lo que dice la carta.

—En ese caso —dijo él apresuradamente—, no podemos perder más tiempo. Cuanto más pronto haga mis maletas, tanto mejor. Espero que nos den compartimentos contiguos en el tren. De todos modos, aquí hemos hecho todo lo que podíamos hacer, que no era mucho para empezar. El caso, oficialmente por lo menos, ha terminado. De todos modos... me hubiera gustado ver el verdadero desenlace, si es que lo habrá.

—Puede que lo veas aún —le dijo Kathryn, y se alejó de la ventana.

—¿Qué quieres decir?

Kathryn arrugó la frente, y su actitud nerviosa no se debía enteramente a sus temores respecto a lo sucedido la noche anterior.

—No sé si sabes —dijo— que el doctor Fell está aquí. Cuando le dije que debía regresar esta noche, contestó que tenía todos los motivos para creer que también él regresaría con nosotros. Le pregunté qué sucedería con el asunto en cuestión, y me respondió que el asunto en cuestión se resolvería por sí solo. Pero dijo esto con un tono extraño, lo cual me hizo pensar que sucede algo más. Algo... digamos... terrible. No regresó hasta el amanecer de hoy. Además, quiere verte.

—Estaré vestido en pocos minutos. ¿Y dónde está el resto de la gente esta mañana?

—Colin duerme aún. Elspat y Kirstie han salido. No hay nadie, salvo tú, el doctor Fell y yo. Alan, no es la borrachera, ni es Swan, ni son nervios. La verdad es que... estoy asustada. Te ruego que bajes lo más pronto posible.

Mientras se afeitaba, y cuando se cortó la cara, Alan se dijo que se debía a las

actividades de la noche anterior. Se dijo asimismo que sus propias aprensiones eran debidas al estómago revuelto y a los infortunios de Swan.

Shira estaba intensamente silencioso. El sol inundaba todo. Al abrir un grifo o cerrarlo, se oían ecos sonoros en toda la casa, que se desvanecían paulatinamente. Cuando Alan bajó a desayunar, vio que el doctor Fell estaba en la sala.

El doctor Fell, con un viejo traje de alpaca y una corbata tejida, ocupaba todo el sofá. Estaba sentado bajo los rayos tibios y dorados del sol, la pipa de espuma de mar entre los dientes, y tenía una expresión lejana. Su actitud era la de un hombre que medita sobre un asunto peligroso y no está aún seguro de la conducta a seguir. Los pliegues formados en su chaleco por el abdomen subían y bajaban cada vez que resoplaba, lenta y suavemente. Una abundante cabellera canosa caía en mechones sobre sus ojos.

Alan y Kathryn pidieron tostadas con mantequilla y más café. No hablaron mucho. Ninguno de los dos sabía exactamente qué hacer. Era una sensación semejante a la de no saber si los habían llamado o no a comparecer en el despacho del director.

Pero no les tocó decidir la cuestión.

—¡Buenos días! —saludó una voz.

Ambos salieron al vestíbulo.

Alistair Duncan, vestido con un traje castaño, muy atildado y casi de gusto primaveral, estaba de pie junto a la puerta principal. Tenía un sombrero blando y llevaba su cartera portadocumentos. Levantó una mano hacia el llamador sobre la puerta abierta, como para ilustrar sus palabras.

—Al parecer, no hay nadie —dijo. Su tono, que había deseado fuese agradable, tenía, no obstante, una leve sugerencia de irritación.

Alan miró a su derecha. A través de la puerta abierta de la sala alcanzaba a ver al doctor Fell, que en aquel momento se movió, gruñó algo y levantó la cabeza como si lo hubiesen despertado de un sueño. Alan volvió los ojos hacia la figura alta y encorvada del abogado, sobre un fondo de lago resplandeciente.

—¿Puedo entrar? —dijo Duncan suavemente.

—Entre, por favor —repuso Kathryn.

—Gracias.

Duncan avanzó cuidadosamente, y se quitó el sombrero. Se dirigió hacia la puerta de la sala, miró el interior de la habitación y, al ver al doctor Fell, lanzó una exclamación que tanto podría haber sido de satisfacción como de contrariedad.

—Entre, se lo ruego —le dijo el doctor Fell—. Entren todos, por favor. Y cierren la puerta.

El olor familiar a hule húmedo, a madera vieja y a piedra se intensificaba con el sol que bañaba la habitación cerrada. La fotografía de Angus, envuelta aún en

crepón, los observaba desde la repisa de la chimenea. El sol daba tonos chillones a los sombríos y feos cuadros de marcos dorados, y destacaban los puntos gastados de la alfombra.

—Estimado doctor Fell —dijo el abogado depositando su cartera y su sombrero sobre la mesa en la cual estaba la Biblia. Pronunció aquellas palabras como si fuese a dictar una carta.

—Siéntese, por favor —le dijo el doctor Fell.

Una leve arruga surcó el cráneo elevado y casi calvo de Duncan.

—He acudido respondiendo a su llamada telefónica —dijo—. Aquí estoy —Duncan hizo un gesto humorístico—. Al mismo tiempo, quisiera señalar, doctor Fell, que soy un hombre ocupado. He estado en esta casa, por uno u otro motivo, casi todos los días durante la semana pasada. Y grave como ha sido el problema que me ha traído a ella, puesto que ahora está aclarado...

—No está aclarado —dijo el doctor Fell.

—¡Pero!...

—Tomen asiento —dijo el doctor Fell.

Con estas palabras, sopló una película de cenizas que cubría su pipa, la llevó nuevamente a la boca y aspiró profundamente. Las cenizas cayeron sobre su chaleco, pero el doctor no se las quitó. Se quedó mirándolas durante largo rato, hasta que la aprensión de Alan se intensificó, llegando al temor.

—Señores, Miss Campbell —prosiguió el doctor Fell, respirando ruidosamente por la nariz—. Ayer por la tarde, como recordarán, hablé de una probabilidad entre un millón. No me atrevía a abrigar muchas esperanzas de que esa probabilidad se produjera. A pesar de ello, se había cumplido en el caso de Angus, y por lo tanto esperaba que volviese a cumplirse en el de Forbes. La verdad es que así ha sucedido.

Se detuvo, y luego añadió con tono más sereno:

—Ahora tengo el instrumento que, en cierto sentido, sirvió para asesinar a Alec Forbes.

El silencio mortal de la habitación, mientras el humo del tabaco se levantaba en caprichosas volutas a través de las cortinas de encaje almidonado y de los rayos del sol, duró solamente unos pocos segundos.

—¿Para asesinarlo, dice? —estalló el abogado.

—Exactamente.

—Perdone que insinúe que...

—Señor —interrumpió el doctor Fell, retirando su pipa de la boca—, en lo más profundo de su corazón sabe que Alec Forbes fue asesinado, exactamente como sabe que Angus Campbell se suicidó. ¿Es verdad o no?

Duncan miró rápidamente a su alrededor.

—No se preocupe —lo tranquilizó el doctor Fell—. Sólo estamos enterados los

cuatro, por ahora. Me he cuidado muy bien de ello. Tiene libertad de hablar sin reservas.

—No tengo intención de hacerlo, esté en libertad o no —repuso Duncan lacónicamente—. ¿Me ha obligado usted a venir hasta aquí para decirme solamente eso? ¡Su insinuación es absurda!

El doctor Fell suspiró.

—Me pregunto si pensará que es tan absurda —dijo— una vez que oiga la proposición que pienso hacerle.

—¿Proposición?

—Trato, si usted prefiere. Convenio.

—No se trata de hacer convenios, señor mío. Usted mismo me dijo que éste es un caso inequívoco, un caso evidente. La policía lo considera así. Esta mañana hablé con el Procurador Fiscal, Mr. MacIntyre.

—Sí. Eso es una parte del convenio que propongo.

Duncan estaba casi al borde de perder la serenidad.

—¿Quiere hacer el favor de decirme, doctor, qué pretende usted de mí, si acaso pretende algo? Y especialmente, ¿de dónde sacó esa idea extraña y en verdad peligrosa de que Alec Forbes fue asesinado?

La expresión del doctor Fell era intensamente abstraída.

—La saqué, en primer término —dijo hinchando los carrillos—, de un trozo de material de cortina de oscurecimiento, papel encerado adherido a un marco de madera, que debía haber estado colocado en la ventana de la casa de Forbes, pero que no lo estaba.

»La cortina había estado puesta contra la ventana durante la noche, pues de lo contrario la Guardia Territorial habría visto la lámpara. Y la lámpara, como recordará, según las pruebas, había estado ardiendo. Sin embargo, por alguna razón fue necesario apagar la lámpara y retirar la cortina de la ventana.

»¿Por qué? En ello residía el problema. Como alguien sugirió en aquel momento, ¿por qué el asesino no dejó simplemente la lámpara ardiendo y la cortina en su sitio cuando salió de la casa? A primera vista estábamos frente a un problema formidable.

»La línea de ataque evidente era decir que el asesino había debido retirar la cortina para huir. Y una vez que había salido, no podía colocar nuevamente la cortina. Esta línea es muy sugestiva, si siguen mi razonamiento. ¿Podía él, por ejemplo, haber pasado a través de un enrejado de alambre de acero, y de algún modo haberlo colocado nuevamente, una vez fuera de la casa?

Duncan murmuró algo con lo cual pretendía expresar su incredulidad.

—¿Con ese enrejado clavado desde el interior? —dijo.

El doctor Fell asintió gravemente.

—Sí. Clavado. Así, pues, el asesino no pudo haber hecho eso.

Duncan se puso de pie.

—Lamento mucho, doctor, no poder quedarme para seguir escuchando estas absurdas especulaciones. Doctor, me sorprende usted. La sola idea de que Forbes...

—¿No quiere usted saber cuál es mi proposición? —preguntó el doctor Fell—. Le conviene escucharla —añadió—. Le conviene muchísimo.

En la mitad del acto de tomar su sombrero y su cartera de la pequeña mesa, Duncan dejó caer las manos y se irguió. Miró fijamente al doctor Fell. Su rostro estaba intensamente pálido.

—¡Cielos! —murmuró—. ¡No pretenderá usted insinuar que... que soy el asesino!

—No, no —repuso el doctor Fell—. ¡Vamos, vamos! Sin duda que no.

Alan respiró con mayor calma.

Era la misma idea que se le había ocurrido a él mismo, y le resultaba tanto más siniestra por las inflexiones del tono del doctor Fell. Duncan pasó un dedo por el interior de su holgado cuello.

—Me alegro —dijo con una débil tentativa de seco humorismo—. Me alegro, por lo menos, de saber eso. ¡Vamos, señor! Pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Qué clase de proposición puede hacerme que pueda interesarme de modo alguno?

—Se trata de una proposición relacionada con el bienestar de sus clientes. En resumen, de la familia Campbell —por segunda vez el doctor Fell sopló la película de cenizas de la superficie de su pipa—. Verá. Estoy en la posición de poder probar que Alec Forbes fue asesinado.

Duncan dejó caer el sombrero y la cartera sobre la mesa como si ambas cosas le hubiesen quemado los dedos.

—¿Probarlo? ¿Cómo?

—Conozco el instrumento que se utilizó, en cierto modo, para asesinarlo.

—¡Pero Forbes se ahorcó con el cordón de su propia bata!

—Mr. Duncan, si estudia las obras de las mejores autoridades en criminología, hallará que están de acuerdo en una cosa. Nada es más difícil de determinar que si un hombre ha sido ahorcado o si ha sido estrangulado y luego colgado para simular que se ha ahorcado. Esto último es lo que le sucedió a Forbes.

»Forbes fue atacado por la espalda y estrangulado. Con qué; lo ignoro. Con una corbata, con una bufanda, quizá. Seguidamente se dispusieron esos toques artísticos. El autor de estos toques fue un asesino que conocía bien su trabajo. Cuando estas cosas se efectúan con cuidado, no es posible diferenciar un asesinato de un suicidio verdadero. El asesino cometió solamente un error, un error inevitable. Ese error fue fatal.

»Pregúntese una vez más, en relación con esa ventana enrejada...

Duncan extendió las manos en un gesto suplicante.

—Pero ¿en qué consiste esta prueba misteriosa? ¿Y quién es el asesino misterioso? —sus ojos adquirieron una expresión de profundo interés—. ¿Sabe quién es?

—¡Desde luego! —repuso el doctor Fell.

—¿Pero no está en condiciones —dijo el abogado golpeando la mesa con los nudillos— de probar que Angus Campbell se suicidó?

—No. Sin embargo, si la muerte de Forbes es un asesinato, indudablemente quitará validez a la falsa confesión que se le atribuyó. Una confesión convenientemente escrita a máquina, que podría haber sido escrita por cualquiera y que en realidad fue escrita por el asesino. ¿Qué pensará entonces la policía?

—¿Qué me propone, concretamente?

—¿Está, pues, dispuesto a escuchar mi proposición?

—Estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa —repuso el abogado mientras acercaba una silla para sentarse; sus manos, de nudillos huesudos, estaban fuertemente entrelazadas—, siempre que me proporcione algunos indicios. ¿Quién es ese asesino?

El doctor Fell lo miró.

—¿No tiene la menor idea?

—¡Ninguna, se lo juro! Y... y... aún me reservo el derecho de no dar crédito a las afirmaciones que usted haga. ¿Quién es ese asesino?

—En realidad —dijo el doctor Fell— creo que el asesino está en la casa en este momento, y no tardará en estar entre nosotros.

Kathryn miró a Alan con expresión azorada.

Hacía mucho calor en la habitación. Una mosca tardía zumbó contra un vidrio reluciente detrás de las cortinas almidonadas. En medio del silencio oyeron claramente un ruido de pasos, cuando alguien se aproximó por el vestíbulo hacia la fachada de la casa.

—Debe de ser nuestro amigo —prosiguió el doctor Fell con el mismo tono sereno—. ¡Estamos en la sala. Venga a hacernos compañía! —exclamó a continuación.

Los pasos vacilaron, se volvieron y se acercaron hacia la puerta de la habitación.

Duncan se puso de pie bruscamente. Sus manos se crisparon sin separarse la una de la otra, y Alan oyó el ruido de las articulaciones cuando el abogado las apretó con fuerza.

Entre el momento en que oyeron por primera vez los pasos y el momento en que el picaporte giró y la puerta se abrió habían transcurrido cinco o seis segundos. Desde entonces, Alan recuerda siempre este período como el intervalo más largo de su vida. Cada tabla de la habitación tenía aparentemente una clase diferente de chirrido o crujido. Todo parecía haber adquirido vida y estar alerta e insistente como el zumbido de la mosca contra el vidrio de la ventana. La puerta se abrió, y cierta persona entró



en la sala.

—He aquí el asesino —dijo el doctor Fell.

Estaba señalando a Mr. Walter Chapman, de la Compañía de Seguros Hércules.

Cada detalle de la figura de Chapman aparecía en relieve a la luz del sol. La figura de corta talla, maciza, vestida con un traje azul oscuro. El pelo rubio, el cutis fresco, los ojos curiosamente pálidos. Una mano sostenía su hongo, y la otra jugaba con su corbata. Había inclinado la cabeza hacia un lado, como tratando de eludir algo.

—¿Qué dijo usted? —preguntó con una voz ligeramente estridente.

—Le dije que entre, Mr. Chapman —repuso el doctor Fell—. ¿O debo decir, mejor dicho, Mr. Campbell? Su verdadero nombre es Campbell, ¿no?

—¿De qué diablos está hablando? ¡No lo comprendo!

—Hace dos días —dijo el doctor Fell—, cuando lo vi por primera vez, estaba usted aproximadamente en el mismo lugar de la sala que ahora. Yo estaba junto a esa ventana. ¿Recuerda? Estaba haciendo un estudio detenido de una fotografía tomada de frente de Angus Campbell.

»No nos habían presentado. Levanté los ojos, luego de estudiar la fotografía, y me hallé frente a un parecido familiar tan asombroso que le pregunté: «¿Cuál de los Campbell es usted?».

Alan lo recordó.

En su imaginación la figura baja y maciza de Chapman se transformó en la figura baja y maciza de Colin o de Angus Campbell. El pelo rubio y los ojos desteñidos se transformaron, por fin, en el pelo rubio y los ojos pálidos de aquella fotografía de Robert Campbell en el álbum familiar. Todo ello se agitaba y cambiaba y se deformaba como las imágenes en el agua, pero por fin se unió para formar un todo complejo, personificado por el hombre que estaba frente a ellos.

—¿Le recuerda a alguien ahora, Mr. Duncan? —preguntó el doctor Fell.

El abogado se sentó en una silla, anonadado. O mejor dicho, sus miembros largos y delgados se dejaron caer como una percha flexible cuando buscó a tientas y encontró los brazos de un sillón.

—Rabbie Campbell —dijo. No fue una exclamación, ni una pregunta, ni ninguna forma de expresión relacionada con las emociones. Fue más bien la expresión de un hecho—. Usted es el hijo de Rabbie Campbell —dijo.

—Insisto en que... —comenzó a decir el supuesto Chapman, pero el doctor Fell lo interrumpió.

—La súbita yuxtaposición de la fotografía de Angus y del rostro de este hombre —prosiguió el doctor— ha traído consigo una sugerencia que quizá algunos de ustedes no han advertido. Permítanme refrescarles la memoria respecto a otro punto.

Mirando a Alan y a Kathryn, prosiguió:

—Elspat dijo, según creo, que Angus Campbell tenía una habilidad extraordinaria para descubrir semejanzas familiares, al punto de que sabía identificar a cualquier miembro de su familia aunque se tiznase la cara y hablase en un idioma extranjero. Esta misma habilidad era un don de Elspat, aunque en grado menor que en Angus.

En ese punto el doctor Fell miró a Duncan.

—En vista de ello —agregó— hallé sumamente curioso e interesante que, según sus propias palabras, Chapman se mantuviese invariablemente alejado de Elspat y en ninguna circunstancia se acercase a ella. Consideré que valía la pena investigar este punto.

»La policía escocesa no puede utilizar los recursos de Scotland Yard. Yo, en cambio, por intermedio de mi amigo el Inspector Hadley puedo hacerlo. Fueron necesarias sólo unas pocas horas para establecer la verdad sobre Mr. Walter Chapman, aunque la llamada telefónica transoceánica, y por supuesto oficial, que Hadley realizó más tarde, no tuvo una respuesta hasta las primeras horas de esta mañana.

El doctor Fell sacó de su bolsillo un sobre garabateado, parpadeó y luego se acomodó las gafas para mirar a Chapman.

—Su verdadero nombre es Walter Chapman Campbell. Tiene, o bien tenía, el pasaporte número 609348 de la Unión Sudafricana. Hace ocho años llegó a Inglaterra desde Port Elizabeth, donde su padre, Robert Campbell, vive aún, aunque muy enfermo e incapacitado. Suprimió el apellido Campbell de su nombre porque el apellido de su padre tenía asociaciones ingratas para la Compañía de Seguros Hércules, en la cual trabajaba.

»Hace dos meses, como según me informan, usted mismo manifestó, que lo trasladaron desde Londres para encabezar una de las sucursales de su firma, la de Glasgow. Allí, naturalmente, Angus Campbell lo identificó.

Walter Chapman se humedeció los labios.

En su rostro se reflejaba una sonrisa rígida y escéptica. A pesar de ello, sus ojos se dirigieron rápidamente hacia Duncan, como si se preguntasen qué opinaba el abogado de todo ello; luego desviaron nuevamente su mirada.

—Esto es absurdo —dijo.

—¿Niega usted estos hechos?

—Acepto —dijo el otro, cuyo cuello pareció estar inusitadamente apretado—, acepto que por razones privadas haya usado sólo parte de mi nombre, pero ¿de qué diablos me acusan?

Al decir esto se levantó agresivamente sobre los talones, gesto que recordó a todos la figura de Colin.

—Quisiera saber asimismo, doctor Fell —continuó—, por qué usted y dos

oficiales del Ejército me despertaron en el hotel de Dunoon anoche, simplemente para hacerme unas preguntas sin sentido relacionadas con los seguros. Pero dejemos eso. Repito. ¿De qué diablos me acusan?

—Ayudó a Angus Campbell a planear su suicidio —repuso el doctor Fell—. Intentó asesinar a Colin Campbell, y asesinó a Alec Forbes.

El rostro de Chapman palideció.

—Es absurdo.

—¿Conocía a Alec Forbes?

—Por supuesto que no.

—¿Nunca estuvo cerca de su casa junto a la Cascada de Glencoe?

—Nunca.

El doctor Fell cerró los ojos.

—En ese caso —dijo— no tendrá inconveniente en que le diga lo que supongo que usted hizo. Como usted mismo manifestó, Angus fue a visitarlo a su oficina de Glasgow cuando hizo su última póliza de seguros. Mi opinión es que lo había visto a usted con anterioridad, que lo acusó de ser hijo de su hermano, que usted lo negó, pero que, finalmente, se vio obligado a admitirlo. Esto, naturalmente, proporcionó a Angus la seguridad que necesitaba para llevar a cabo sus planes. Angus no dejó nada al azar. Sabía que su padre era una mala persona, y era un juez suficientemente sutil para reconocer en usted, su sobrino, a otra mala persona. Así, pues, cuando hizo esa última póliza, enteramente innecesaria, como excusa para frecuentar su trato, le explicó exactamente qué pensaba hacer. Usted iría a investigar una muerte curiosa. Si se producía el menor error, cualquiera que fuese, usted podría disimularlo y señalar que la muerte era un asesinato, porque usted sabía en realidad qué había sucedido.

»Usted tenía justificados motivos para ayudar a Angus. Él podía señalarle que con ello no hacía usted más que ayudar a su propia familia; que, una vez muerto él, sólo su hermano Colin, de sesenta y cinco años, se interponía entre una herencia de casi dieciocho mil libras y su propio padre. Y, naturalmente, con el correr del tiempo, usted sería el heredero. Podía apelar a su lealtad a la familia, que era el único objeto de ciega adoración de Angus. En cambio, no lo era para usted, Mr. Chapman Campbell. De pronto vio usted cómo podría realizar su propio juego. Con Angus muerto, y Colin muerto también...

El doctor Fell hizo una pausa.

Verán —agregó, dirigiéndose a los otros—. La frustrada tentativa de matar a Colin hizo que tuviese la certeza de que este hombre era el culpable. *¿No recuerdan que fue Mr. Chapman, y nadie más que él, quien empujó a Colin a dormir en la torre?*

Alistair Duncan se puso de pie y en seguida volvió a sentarse.

La habitación estaba caldeada, y una diminuta gota de sudor apareció en la frente

de Chapman.

—Piense retrospectivamente —continuó el doctor Fell—, por favor, en dos conversaciones. Una tuvo lugar en la habitación de la torre el lunes por la noche; me informé de ella. La otra se realizó en esta sala el martes por la tarde, en mi presencia.

»¿Quién fue el primero en introducir el término «sobrenatural» en este asunto? Esta palabra actúa siempre sobre Colin como la capa del torero sobre el toro. Fue Mr. Chapman, como recordarán ustedes. El lunes por la noche, en la torre, Chapman la introdujo en la conversación deliberadamente y sin que viniese al caso, en circunstancias en que nadie había insinuado nada semejante hasta entonces.

»Colin juró que no había tal fantasma. En vista de ello, nuestro ingenioso amigo debió proporcionarle uno. Me he preguntado con anterioridad cuál era el motivo de la personificación del fantasma vestido de montañés, con su rostro carcomido, en la habitación de la torre, el lunes por la noche. La respuesta es simple. Debía actuar como acicate definitivo sobre Colin Campbell.

»No fue difícil llevar a cabo la estratagema. La torre se encuentra en una parte aislada de la casa. Tiene una entrada en la planta baja que da al patio exterior, de modo que un extraño puede entrar y salir de ella a voluntad. Dicha entrada está habitualmente abierta, y cuando no lo está, cualquier llave de candado sirve para abrirla. Con la ayuda de un tartán escocés, una gorra, un poco de cera y pintura teatral, el fantasma pudo «aparecersele» a Jock Fleming. Si Jock no hubiese estado allí, cualquier otra persona habría sido igual.

—¿Y entonces?...

—A primera hora del miércoles —prosiguió Fell—, Mr. Chapman tuvo todo dispuesto. La historia del fantasma había circulado entre los miembros de la casa. Vino, pues, aquí, y... ¿acaso no lo recuerdan?... empujó al pobre Colin al punto que deseaba mediante sus comentarios sobre el tema de los fantasmas.

»¿Cuál fue el comentario que hizo decidirse a Colin? ¿Cuál fue el comentario que obligó a Colin a declarar que eso lo decidía, y qué lo llevó luego a jurar solemnemente que dormiría en la torre? Fueron las observaciones veladas y astutas de Mr. Chapman, que terminaron con las palabras siguientes: «Éste es un país extraño y ésta una casa extraña. Yo no dormiría una noche en esa habitación».

En la memoria de Alan la escena se reprodujo nítidamente.

La expresión de Chapman era muy semejante a la que había tenido entonces, sólo que ahora se ocultaba en ella algo desesperado.

—Era absolutamente necesario —prosiguió el doctor Fell— conseguir que Colin durmiese en la habitación de la torre. Es verdad que la estratagema del hielo artificial habría dado resultados en cualquier parte, pero no podría haber sido utilizada en cualquier parte por Chapman.

»Chapman no podía merodear en el interior de esta casa. Era necesario hacer las

cosas en esa torre aislada, con una entrada independiente por la cual podía entrar y salir. Poco antes de que Colin nos diese las buenas noches a gritos y subiese trastabillando por esa escalera, Chapman colocaría el cajón con el hielo seco y saldría nuevamente.

»Haré ahora una recapitulación de los hechos. Hasta ahora, naturalmente, Chapman no podía fingir, ni de pasada, que tenía la menor idea de la forma en que había muerto Angus. Debía fingir, por el contrario, estar perplejo como el resto de nosotros. Era imprescindible que expresase su convicción de que se trataba de un suicidio. La verdad es que demostró ser un excelente actor.

»Como es natural, por el momento no debía surgir la menor sospecha de la existencia del hielo artificial. Aún no era el momento oportuno. De otro modo todo se descubriría y Chapman no podría inducir a Colin a dormir en la torre mediante sus alusiones al fantasma. Por consiguiente, manifestó reiteradamente que Angus debía de haberse suicidado, que se habría arrojado por la ventana por motivos ignorados. Recordemos que nuestro amigo insistió en ello repetidamente y con cierto detalle, y que algo horrible y de explicación sobrenatural pudo haber sido el motivo.

»Tal fue su juego *hasta que se deshizo de Colin*. A partir de entonces, todo cambió.

»Entonces la verdad palpable aparecería en forma indiscutible. Encontrarían a Colin muerto por envenenamiento de dióxido de carbono. Se recordaría el hielo artificial. Si nadie lo hacía, nuestro ingenioso amigo estaba preparado para recordarlo él mismo. Golpeándose la frente, afirmarí­a que, naturalmente, se trataba de un asesinato, y, por supuesto, el seguro sería pagado. Después preguntaría dónde estaba ese monstruo, Alec Forbes, que sin duda alguna era el autor de los crímenes.

»Por consiguiente, era necesario deshacerse de Alec Forbes la misma noche en que se deshiciera de Colin.

La pipa del doctor Fell se había apagado. La guardó en su bolsillo, hundió los pulgares en los bolsillos del chaleco y examinó a Chapman con frío detenimiento.

Alistair tragó saliva una o dos veces, y su nuez se movió de arriba abajo en su delgado cuello.

—¿Puede... puede probar todo esto? —preguntó el abogado con voz muy débil.

—No tengo que probarlo —dijo el doctor Fell—, puesto que puedo probar el asesinato de Forbes. Colgar del cuello hasta morir, y Dios tenga piedad de su alma, es tan eficaz por un asesinato como por dos, ¿no es verdad, Mr. Chapman?

Chapman retrocedió.

—Es posible... es posible que... haya hablado con Forbes en una o dos oportunidades —dijo en voz baja y con toda imprudencia.

—¡Hablado con él! —dijo el doctor Fell—. Usted entabló estrecha amistad con Forbes. ¿Es verdad o no? Hasta llegó a advertirle que no interviniese. Luego fue

demasiado tarde.

»Hasta aquel momento el plan había sido triplemente seguro, pues, como han visto, Angus Campbell en realidad se suicidó. Cuando se llegó a pensar en un asesinato, la única persona de quien nadie podía sospechar era usted, porque no era culpable. Puedo apostar que para la noche de la muerte de Angus usted tiene una coartada que se destaca y brilla en toda su perfección.

»En cambio usted cometió un grave error al no permanecer aquí para asegurarse de que Colin estaba muerto después de haber caído de la torre el martes por la noche. Cometió otro error más grave aún cuando, posteriormente, subió a su automóvil y se dirigió a Glencoe para celebrar su última entrevista con Alec Forbes. ¿Cuál es la matrícula de su automóvil, Mr. Chapman?

Chapman parpadeó dos veces; aquellos extraños ojos claros eran el rasgo más sobresaliente de su rostro.

—¿Eh?

—¿Cuál es la matrícula de su automóvil? Es... —dijo consultando el revés de un sobre— MGM 1911.

—No... no lo sé. Sí, creo que sí.

—Un automóvil con la matrícula número MGM 1911 fue visto estacionado a un lado de la carretera frente a la casa de Forbes entre las dos y las tres de la madrugada. Fue visto por un miembro de la Guardia Territorial, quien está dispuesto a declarar bajo juramento. Debió recordar, Chapman, que las carreteras ahora no están solitarias durante la noche. Debió recordar que las patrullan a horas avanzadas de la noche.

El rostro de Alistair Duncan había palidecido más aún.

—¿De modo que ese es el conjunto de sus pruebas? —preguntó.

—¡No, no! Esto es solamente el principio.

Arrugando la nariz, contempló un rincón del cielo raso.

—Pasemos a ocuparnos ahora del problema del asesinato de Forbes —prosiguió— y de la manera en que el asesino consiguió salir de una habitación cerrada por dentro. Mr. Duncan, ¿sabe algo de geometría?

—¿Geometría?

—Me apresuro a aclarar —dijo el doctor Fell— que recuerdo muy poco de lo que en una época me obligaron a aprender, y que quisiera saber menos aún. Todo ello se oculta en el limbo de mis años escolares, junto con el álgebra, la economía y otros temas igualmente fatigosos. Fuera de no haber conseguido olvidar que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, tengo la dicha de haber limpiado de mi mente esas complicaciones.

»Al mismo tiempo sería de utilidad, por esta vez al menos, que considerase la casa de Forbes desde el punto de vista de su forma geométrica.

Fell sacó un lápiz del bolsillo y trazó un esquema en el aire.

—La casa es cuadrada —explicó— y tiene cuatro metros de lado. Imaginemos, en la mitad de la pared que usted está mirando, la puerta. Imaginemos, en la mitad de la pared a su derecha, la ventana.

»Estuve en la casa ayer, y me devané los sesos pensando en esa misteriosa y perturbadora ventana.

»¿*Por qué* había sido necesario retirar la cortina de oscurecimiento? No podía ser, como señalé hace unos minutos, porque el asesino había conseguido de alguna manera pasar con su cuerpo físico a través del enrejado. Esto, como dicen tan a menudo los geómetras, y a mi juicio, con un despliegue de descortesía, es un absurdo.

»La única explicación alternativa era que la ventana debió ser utilizada de alguna manera. Había examinado detenidamente el enrejado de tejido de alambre. ¿Recuerda? —dijo el doctor dirigiéndose a Alan.

—Lo recuerdo.

—A fin de probar su solidez, introduje el dedo por uno de los agujeros del tejido y lo sacudí. A pesar de ello no apareció ni un rayo de comprensión en medio de la espesa niebla de lana y tinieblas que me enceguecía. Permanecí perplejo y desconcertado hasta que usted —en este punto el doctor Fell se volvió hacia Kathryn— me proporcionó un dato que incluso para un tonto como yo no podía menos que brindarle una sugerencia y una idea.

—¿Hice yo eso? —exclamó Kathryn.

—Sí. Usted dijo que la propietaria del Hotel Glencoe le había dicho que Forbes solía ir allí a menudo a pescar.

El doctor Fell hizo un gesto amplio con las manos. Su voz de trueno tenía un tono de disculpa.

—Naturalmente, todas las pruebas estaban allí. La casa, por así decir, apestaba a aficionado a la pesca. El hilo de Forbes estaba allí; estaban también sus moscas y las botas de goma. Sin embargo, fue sólo entonces cuando se me ocurrió que en esa casa no había visto el menor rastro de una caña de pescar.

»No había una caña semejante a ésta, por ejemplo.

El doctor Fell se puso de pie trabajosamente con ayuda de su bastón y extendió una mano hacia el espacio detrás del sofá, del cual sacó una maleta grande y la abrió.

En el interior estaban las secciones desarmadas de una caña de pescar, de metal negro con un mango de níquel y corcho en el cual estaban grabadas las iniciales «A. M. F.». No había, en cambio, hilo alguno arrollado a la rueda. En lugar de ello, en el orificio de metal que formaba la punta de la caña de pescar una vez armada, habían atado fuertemente con alambre un pequeño anzuelo.

»He aquí un instrumento ingenioso —dijo el doctor Fell.

»El asesino estranguló a Forbes atacándolo por la espalda. Luego lo colgó y añadió esos toques artísticos que indicaban un suicidio. Apagó la lámpara y derramó



el aceite, para que las apariencias indicasen que se había agotado al arder. Luego retiró la cortina de oscurecimiento.

»Seguidamente tomó su caña de pescar y salió de la casa por la puerta, que cerró, dejando el pestillo del cerrojo vuelto hacia arriba.

»Se encaminó hacia la ventana. Empujó la caña de pescar a través de uno de los agujeros del tejido de alambre, para lo cual había espacio suficiente, puesto que yo mismo pude introducir mi dedo índice, extendió la caña en sentido diagonal, y llegó así desde la ventana a la puerta.

»Con este anzuelo atado a la punta de la caña enganchó el pestillo del cerrojo y tiró hacia sí. Era un cerrojo pulido y flamante, ¿recuerdan?, de modo que al brillar a la luz de la luna podía verlo perfectamente. De este modo, con la mayor facilidad y sencillez, empujó el pestillo del cerrojo hacia sí y cerró la puerta.

El doctor Fell depositó cuidadosamente la maleta sobre el sofá.

—Naturalmente —prosiguió—, había debido retirar la cortina de oscurecimiento de la ventana, y no podía colocarla nuevamente. Además, era fundamental llevarse consigo la caña de pescar. El mango y la rueda giratoria de la misma no pasarían a través del enrejado en ninguna circunstancia, y si se limitaba a arrojar a través de los agujeros del enrejado los sectores más delgados de la caña, su juego resultaría evidente para el primer observador que llegase y los viese.

»Abandonó, pues, el lugar. Lo vieron y lo identificaron al subir a su automóvil...

Chapman dejó escapar un grito ahogado.

—Lo identificó el mismo miembro de la Guardia Territorial cuya curiosidad había sido despertada en primer lugar por el automóvil. Durante el trayecto de regreso, desarmó la caña y arrojó las piezas, con ciertos intervalos, entre la maleza. Pensamos que era mucho pedir recobrar toda la caña, pero, a solicitud del Inspector Donaldson, de la policía de Argyllshire, la unidad local de la Guardia Territorial organizó una búsqueda.

El doctor Fell miró a Chapman.

—Esas piezas de la caña están cubiertas de impresiones digitales tuyas —dijo—, como seguramente recordará. Cuando lo visité en su hotel en mitad de la noche, con el objeto de obtener sus impresiones digitales sobre una cigarrera, lo identificaron al mismo tiempo como el hombre que habían visto alejarse de la casa de Forbes poco después de la hora del asesinato. ¿Sabe lo que le espera, mi amigo? Lo colgarán.

Walter Chapman Campbell seguía de pie, retorciendo su corbata entre los dedos. Su expresión era la de un niño a quien han sorprendido con la mano dentro del frasco de mermelada.

Sus dedos ascendieron, palparon su cuello, y el hombre se estremeció. En aquella habitación caldeada, el sudor corría por sus mejillas como largas patillas.

—Habla al azar —dijo luego de aclararse la voz, pero sin lograr serenarla—.

¡Nada de eso es verdad, y trata de intimidarme!

—Sabe perfectamente que no hablo al azar. Su crimen, lo reconozco, era digno del miembro más inteligente de la familia. Con Angus y Colin muertos y Forbes declarado culpable, usted podía regresar tranquilamente a Port Elizabeth. Su padre está enfermo e inválido. No habría durado mucho como heredero de casi dieciocho mil libras. Entonces usted las habría reclamado, sin necesidad de volver a Inglaterra o Escocia ni de que alguien lo identificase.

»La verdad es que ahora no podrá reclamar el dinero, muchacho. ¿Cree usted que tiene la más lejana probabilidad de escapar a la horca?

Las manos de Walter Chapman cubrieron su rostro.

—No tuve mala intención —dijo—, ¡Dios mío, no tuve mala intención! —su voz se quebró—. No me entregará a la policía, ¿no?

—No —dijo el doctor Fell tranquilamente—, siempre que firme el documento que tengo la intención de dictarle.

Las manos de Chapman se apartaron rápidamente de su rostro. Con una expresión esperanzada, miró al doctor Fell. En este punto intervino Alistair Duncan.

—¿Puede explicarme, señor, qué significa todo esto? —preguntó ásperamente.

El doctor Fell golpeó el brazo del sofá con la mano abierta.

—El significado y objeto de todo esto —dijo— es permitir a Elspat que pase tranquila sus últimos años de vida y que muera en paz, sin la convicción de que el alma de Angus está consumiéndose en el infierno. El objeto es proporcionar a Elspat y a Colin medios de subsistencia hasta el fin de sus días, tal como era la intención de Angus. Eso es todo.

»Usted copiará este documento, Chapman —dijo el doctor Fell tomando varias hojas de papel de su bolsillo—, o bien escribirá lo que voy a dictarle. Se trata de una confesión. Declarará que mató deliberadamente a Angus Campbell.

—¿Qué?

—Que intentó asesinar a Colin y que asesinó a Alec Forbes. Esto, con las pruebas que presentaré, será suficiente para dar satisfacción a las compañías de seguros, y el dinero será pagado. No, ya sé que no mató a Angus. De todos modos, deberá decir que lo mató, aparte de que tiene todos los motivos para haberlo hecho.

»No puedo encubrirlo, aun cuando quisiera hacerlo. La verdad es que ni quiero, ni tengo la intención de encubrirlo. En cambio, puedo hacer lo siguiente: ocultar la confesión a la policía durante cuarenta y ocho horas, el tiempo suficiente para que usted desaparezca. En circunstancias ordinarias, necesitaría usted un permiso de salida para abandonar el país. Pero estamos próximos a Clydeside, y creo que hallará un patrón de barco comedido que lo reciba a bordo en un barco que esté por zarpar. Si usted hace esto, tenga la seguridad de que en estos días tan graves para todos no tratarán de traerlo.

»Si usted accede, le acordaré el plazo prometido. Si se niega, mis pruebas estarán en manos de la policía en menos de media hora. ¿Qué decide usted?

El otro lo miró fijamente.

El terror, la confusión y la incertidumbre se fundieron en un escepticismo lleno de suspicacia.

—¡No lo creo! —dijo con voz estridente—. ¿Cómo sé que no tomará esta confesión y me entregará a la policía inmediatamente?

—Si fuera tan tonto como para hacerlo, usted podría malograrlo todo diciendo la verdad sobre la muerte de Angus. Usted podría privar a esos dos viejos del dinero y contar a Elspat qué hizo en realidad su amado Angus. Podría impedir asimismo que yo consiguiese lo que estoy tratando de conseguir. Si, por otra parte, confía en mí, tenga presente que a mi vez debo confiar en usted.

Una vez más, Chapman retorció su corbata. El doctor Fell sacó un reloj de oro de gran tamaño y consultó la hora.

—Esto —dijo Alistair Duncan con voz ronca— es lo más ilegal y fraudulento y...

—Exactamente —dijo Chapman—. ¡De cualquier manera, no permitirá que huya! ¡Es una trampa! ¡Si usted tiene las pruebas y retiene mi confesión, lo acusarán de encubrimiento del hecho!

—Creo que no —dijo el doctor Fell tranquilamente—. Si usted consulta a Mr. Alistair Duncan, le dirá que en la ley escocesa no existe tal delito.

Duncan abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Tenga la seguridad —prosiguió el doctor Fell— de que he considerado todos los aspectos de mi terrible fraude. Además, quiero proponer que la verdad de este asunto nunca salga de esta habitación ni de los presentes aquí en este momento. Propongo que ahora mismo juremos guardar el secreto hasta el fin de nuestros días. ¿Están de acuerdo?

—¡Yo sí! —exclamó Kathryn.

—¡Yo también! —dijo Alan.

Duncan estaba de pie en medio de la sala y agitaba sus manos. Si fuera posible, pensó Alan, imaginar un tartamudeo que no fuese jocoso, ni siquiera ridículo, sino simplemente angustioso y casi de agonía, ese era el que atacó a Duncan en aquel momento.

—¡Le ruego, doctor Fell —dijo—, le ruego, antes de que sea demasiado tarde, que se detenga a considerar lo que propone! ¡Está más allá de todos los límites! ¿Puedo yo, un profesional honorable, sancionar o aun escuchar semejante cosa?

El doctor Fell estaba aparentemente inmutable.

—Espero que sí —repuso con serenidad—, porque es precisamente lo que tengo intención de hacer. Espero que usted, Mr. Duncan, no malogre una situación que ha contribuido a sostener durante tanto tiempo y con tanta paciencia y lealtad hacia la

familia Campbell. ¿No es posible persuadirlo, como escocés, de que tenga un poco de sentido común? ¿Acaso deberá aprender a actuar con el espíritu práctico de un inglés?

Duncan se lamentó quedamente.

—En ese caso —dijo el doctor Fell— considero como aceptado que usted renunciará por ahora a sus ideas románticas sobre la justicia legal, y se embarcará con nosotros. La cuestión de vida o muerte depende ahora enteramente de Mr. Walter Chapman Campbell. No pienso repetir esta proposición durante todo el día, mi amigo. Pues bien, ¿qué dice usted? ¿Confesará haber cometido los dos asesinatos, a fin de poder huir? ¿O bien negará los dos crímenes y se dejará ahorcar por uno de ellos?

Chapman cerró los ojos y los abrió lentamente.

Miró a su alrededor como si viese la habitación por primera vez. Miró por las ventanas en dirección a las aguas resplandecientes del lago. Miró todo aquel dominio terrestre que amenazaba deslizarse fuera de su alcance. Al mismo tiempo, miró una casa que estaba limpia y en paz.

—Lo haré —dijo.

El tren de las nueve y quince de Glasgow a Euston llegó con sólo cuatro horas de retraso, en una mañana dorada de sol que iluminaba hasta el hollín cavernoso de la estación.

Con un suspiro henchido de vapor, aminó la marcha y se detuvo. Las puertas se golpearon. Un encargado introdujo la cabeza en un compartimento de primera clase, y una ola de depresión lo invadió al ver allí a dos personas de las más formales, respetables y seguramente amigas de dar poca propina que había visto en su vida.

Una era una mujer joven, de labios apretados en un gesto severo y de expresión altiva, que usaba gafas con armazón de carey. La otra era un hombre con el aspecto de un profesor, cuya expresión era más altiva aún.

—¿Señorita? ¿Señor?

—Sí, por favor —dijo ella, interrumpiendo brevemente su diálogo para mirarlo—. Permíteme —siguió diciendo—. Sin duda es evidente para ti, doctor Campbell, que el memorándum del Conde de Danby, dirigido al rey de Francia y con el agregado «Apruebo esto, C. R.» de puño y letra del rey en persona, no pudo haber sido inspirado por consideraciones patrióticas como las que sugiere tu lamentable interpretación de *tory*.

—¿Esta escopeta no es suya, verdad, señorita? ¿Ni de usted, señor?

El hombre lo miró distraídamente.

—¡Ah... sí! —dijo—. Queremos alejar esta prueba del alcance de las autoridades en balística.

—¿Señor?

Pero el señor no escuchaba.

—Si te dignas recordar el discurso pronunciado por Danby en la Cámara de los Comunes, en diciembre de 1680, creo que ciertas consideraciones sobre razones que aparecen en él penetrarán a través de la nube de prejuicios en la cual pareces haberte envuelto. Por ejemplo...

Cargado de equipaje, un mozo de cuerda avanzó melancólicamente por el andén detrás de la pareja. *¡Floreat scientia!* La rueda había dado otra vuelta más.

— **FIN** —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.